

LAS BRONTË
FUERON A
WOOLWORTHS

Rachel Ferguson

Sirucla

Rachel Ferguson

Las Brontë
fueron a Woolworths

Traducción del inglés de
Esther Cruz Santaella

 Siruela
Libros del Tiempo

Índice

Cubierta	
Portadilla	
Las Brontë fueron a Woolworths	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	
28	
29	
30	
Notas	
Créditos	

Las Brontë fueron a Woolworths

*Para Rose Geraldine Ferguson
y para nuestro Horry,
de quien no sabemos nada y lo sabemos todo*

Cómo detesto esas novelas que tratan sobre un montón de hermanas. Suelen llevar títulos como *Juntas eran siete* o *Tres son multitud*, y una se pasa todo el rato tratando de distinguirlas, musitando: «¿Era Isobel la que bebía, o era Gertie? ¿Y cuál fue la que se escapó con el *gigoló*, Amy o Pauline? ¿Y de quién se divorció Lionel, de Isobel o de Amy?».

Katrine y yo siempre nos estamos riendo de ese tipo de libros, y elegimos qué hermana ser cada una, y Katrine siempre intenta quedarse con la que bebe.

En una ocasión, una mujer que había asistido a una de las fiestas de mi madre me preguntó: «¿Te gusta leer?», lo que provocó un silencio sepulcral entre todo el mundo. Cómo explicarle a aquella mujer que los libros son como el baño o el sueño, o como el pan: necesidades básicas que una nunca se plantea en términos de aprecio. Nos quedamos allí esperando a que la señora nos dijese que tenía muy poco tiempo para leer, antes de cerrarle las puertas por siempre jamás. Entonces, Katrine la miró entre parpadeos y le respondió: «Sí, un poco», Y le preguntó si había leído lo último de Ruck¹ y si no le parecía un cuento precioso.

Katrine es de lo más graciosa cuando quiere y constantemente se está riendo de la Escuela de Arte Dramático en la que estudia. Parece que el curso consista en rosquillas, encurtidos y charlas en el sótano, en decir «gu-a-u» en la clase de Producción de Voz y en derramar océanos de lágrimas por tener que hacer de Nodriza en lugar de Julieta en la función de fin de trimestre. La pobre Katrine está hartísima de declamar indecencias; siempre cuenta que, cuando alguien se pone pornográfico en las obras de Shakespeare, le asignan automáticamente a ella el papel. Confiamos en que esté bien preparada para cuando le toque actuar en comedias de costumbres en el West End. Madre y yo la sacamos a menudo de sus casillas cuando nos cruzamos de pronto y decimos:

¡Maldita sea! ¡Fuego tengo en las entrañas!

O bien:

¡Ay, las náuseas matutinas!... He perdido mi honra por ese patán grosero, por ese donjuán.

Una vez, madre no se dio cuenta y, teniendo invitados a cenar, se dirigió a Katrine así: «Bueno, bichito mío, ¿cuántas veces has perdido tu honra esta mañana?».

No es raro que nos planteemos qué será de Katrine en el futuro. Sospecho que un matrimonio, o giras que atraquen en el West Pier de Brighton. Parece que la mayoría de los estudiantes sigue uno u otro de esos caminos.

En el colegio, Katrine y yo sufríamos la fiebre del escenario mucho más que otros. Nos encantaban ciertos actores y actrices, así que la vida era una desgracia. En una ocasión, a Katrine la expulsaron de clase de Historia por besar una postal de Ainley y

susurrar: «¡Mi amor!»². Y, conociéndola como la conozco, esa noche su martirio seguro que fue glorioso, con Henry debajo de la almohada.

Desde luego, a Katrine iniciativa no le falta. Hace un año, cuando andaba sumida en una pasión por un actor que vive bastante cerca de nosotras, abordó al muchacho por la calle, radiante, y le dijo: «Pero, bueno, ¡no me diga que no se acuerda usted de mí!». El actor se quitó el sombrero de fieltro y un guante y exclamó efusivamente: «Vaya, vaya, vaya... Qué maravilla». Katrine le recordó entonces, con todo lujo de detalles, la gira de *Dioses orientales* y (lanzándose) le preguntó si la obra no llegaba a término esa semana en Bradford, a lo que el actor respondió: «Menudo turgurio, querida». Pasaron a una perfecta orgía de charla profesional y, al despedirse, él le preguntó: «Por cierto, ¿cómo se llamaba usted?». Katrine le dijo su nombre de verdad, y el rostro del actor se iluminó antes de añadir: «¡Pues claro! Qué tonto soy. Bueno, hasta pronto, querida. Dele saludos a Birdie de mi parte».

Katrine era capaz de hacer ese tipo de cosas, si bien las tres (estoy segura de que Sheil también va por el mismo camino) averiguamos todo lo que se puede saber sobre la gente que nos encanta. Conseguimos pases de sus obras, seguimos su trayectoria, buscamos chismes y memorizamos anécdotas, además de estudiarnos fragmentos y de seguir sus movimientos por el país y, como suele pasar cuando de verdad una va en serio, a menudo contactamos en persona con sus amigos o socios empresariales, todos los cuales aportan una pizca o migaja de conocimiento que añadir a la pila. Katrine nunca había visto *Dioses orientales*, pero sabía más de la obra, y de cómo y por dónde iba, que la mitad del coro.

Por supuesto, el tema no se limita a los actores. Puede tratarse de cualquier persona. Y, mientras el asunto está «en marcha», no es ninguna broma. A veces, me entran remordimientos terribles. Es algo que te deja hecha polvo. En una ocasión, desesperada, Katrine me dijo: «¿Por qué tiene una que hacer todo esto?».

De hecho, incluso puede llegar a arruinarte las vacaciones de verano, por eso de marcharse y dejar a la persona en la ciudad, o irse con alguna obsesión que esté probablemente condenada. Hace años, Katrine y yo solíamos contemplar los baúles cerrados, listas ya para partir, y luego mirarnos la una a la otra, hasta que alguna preguntaba: «¿Lo tenemos claro?». Es decir, ¿iban a ser unas vacaciones sin perturbaciones fantásticas de la mente y, por tanto, un logro normal y corriente?

Algunas veces, nos topamos con algún conflicto que nos espera a la vuelta de la esquina, como el año del Arcaly, cuando de las dos se apoderó un deseo frenético de unirnos a la compañía de pierrots de la ciudad y casi lo logramos de pura concentración. Eso provocó que el regreso a Londres saliese fatal. Aunque aquello, al menos, lo compartimos. Además, nos llevamos a casa a Dion Saffyn, nuestro pierrot, y lo instalamos junto con su esposa y sus dos hijas en Addison Road, donde vivieron numerosos y duros altibajos. Y es que, poco a poco, se fue revelando que Saffy se había casado con alguien de una clase superior a la suya: una tal Mary Arbuthnot, hija única de un terrateniente de Somerset, y, cuando riñen, ella se convierte en una persona señorial, en una «condesa» y, en líneas generales, hace que Saffy se vuelva consciente de su posición.

De todos modos, las niñas son un encanto. Ennis diseña para un famoso modisto francés, y Pauline es secretaria en el despacho londinense de Saffy, quien nos llama a

menudo cuando a Polly le sale la vena Arbuthnot, y se apresura a visitarnos para que le demos todo el protagonismo. Se llama Dion Saffyn, y tiene dos hijas, a las que veíamos con frecuencia en el Arcaly, aunque a su esposa nunca le llegamos a seguir la pista.

Ojalá conociésemos a los Saffyn.

Creo que Katrine está saliendo de todo esto, pero yo no me veo capaz de liberarme en la vida.

Hace tres años, me pidieron en matrimonio. No pude aceptar a aquel hombre, por mucho que me gustase, porque estaba enamorada de Sherlock Holmes. Y es que la intensidad de los sentimientos que yo albergaba hacia Holmes y hacia su personalidad, hacia su mente, convertía por entonces a los hombres reales en sombras.

Después de todo, ¿no consiste la mayoría de los amores en adorar una idea o una ilusión? ¿No constituyen la carne y la sangre solo la mínima parte de todo eso?

Lo de Holmes ya se me ha pasado, aunque a menudo pienso que podríamos haber congeniado maravillosamente bien en Baker Street, pues yo no soy nada exigente, y me gustan bastante la ropa y los sillones viejos, el silencio, el tabaco y los vuelos imparciales de la razón pura.

Fue Katrine la que se molestó cuando rechacé a Stuart B. Se sentó en el borde de la bañera mientras yo lavaba unos guantes en la palangana y me dijo: «¡Ay, Dios mío, como yo tenga una hija! ¡Va a tener la cabeza como un lienzo en blanco!».

Es encantador tener una casa en Londres con aula, y a alguien en edad escolar habitándola. Subir las escaleras y encontrar a Sheil sudando por la guerra de las Dos Rosas es como entrar en otro mundo. Tus desilusiones desaparecen como por arte de magia, y a menudo anhelo tener yo también una vieja nodriza, porque adoro esas salitas-dormitorio que se apañan para sí. Siempre desprenden un tufo como de mediados de la época victoriana y de la guerra de los Bóeres. Pese a que en aquella época yo aún no había nacido, los tengo de lo más presentes y puedo decir con total sinceridad que los prefiero a nuestra época georgiana. Por otro lado, conozco a una familia que tiene una vieja nodriza que ha visto a los niños y a las niñas crecer y convertirse en padres y madres, y mantengo relación con la familia por tomar el té con Lucy. Tiene las paredes cubiertas con fotografías de la milicia británica, y un costurero con una imagen de la Gran Exposición en la tapa, y hay una bola de cristal en la repisa de la chimenea con un muñeco de nieve dentro. Al moverla, se desencadena una tormenta de copos y el muñeco meneaba la escoba. Y tomamos sándwiches de mermelada que a nadie más se le ocurre ofrecermelos, y el té es oscuro y reconfortante, y, después de eso, nos perdemos entre álbumes gruesos y antiguos libros ilustrados alemanes con recortes coloreados de los cuentos del pollito Henny Penny y el panqueque, y luego me marché a casa, sencillamente asfixiada por la nostalgia de los viejos tiempos...

Sin embargo, con Sheil consigo satisfacer mi deseo de revivir los mejores bocados de mi infancia. Árboles de Navidad y calcetines (aunque ninguna de nosotras hemos logrado creer nunca en Papá Noel); tiendas de juguetes en ciudades de provincias; la imagen de caramelos de fruta en tarros de cristal de las tiendas de pueblo; el delicioso olor de las fiestas infantiles (tules y gasas, la cálida grasa de las velas, y tarta helada, y el suave pelo de la chiquillería, espléndidamente cepillado); el sabor amargo de la gelatina de las galletitas saladas; máscaras de céntimo y fuegos artificiales que se ven por la ventana en callejuelas de Londres; y prender inocentes «luces» en el aula cuando la institutriz no está cerca.

Con frecuencia, me pregunto si le estoy ofreciendo a Sheil un intercambio justo por todo eso. ¡Creo que cumpla! Sin ninguna duda, Sheil le ve el lado divertido a que «me haga la adulta» en sus fiestas y le vaya dando cuernos de crema; sabe que yo también me muero por comerme uno y que espero que quede alguna galletita salada para mí; entiende mi honda decepción cuando voy oyendo llamar nombre tras nombre para acercarse al árbol y al final se apagan todas las luces y no recibo nada. Se supone que a quienes ya han cumplido los veinte no les interesan los abaniquitos de cuentas ni los tambores llenos de caramelillos.

Me paso todo el tiempo que puedo en el aula. A veces incluso repaso los libros de lecciones y al fin estoy empezando a aprender algo, aunque la aritmética y la gramática quedarán eternamente fuera de mi alcance. ¡Cuánta razón tenía Humpty Dumpty al abusar de las palabras y luego darles su paga el sábado por la noche! Era un detalle

verdaderamente magnífico, un detalle que los esclavos del gerundio harían bien en copiar.

Entonces, me pongo a jugar con el teatro de Sheil cuando ella sale a dar su paseo vespertino. Nuestro teatro (El Diadema) hace mucho que desechó la literatura sinsentido de cuentos de hadas escrita para los títeres. Yo soy la que escribo nuestras obras, y tenemos pantomimas con auténticos tules, *ballets* y accesorios que hacemos nosotras. Incluso la viuda Twankey cuenta con un pañuelo de cinco centímetros, con huellas de farsante en tinta indeleble. Y montamos *matinéés* benéficas, porque suenan de lo más sonoras. A veces, nos inventamos además las propias organizaciones benéficas, y siempre que termino una obra de teatro nueva sale a la luz alguna. La Unión Protectora de Gatitas tiene oficinas en la calle Gran Crema, y el Fondo de Ayuda a Viudas Insolentes (contribución de Sheil) está instalado en la avenida Crepé, East Central. Otras son la Sociedad de Asistentas Deprimidas, y el Reposo de los Navegantes. Como resultado de una *matinée* en beneficio de esta última, nos congratulamos de poder anunciar que nuestra nueva ala de dormitorios en Chatham estaba ya concluida, «y que —interrumpió Sheil— las queridas damas ahora podrán dormir en hileras subversivas, liberadas de la tristeza del hampa pecaminosa». Tenemos asimismo una compañía de *ballet* interna que se llama Las Niñas del Palacio de Kensington.

A menudo escarbo en la caja de juguetes. Mezclados con los de Sheil están los de Katrine y los míos. En nuestra familia, nunca nos han gustado las muñecas, nunca hemos creído en las hadas y todas odiábamos bastante a Peter Pan. La pobre Sheil, la última víctima de ese niño caprichoso, no lograba verle ni pies ni cabeza, y la única muñeca a la que le hemos tenido una estima unánime ha sido la menos bonita de la colección: Caralata. Me la regalaron cuando tenía siete años. La cara y los antebrazos eran de hojalata pintada y lucía un cuerpo de niña bien formado. Por desgracia, Caralata creció más que nosotras: desarrolló una conducta intolerablemente déspota, se casó con un conde francés de nombre Isidore (de la Noséqué, de la Nosécuáns) y ahora lleva una vida feudal en Francia, desde donde, hasta día de hoy, desciende en ocasiones sobre nosotras en un aeroplano privado de lujo, tratándonos con condescendencia y usando un acento rabiosamente perfecto, con unos regalos extravagantes que tenemos que aceptar. A mí se dirige así: «¡Oh, Trotty! Ça marche, hein?». Ha compuesto dos canciones, ambas de autoalabanza. La primera, que retrata el deleite del cielo ante el momento de su muerte, comienza:

El ángel de la Puerta Dorada
dice: «La condesa se demora,
con nosotros la queremos ahora».

La segunda (inmensamente popular en los salones de París de principios del siglo XX, gracias a Caralata) dice:

(Allegro vivace)

*Je connais une belle mondaine
(Ah! comme elle est chic!)
De costumes elle a une trentaine*

(Retenido)

(Ah! comme elle est chic!)

Quand elle se promène dans les Bois

Ce n'est qu'un cri, «Parbleu! Ma foi!

Regardez-moi donc cette femme-là».

(Prestissimo con brio)

AH! COMME ELLE EST CHIC!

Era una de mis canciones de buenas noches. Madre la interpretaba al modo de un vodevil a los pies de mi cama, con las manos en las caderas y una mirada libertina y desafiante al director. Todavía se la seguimos cantando a Sheil. Caralata se perdió, o la dimos, hace ya unos trece años, pero no ha servido de nada. Al igual que el pobre, la tenemos siempre con nosotras. Hemos intentado, con poco ahínco, humanizar las otras muñecas, pero sus personajes no terminan de surgir. Se parecen bastante a las criadas e institutrices que van y vienen. No quedarán inmortalizadas. Sin embargo, ellas a veces también me la devuelven. La señorita Martin solo lleva con nosotras un mes, pero empiezo a pensar que me va a pasar factura. Lo más puñetero es que su casa está en Cheltenham, y yo una vez pasé un día allí y no tardé nada en percibir las vibraciones; lo recuerdo todo fotográficamente, y ahora la Martin ha plantado a su espantosa familia en marcos y se me va la compasión hacia ella muy en contra de mi voluntad, a chorros, como algas. Es un fastidio horroroso. Y, aunque raras veces hablamos mucho rato la una con la otra, ya sé cómo es la calle principal de Cheltenham en julio y cómo daba la luz en la tetera cuando, durante el desayuno, el capitán Martin estalló delante de sus hijas y les soltó que debían largarse y ganarse... Creo más bien que las niñas se dispersaron por la casa y evitaron hablar mucho aquel día. Si bien probablemente se encontrasen por la ciudad. En sitios tan pequeños como Cheltenham, siempre estás expuesta a toparte con gente. Forma parte de su carácter odioso a la vez que fascinante. ¡Imprevisor, lamentable, reprensible y maldito capitán Martin! Cómo me duele el alma por él y por su prole de rostros duros. ¿Es que una no va a poder estar nunca en paz?

El verano pasado, fuimos todas a Skye, donde nació padre. Crucé la mirada con Katrine en la antesala de la casa, murmuré el «¿Lo tenemos claro?» y asintió.

Esas vacaciones salieron de maravilla. Aquel sitio me afectó un poco, por supuesto, aunque eso no acreditaba su cualidad de espeluznante, ya que cualquier barrio ajardinado a las afueras podría obrar el mismo efecto. Sin embargo, ese año conté con un guardián, un amortiguador.

Siempre he envidiado a la gente que se hace con un lugar nada más llegar. Según mi experiencia, son los sitios nuevos los que se hacen conmigo, sin excepción, hasta que batallo con ellos y les gano. Recuerdo un verano en un furtivo pueblo de Gloucestershire y cómo el lugar me sacó del tren antes de poner pie en el andén. Y no fue un tirón de bienvenida.

Skye supuso un triunfo para Katrine porque acababa de terminar un trimestre en la Escuela de Arte Dramático y esperaba ansiosa la llegada del siguiente, y para mí porque estaba escribiendo mi primera novela, así que nada podía sentarme muy mal. Por otro lado, descubrí poco a poco que escribir un libro te distrae de un modo extraordinario y convierte tu conversación en algo aburrido y trabajoso. Es duro para la familia, supongo, pero, ¡ay! ¡Qué júbilo interior! Y qué descanso del periodismo. Detestaré las expresiones «hoy por hoy» y «chica moderna» hasta el día en que me muera, e incluso entonces mi corazón las oírás y palpitará cuando esté enterrada en un lecho de tierra. Nunca consigo que mis editores se den cuenta de que todas las criaturas vivas son «modernas», y que cuando utilizan ese término están insinuando, en privado, depravada o escandalosa.

Nunca había tenido conciencia de lo extraordinario que podía ser escribir un libro. En primer lugar, los personajes se lían la manta a la cabeza y se lanzan contigo a sitios a los que no quieres ir y que nunca consideraste. Yo pretendía, en una muestra de engreimiento, que mi libro tratase sobre una familia bastante parecida a la nuestra, pero, ¡bendito Dios!, ya se ha convertido en un relato sobre la carrera de una camarera en una taberna de Edgware Road y no hay manera de meternos a nosotras ahí; ¡no hay manera!

Ocurren, además, cosas curiosas. Le puse a la taberna el nombre de Las Tres Plumas, y ya contaba con que en Edgware Road hubiese montones de tabernas, si bien no con ese nombre, sí más o menos parecidas a lo que yo describía. Antes de marcharnos de casa, fui a esa calle a investigar y me encontré con mi taberna, incluso con el fonógrafo antiguo sobre la mesa de la salita de arriba. Entonces pensé: «¡Este sitio lo he construido yo!».

Me pregunto cuánto termina creando una al darles vueltas a las cosas. La familia no para de pedirme que le lea «trozos» y yo siempre me niego. El público general (si alguna vez llego a tenerlo) no me importa nada, pero leer lo que una ha escrito es como besar a un amante en el tranvía. Katrine coincide conmigo en esto. Por eso es muy

probable que la Escuela de Arte Dramático le vaya a sentar tan bien, pues allí tienes que desnudarte moralmente.

Las noches en Skye son, en buena medida, espléndidas. Parecen durar por siempre, como la bondad del Señor, y, cuando la luna está bien alta, hay tanta claridad que se puede leer a medianoche. Sin embargo, moverse en barca por Dunvegan es peligroso para los principiantes, porque hay arcos naturales muy estrechos y rocas sumergidas.

Una noche, salí a por Sheil, y es que, aunque ya hacía mucho que se le había pasado la hora de acostarse, no parecía que fuera así debido al pausado anochecer. La vi a lo lejos, sentada en la hierba con un hombre, y el corazón me dio un vuelco. Es muy guapa y..., bueno, eché a correr. Parecía estar pasándolo bien y tenía una bolsa de papel en la mano, cuyo contenido estaban compartiendo los dos, con las cabezas alineadas. Cuando llegué a su altura vi que estaba sola. Y entonces supe que aquella criatura era uno de esos espíritus de la naturaleza de los que Skye está lleno, y toda Inglaterra, allá donde haya prados en colinas y espacios extensos y calmos. Una vez, padre escribió un libro sobre ellos. En una ocasión, se perdió en Gales, en Cader Idris, y vio a un miembro de esa diminuta raza subterránea cuyos golpecitos han oído docenas de turistas. Le pregunté si se había asustado y me respondió: «Ah, no, no. Le dije “Eh, hola”, y el hombrecillo hizo una reverencia y desapareció».

Pero ¿Sheil?

Encendí un cigarrillo.

—Saffy cree que es hora de que entres en casa, y Polly esta noche está del humor de los Arbuthnot —le comenté.

—Ay, ¿por qué?

—Porque el rodaje en Escocia se ha ido al traste, y no soporta la idea de tener que volver a Addison Road.

—¡Ay, pobrecilla, Polly!

—Sí. Es un poco duro. Aunque para casarse con un pierrot...

—Pero... ¡los Macalstairs les tienen cariño a Polly y al terrateniente! ¿Van a darle de lado a Polly solo por Saffy? Tendría que haber seguido el viaje desde aquí, en el de las once y cuarto.

La voz de Sheil era casi un lamento.

—Bueno... A lo mejor solo es un contratiempo —cedí.

—¿Y Toddy va a venir después de que cene en el hotel?

—Sí, sí. Se encontró con Saffy cuando ella salía de nuestra pensión y protagonizaron la típica batalla de rugidos.

La risita estridente de Sheil asustó a un zarapito. Entonces, Crellie saltó encima del pájaro y la atención de Sheil se desvió de inmediato hacia el perro. Como este tenía el hocico un poco ensangrentado, nos dimos cuenta de que había estado haciendo algo prohibido con las ovejas o los conejos, y eso significaba que había que cantarle sus vísperas confesionales. Entonamos:

Cuatro espigas tengo en el pie.

¡Muertos inocentes me vienen a ver!

dos ovejas, un pato,

una gallina y tres gatos.

Crellie se encogió mecánicamente y parecía avergonzado. A veces es bastante desagradable, la verdad, y le encanta frotarse el pecho con cosas que huelen fatal y luego sentarse en medio de ello con la cabeza inclinada, en pose sacra. De todos modos, es un amasijo de bondad y, al contrario que Caralata, no es nada esnob, sino solo un poco mentiroso. Su historia de ferocidad trata sobre cómo ayudó a lord Roberts a liberar Mafeking. («Bob, lo hemos hecho los dos juntos», le digo. «Coronel Crellie, es usted un héroe», me replica). De todas maneras, le dimos unos azotes por si acaso, independientemente de Mafeking.

La primera vez que vi a *lady* Toddington y hablé con ella fue hace dos años, aunque la conocía a fondo desde hacía casi tres.

A madre la habían citado como jurado (en un documento color beis que acababa con un «la ausencia tiene pena», por lo que se lo perdoné todo) y yo había acudido fielmente en calidad de acompañante, armada con sales aromáticas y pastillas reponedoras de jugo de carne, a las nueve en punto de una mañana neblinosa. En nuestra familia, le tenemos todas un terror a «la Ley» tan solo comparable al temor combativo —su insignia universal— que pueda sentir por «la Casa» cualquier vagabundo maltrecho. Resultó que el tribunal era el de Toddington. Después de todo, a mi renuente acompañante no la designaron para el jurado, aunque a pesar de eso estaba obligada a asistir como reserva el resto de la semana. La Ley podía resultar extraordinariamente insolente y desagradecida. Ni a un perro trataría yo como la Ley trata a los miembros de un jurado que no le hacen falta. No obstante, entretanto, e incluso mientras madre temblaba como si fuera culpable y yo embebía toda la escena, un ujier sostenía la cortina claramente destinada a las limpiadoras, y en esas Toddington entró apresurado y ocupó el estrado.

Desde aquel momento, creo, se hizo dueño y señor de nuestros sueños.

El primer movimiento obvio era recurrir al *Quién es quién*, para lo que sí fui de utilidad, pues me había hecho con una copia de las que guardamos en una de las oficinas de mi periódico³.

Nacido en 1858. (*Menudo golpe: eso le daba menos tiempo para seguir con vida*).

Miembro del Athenaeum y el Garrick Club. (¿El Garrick? Pero si está lleno de actores).

Casado (¡ajá!) en 1884.

El nombre de ella: Mildred Ethelreda Brockley. (¡Dios!).

Dos direcciones. Una junto al río y otra en la ciudad. (¿Qué se le ha perdido en el río?).

Una lista de aficiones caras y convencionales. Golf. (¡Qué prenda! ¡Menudo pincel estará hecho *con esos pantaloncitos!*).

Un resumen de una educación típica, pertinente y cara. Veinticinco líneas de espectaculares logros jurídicos. (¡Chico listo!).

Desde entonces, habremos pasado por delante de su casa andando una docena de veces. No es que eso haya aportado mucho. Yo llevaba la cuenta de cuándo renovaba los maceteros de la ventana y deseaba que no fuese un apasionado de las alheñas y las calceolarias (ni él ni Mildred), y en cualquier caso llegué a ver por la ventana del comedor un aparador muy decente de madera de roble, y el calentador de cama colgado de la pared parecía bien bruñido.

Por supuesto, era fácil dar con fotografías de él (dos de mis editores me dieron tres), y

por lo general en la familia damos por sentado que viene alguna otra de camino siempre que el cartero rebusca y termina teniendo que llamar al timbre y dos veces a la puerta.

Lo siguiente fue ir a la caza de alguien que conociese a Toddington. Entre mis amistades, había una que tenía un esposo que «solía verlo mucho»; el esposo (¿tengo que decirlo?) estaba atrincherado en Kenia, cultivando café, y hubo algunas otras ocasiones en las que estuve igual de cerca. Sabía que mi trabajo profesional no podía ayudarme. No soy reportera. Soy ese tipo de criatura más bien inclasificable a la que los que parten el bacalao en el gremio a veces deciden encargar artículos descriptivos firmados sobre gente y «movimientos». Como resultado, me he pasado una tarde entera sentada en la cama de un notorio obispo mormón de Tottenham, y en la abadía, el día de la boda de la princesa María. Y por todo ello, cuando volví a ir a la oficina, le sugerí a mi editor que quizá habría que hacer algo al respecto.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? —dijo apurado—. No puede llevar usted esos casos. Henderson y Cato se ocupan de ellos y R. E. Corder, del *Mail*, ha cubierto toda la vida personal de los jueces.

—Bueno, es que quiero conocer a Toddington.

—¿Le gusta o qué?

—Lo adoro —grité.

Hace años descubrí que la mejor manera de apartar a alguien de un rastro es decir la verdad y nada más que la verdad. Obra como un hechizo.

Mi editor sonrió y se pasó la mano por el pelo.

—Bueno, lo siento muchísimo, pero no veo que haya nada que hacer.

—¡Animal! ¡Cerdo! —respondí (porque le tengo un cariño sincero).

—Por cierto, me gustaría que nos hiciera un artículo alegre: «¿Son traviesas las chicas los días festivos?». Unas mil.

—Vale. Me iré al despacho de al lado y lo escribiré ahora mismo, si me da papel, lápiz y una palangana bien grande —acepté.

—... Y no se ponga demasiado dura con Brighton. El gobernador va a estar por allí en agosto⁴.

Era cerca de la una y no tenía el artículo terminado. Binton me mandó llamar y señaló su escritorio.

—Ahí tiene. Quédese con eso. Haré que saquen otra copia para la biblioteca. —Se inclinó sobre la fotografía de Toddington—. Menudo tiparraco feo que es.

—Es muy poco atractivo —admití plácidamente—, y se lo agradezco muchísimo.

He descubierto que es inútil alabar a un hombre delante de otro. Se levantan en armas al momento, celosos y vigilantes como una multitud de arpías debutantes. Se supone que Binton es muy bien parecido, según me dice su mecanógrafa, y a menudo lo he pillado arreglándose el perfil ante las damas de sociedad que llegan en busca de publicidad gratis, pero a mí sus pintas no me entusiasman nada, y nunca me entusiasmarán. En lo que a pintas se refiere, sinceramente prefiero a Jelks, su asistente, que es poco atractivo, sin lugar a dudas, y esparce sus *h* aspiradas como hojas gruesas por Vallombrosa, y dice «anke» cuando quiere decir «aunque», y al *Quién es quién* lo llama «kienkén», como si fuese un brujo o un ritual de magia negra de África Central. En cualquier caso, los dos son unos auténticos cielos.

Cuando llegué a casa, acababa de sonar la campanilla para el almuerzo. En nuestra

familia, las comidas se toman normalmente entre una nube de testigos, a no ser que haya visitas. Por supuesto, Dion Saffyn no puede abandonar su despacho muy a menudo, pero habla con nosotras por teléfono mientras comemos, y lo mismo hace Pauline. Caralata protagoniza unas intrusiones infinitamente menos frecuentes. A estas alturas, se han visto reducidas más o menos a un leve y afectado *Tra la! Mes enfants!* en el éter. A veces, admitimos de manera bastante abierta que Caralata es una pelmaza. La llegada de Katrine a la Escuela de Arte Dramático nos ha traído la compañía de su amigo actor, cómo no, y todas esperamos que no vaya a empezar a intentar pedirnos dinero prestado. Una vez, madre lo hizo recitar *Ser o no ser* en la cola del Gaiety, pero tardamos poco en rescatarlo de aquel apuro y, para agradecerémoslo, se puso a flirtear con todas nosotras durante un tiempo, con una y con otra, y a mi madre le decía «¡Guaaaau, queridaaa!», y saludaba a la pobre Sheil con un «Qué monada... ¿Cómo está usted, señorita?» y un vibrato en la voz estudiosamente copiado de los efectos guturales de George Alexander⁵. De todos modos, a este hombre no le sacamos mucho provecho, y Katrine, a quien él pertenece, si es que pertenece a alguien, se está volviendo definitivamente distante. Voy a echarla muchísimo de menos, aunque diría que sé cuál es el motivo. Mi teoría es que en la Escuela de Arte Dramático animan a los estudiantes a fingir todo el día y, a decir verdad, el ambiente allí es el más irreal y artificial que yo haya respirado nunca, incluso cuando no se están dando clases. Y eso tiene como efecto mandar a las muchachas a casa agotadas de simular, sin nada que ofrecer a sus familias salvo ellas mismas.

Esta mañana, he ocupado mi lugar en la mesa en medio de una discusión entre Toddy y Henry Nicholls, su asesor, sobre lo que este último debería haber encargado en el Simpson's in the Strand para el almuerzo del juez. Toddy es increíblemente especial para la comida y siempre quiere doble ración de ostras en el pudín de carne cuando va al Cheshire Cheese, y Sheil dice que «marea el pudín con sus manitas para sacar primero las ostras». Nicholls siente devoción por Toddy y últimamente han estado jugando al golf juntos los sábados, a no ser que Toddy tenga que pasarse la mañana en la sala de audiencias. Siempre que paso una tarde libre en el tribunal de Toddy y veo al asesor sentado por debajo de él, encargándose del juramento de los testigos y subiendo para deliberar con Toddy (que en esas ocasiones finge no conocerlo apenas), contengo una sonrisita pensando en lo que había ocurrido, digamos, quince días antes, o ayer. Y, cuando se levanta la sesión, es terrible de verdad tener que salir con el resto del vulgo al Strand, en lugar de correr (como habíamos acordado) a ver a Toddy a su sala privada.

Su atuendo nos mantiene en un suspense perenne. Los jueces tienen los ajuares más increíbles. Siempre que creo que he llegado al fondo del baúl de Toddy, saca de repente algo nuevo y se lo pone.

A veces, va de negro con una banda roja, o de rojo con una banda negra. En otras ocasiones, se presenta de negro, con una esclavina y puños de armiño, y se parece entonces a Lewis Sydney, de la compañía The Follies. Lo he llegado a ver con unas rayas negras elegantísimas aliviadas por una seda beis y una capucha atada con lazos, y, cuando me hube recuperado de aquello, a la siguiente vez se plantó con un efecto muy chic gracias a una seda rosa tornasolada. Reconozco, no obstante, que lleva siempre los mismos gemelos: sencillos, ovalados, de oro. Madre dice que está esperando a que entre de un salto con una falda de *ballet* y unos capullos, y a lo mejor entonces tendremos

que volver a sacar el atuendo negro y rojo. Después de eso, fuimos arriba y celebramos una *matinée* benéfica (para el Fondo Benevolente de Abogados Intimidados) en la que nuestra muñeca estrella actuó en una obra llamada *Juramentos perjurados*.

Como era sábado, Katrine también estaba en el almuerzo y, de repente, cuando empecé a comer, una depresión mortífera se apoderó de mí. A veces pasa, y a menudo de un modo bastante irracional, y una se deja llevar, porque luchar contra ella no es bueno. A padre le solía ocurrir lo mismo y contaba con frecuencia cómo empezaba un día con intención de disfrutar de cada minuto, pero en un momento «aparece de la nada ese maldito pudin negro y me destruye de raíz».

Miré la mesa, miré a Katrine, a mi madre y a mi Sheil, a la pobre señorita Martin, y pensé: ¿Para qué estamos todas aquí, maldita sea? ¿Madre está satisfecha? ¿Valgo aunque sean dos céntimos? ¿Sheil crecerá y se alejará de mí y se casará con algún tontaina caradelata? ¿Es concebible que Katrine alguna vez consiga un papel en el que llegue a decir tres frases en el escenario? ¿Y por qué tiene que estar la Martin aquí, esa maldita y trágica infeliz? ¿Y por qué no está Toddington? También Katrine parecía estar más baja de lo normal.

—Toddy viene a cenar esta noche —dijo Sheil con voz aguda—, y le tenemos chuletas de cordero, que le encantan. ¿No va siendo hora de que invitemos también a Mildred, madre?

A la señorita Martin se le iluminó la cara. Es la última carta que le queda en la manga.

—¿Y quién es ese «Toddy»? Si se me permite la pregunta.

—Toddington —respondió Sheil de manera sucinta.

Madre parecía cohibida, y yo empecé a pensar de modo shakespeariano. Eso siempre me relaja.

*Fuera, mujer maldita,
y a esta casa bendida
nunca más vuelva.*

Qué lugar más estúpido era el mundo si lo dejabas al desnudo. Cuán despiadado y mezquino, todo reducido a un ojo por ojo.

Después de almorzar, convencí a Katrine para ir a pasear por el Middle Temple, pues creí que le podría sacar beneficio a su estado de ánimo, y se sentía tan deprimida que caminaba como la señora Crummles, y yo estaba tan escamada con la vida que le di a la tumba de Goldsmith con el paraguas⁶.

—Daría cinco libras por que apareciese alguien y nos dijera lo inteligentes que somos las dos —aseguré.

—Yo le daría al basurero media corona si me llevase con el resto de los desperdicios.

—Me apuesto lo que sea a que no lo haría por menos de tres chelines —respondí comprensiva.

Entonces, para animarme, me dijo en un gruñido:

—Y este verano nos vamos a Yorkshire.

Y nos metimos en un cine porque es el lugar más deprimente del mundo y las dos creemos en el principio de la homeopatía.

Aquella noche, me quedé despierta hasta tarde, leyendo. Nunca he conocido una

biblioteca más compasiva que la que reunió padre. Gracias a él, descubrí *The Martian* y *Peter Ibbetson*, *Cumbres borrascosas* y *My Two Kings*, de Evan Nepean, quien, cuando visitó la National Portrait Gallery y vio el retrato hecho por Kneller del duque de Monmouth muerto, recordó de pronto que en otros tiempos le había pertenecido; de pronto, conoció su vida pasada en la corte de Carlos II y escribió sobre ello, en la guerra, y tanto me exacerbó aquello que también yo me he detenido ante el encantador James Scott, de escaso valor, y me ha parecido una de las pinturas más bonitas del mundo. ¡Y eso que no pude recordar nada!

¡Menudos rostros! ¡Cómo se apoderan de una! Por algún motivo, estaba a salvo de ese infausto frívolo en concreto, pero hay otros... Todos presionan con sus pasados, sus reclamaciones; todos se abalanzan sobre ti, muy muy calladamente, para atraparte... Dejan de ser superficies planas y se convierten en pequeños escenarios en los que colarse...

Y aquel lienzo dañado, descartado por los biógrafos por ser un «pintarrajo horrible»: Emily Brontë, con un perfil tormentoso. No soy crítica de arte, sino que solo valoro en las pinturas lo que hay más allá de ellas. Emily consiguió afectarme. Estoy segura de que se sentía agobiada en su casa de Trafalgar Square. Cuando la vi por primera vez, dije: «Dios mío, y yo no puedo hacer nada».

Cuando descubrí a Rabelais, me pareció un pelmazo oscuro y limitado. Estoy bastante segura de que si se me antojara ser una indecente podría llegar a ser más original que eso, y madre y Katrine afirman que ellas también. Cuando estaba hojeando *El viento en los sauces* y llegué al «¡apuesto señor Sapo!» (que en realidad tiene mucho en común con Caralata, e incluso con Crellie en sus momentos de Mafeking), me dio una punzada y empecé a sentirme bastante segura de que la señorita Martin no era muy feliz. Traté de exorcizarla con *Una advertencia a los curiosos*, de James, pero en realidad no sirvió de mucho, y blasfemé y apagué las luces y me fui escaleras arriba. Me quedé ante su puerta y escuché. La señorita Martin estaría llorando por Cheltenham y el capitán. Posiblemente haya un escritorio para su uso personal, y un dormitorio allí cuyos sonidos conozca a la perfección... Me quedé delante de su puerta y escuché. Me sorprendí a mí misma al llamar. Y llamé de nuevo.

—M-me ha parecido oír ruido de movimientos —dije titubeante a la figura nada atractiva que apareció con camisón decoroso.

Y yo estaba en lo cierto. Tenía los ojos rojos.

—Ah... no... Qué amable por su parte... no.

Bueno... Sabe Dios que no quería protagonizar con ella una escena en el descansillo.

Por la mañana, me desperté decidida a sentirme tan abatida como el día anterior, y a afrontar de ese modo las cosas y a aclararlo todo, pero entonces descubrí que estaba de lo más animada. Empecé a intentar buscarle explicación y llegué a la conclusión de que se debía a que al día siguiente era el cumpleaños de madre y a que faltaban quince días para la función de fin de trimestre de Katrine.

A lo mejor es porque recibimos muy pocos regalos de fuera por lo que montamos tanta fiesta con los nuestros. Solíamos hacernos muchos más regalos cuando padre estaba vivo, seguramente porque éramos mucho más jóvenes entonces, y quizá porque los hombres sí traen a gente a casa, igual que un gato macho atraerá siempre a otros gatos. Madre no va a entretenerse sola, aunque soporta con mucha nobleza a quienes ella llama «los borrachos» que Katrine y yo traemos, es decir, a jóvenes escritores y estudiantes de ambos sexos. En Navidad y en los cumpleaños, prácticamente nadamos en regalos que nos hacemos nosotras, y eso, de nuevo, es otra razón más para no tener invitados, porque un baño ajeno saldría demasiado caro. Pensando en el cumpleaños de madre, golpeé en la pared y apareció Katrine a medio vestir.

—De una cosa quería hablarte, camarada: del cumpleaños de madre —le dije.

—¿Por la Martin? —supuso Katrine.

—¡Buena chica! Katrine, yo ni puedo ni pienso colocar todas las cosas en el sitio de madre en el desayuno. ¿Me entiendes?

—Te entiendo. Pero... ¿sabe la Martin que es el cumpleaños de madre? Porque, si lo sabe (es imposible que Sheil deje de decírselo), no podemos contarle a Sheil por qué no queremos colocar las cosas. La pobre Martin no encuentra mucho apoyo en la cría...

—... Habrá que dejarle algo. Ya. Mira. Ya sé. Le vamos a poner todas a madre una de nuestras cosas en la mesa, la más fétida...

—¡Guau! —apreció Katrine.

—K., ¿cómo andas de dineros?

—Economía, Horacio, economía. Tendrá que pasar otro mes para que pueda ponerle las manos encima a una puñetera salsa de menta brillante y tintineante⁷.

Le di a Katrine dos libras porque ahora soy el hombre de la casa y a veces siento como si Sheil y ella fuesen mis hijas. En el sitio de madre había tres paquetitos, y fuimos tan decorosas en el desayuno que casi explotamos, y nos pasamos el rato tratando de no cruzar miradas, mientras madre nos daba las gracias y la señorita Martin seguía de espectadora, ¡pobre farsante! (Luego se apresuró a salir para ir a comprarle a madre un ramo de rosas, y me pregunté cómo serían las mañanas de cumpleaños de la Martin). En cualquier caso, nos llevamos corriendo a madre a la sala de estar y pudimos ser nosotras mismas durante unos veinte minutos.

Había once paquetes. Con esto se dice todo. Caralata había enviado una caja grande de chocolates de Fuller's, y Crellie, una polvera de cristal con su tarjeta dentro («Coronel Crellie: Club Servicios Unidos»). Había comprado el regalo con su «dinero

orejero», ya que creemos que debe de guardarlo ahí, en vista de que no tiene bolsillos. Dion Saffyn había mandado una entrada de butaca para una obra que sabíamos que madre quería ver («Con todo el cariño, de Saffy»), y Polly, un ramo enorme de lirios de los valles («Del jardín de mi padre, con el mayor de los afectos, de Mary Arbuthnot Saffyn»), así que madre supuso que Polly estaba con humor de condesa y probablemente se hubiese puesto un poco celosa de nuestra intimidad con su esposo. Pauline y Ennis solo enviaron tarjetas, porque parecía que no podían permitirse hacer regalos salvo en Navidad, por sus sueldos.

Aunque lo mejor llegó de parte de Toddington. Tres pares de encantadoras mallas de seda y su tarjeta («Le deseo muchos días felices como este a mi querida señora Carne, de su viejo amigo Toddy». Garrick Club. Athenaeum), y madre nos abrazó a todas y dijo: «¡Ay, gracias, Toddy, queridísimo!».

Y entonces se puso a abrir nuestros regalos.

La función de fin de trimestre de la Escuela de Arte Dramático fue tan divertida que me empezó a sangrar la nariz y tuve que salir a tientas y entrar en los lavabos para desahogarme gritando. Pero madre, estremeciéndose entre risitas, se quedó hasta el final del todo para así poder decirle a Katrine lo que había que decirle. Entre los papeles que interpretó estuvo Polonio, y no había hecho más que llegar a «viste ropas costosas» cuando la barba se le cayó a la mitad y se quedó colgando como un péndulo durante el resto de la escena, y en *La historia de amor del profesor* (¡Ay! ¡Qué obra más mala!) la puerta se atrancó y dejó a ese caprichoso ermitaño enganchado a su propia valla. Más adelante, según me contó madre, una de las muchachas (una granjera) tenía que llenar una pipa y fumársela, y echó tanto tabaco en la cazoleta que un hombre del público exclamó en alto «Dios mío»; por supuesto, la pipa luego no tiraba y la muchacha tuvo que sacarlo casi toda otra vez, y entonces madre dijo: «En el escenario les llegaba el tabaco picado a las rodillas. Esa chiquilla debería seguir haciendo progresos». Toddington, sentado junto a madre, mostraba una pose austera y tolerante, y aseguró que esos contratiempos tenían que ser muy duros, después de todo el trabajo que habían hecho. Al acabar, nos llevó a casa en su coche. Mitchell, el chófer, está empezando a saberse tan bien nuestra dirección que nos hemos dado cuenta de que a menudo tiene una ligera tendencia a toser como un mayordomo de escena cada vez que la oye mencionar, y en una ocasión se lo conté en broma a Toddy, que la tomó con Mitchell y le cayó encima como una losa. Toddy tiene una lengua como un látigo. Era de esperar, la verdad.

Le pasé mi novela a un editor hace quince días y estoy muerta de emoción. Toddy cree que es «excesivamente buena». Me dijo que era una chica lista y me llevó al Ritz a celebrarlo, y se montó un buen revuelo por la cantidad de gente que lo reconoció. Mildred no estaba. En general, es una mujer un poco inaccesible y, aunque ha «llamado», todas pensamos que hasta cierto punto fue un modo de dar el visto bueno a las amigas de su esposo.

No obstante, conforme pasa el tiempo —ya hace casi un año desde la citación para el jurado—, empieza a mostrarnos poco a poco otra faceta de su persona. Por ejemplo,

hace una semana, Mildred me llevó a su casa, me puso un licor de cerezas y se sirvió otro ella; de repente, se quitó los zapatos y dijo que estaba harta de la vida que llevaba y de cualquiera que fuese el sentido de terminar agotada tras la temporada de eventos sociales por un porrón de gente al que ella no le importaba un pimiento.

—¡Cómo detestaría Toddy oírle decir «porrón»! —exclamó madre—. Aunque siempre os he dicho que Mildred no era tan de postín como os pensáis. Después de todo... Brockley es un apellido del montón.

Madre es de lo más sensata. Siempre se puede confiar en que se le ocurra algún comentario reconfortante. Los trasgos la odian.

—Y entonces ¿por qué Toddy se casó con ella? —pregunté.

—Bueno, ya sabes cómo son esas cosas. Además, Toddy solo tenía veinte años. Y supongo que sería guapa.

—¿No es bastante, bastante raro pensar que Toddy también come, se afeita y tiene pequeños ataques de hígado? —añadí.

—¡Pues claro que hace todas esas cosas! ¡Supongo que tomará pastillas a puñados! Tiene pinta de lo que Mildred llamaría «bilispendiado».

—¡De eso nada!

Madre me agarró por la barbilla.

—Me parece que crees que va por ahí subido en un elefante dorado.

—Bueno, ¿acaso lo ves montado en un tren o un autobús? —repliqué.

—¡Por supuesto que sí! Me apuesto lo que sea a que utiliza autobuses todos los días de su vida.

—Pues yo no lo veo haciendo eso —respondí con sinceridad.

Y entonces me metí en la biblioteca y sentí complejo de inferioridad. La temporada social no había acabado y pasaban coches llenos de gente rica que era muy deseada; muchachas de mirada dura que hacen todas las cosas que hay que hacer y no hablan nuestro idioma; que están segurísimas de sí mismas, tienen una actitud de lo más firme en la vida y su mayor tributo al disfrute es un «¡Mmmaravvilllloosso!», arrastrando las letras.

Una vez, traté de explicarle todo esto a madre y me respondió: «Esas muchachas no tienen sombra».

No es que una las envidie, pero sí me generan alarma, pese a la estupidez, y me intimidan e impresionan. Y todo pasaba por ellas, por esas mujeres que hacían las cosas típicas de Mildred Toddington en momentos en que el resto del mundo se dedicaba a trabajar. Sin embargo, al mismo tiempo, más o menos es en este periodo cuando fecho el cambio de Mildred. Se hizo más humana, incluso menos remilgada.

Y yo empecé a leer libros sobre gente con espíritus incluso «más bajos» que el mío, pues, en ocasiones así, esas son las únicas lecturas posibles, y bajé *Jane Eyre*, y observé a la señorita Martin con uno de sus sombreros aplacados sacando a pasear a Sheil.

No obstante, no lograba centrarme en nada, así que planeé llevar a Katrine a un vodevil por la noche. Iríamos a una sala de la periferia, porque los números son siempre mejores y más viriles en esos sitios, y a las dos nos encanta el ambiente de sesión doble y las lentejuelas que les faltan a las presillas, la obertura apresurada con la banda secándose la cerveza de los labios, los anuncios de los negocios locales que el proyector del círculo familiar lanza a la pantalla... Pantalones listos para usar como tuberías de desagüe y

sombreros con los que una no se ve muriéndose. En uno de los Empire hay un tendero que se llama Soper y sale todas las veces anunciado, y, cuando pasa su diapositiva, aplaudimos, porque probablemente sea un hombre más bien calvo y se resienta de su edad, y se vea desconcertado por la competencia de las cadenas comerciales, y porque es muy terrible tener un apellido como ese.

A veces, vamos a la parte de atrás y hablamos con la gente que conozco de entre quienes conforman la programación. Y Katrine se muestra impaciente, impresionada conmigo, y yo finjo que no, aunque siempre se me viene a la cabeza la imagen de una cesta de ropa y el olor de los pasillos de piedra. A Katrine se le pasará eso que siente porque solo tiene la fiebre del escenario y es una inexperta, y tres semanas en provincias aplacarán sus ilusiones para siempre, mientras que yo ya no noto esa misma fiebre, aunque el decorado se impondrá en mí siempre, pese a que sé bien lo que es.

Nos encantan los números que nosotras llamamos «pimpiones», con tanto ajeteo y tanta lentejuela, y en las afueras se ven por todas partes. A Katrine siempre le da pena la muchacha que simplemente está de pie al fondo del escenario con las mallas y se pregunta cómo será su casa, qué leerá, qué pensará de verdad sobre las cosas. Yo no tengo que preocuparme por eso, porque la he conocido y sé que no piensa en nada más que en el espectáculo, en ropa, amuletos de buena suerte y hombres, y que su casa es una habitación combinada en Kennington Road o Highbury New Park, con una alcuza en el chifonier. Los comediantes son mucho más elásticos en sus instancias superiores, piensan en un montón de cosas, son propensos a coleccionar objetos artísticos muy por encima de su estatus, y normalmente son buenos tipos, nada de parecerse a los típicos «muchachitos». Esta semana, Freddie Pipson encabezaba la programación, así que le dije a Katrine: «Luego vamos a ir a verlo».

Pipson es maravilloso. Encarna la única justificación que conozco para esa expresión horrible de «un caballero de sangre». Tiene de todo menos estirpe y, si alguna vez se casa, su esposa será una mujer afortunada y bendecida. Gana doscientos a la semana y nació en los barrios bajos; tiene una caligrafía horrenda y sus parientes son impresentables, pero le confiaría mi vida, mi dinero y mi hija a ese hombre sin pensarlo dos veces. Tenía todo eso en la cabeza mientras la banda tronaba y Pipson entraba marchando con uniforme de cómico, una espada y una peluca de pelo corto, y cantaba su famoso «Soy el capitán de los Fieles Guardacocinas», entre los bramidos de la sala. Una vez me contó que fue su casera la que le dio la idea, hacía años, cuando Pipson se ocupaba de un primer número oscuro; entonces, anotó la frase en un sobre viejo y luego la probó en Islington. «Y salió tan bien, señorita Carne, que nunca miré atrás, y vengo cantando lo mismo desde entonces, vez sí, vez no».

Nos unimos al coro con el resto de la gente y de pronto Pipson me vio y me saludó, y me dedicó una imperceptible inclinación de cabeza para indicarme que nos viésemos después del espectáculo.

*¡Soy el capitán de los Fieles Guardacocinas!
Guío a los hombres, en retaguardia, a la batalla,
con despachos en los puños guardados,
¡soy la repera, caramba!
Y el enemigo implora compasión*

cuando quito el regulador.
La gente dice: «¿Quién es ese apuesto señor
ahí junto a las culatas?».
Y los soldados me señalan ante los forasteros.
Soy el ídolo del regimiento, y uno de los
tarados del Derby,
¡soy el capitán de los Fieles Guardacocinas!

Pipson lo escribió al principio de la guerra, cuando ya lo habían rechazado tres oficiales encargados del reclutamiento. Me contó que nunca había sufrido una humillación así, y en esas volvió a casa y encontró la salvación en el reverso de un sobre. De todos modos, la noche que lo cantó ante «soldados de verdad» estuvo a punto de echarse a llorar. Dio la mitad de su salario a organizaciones benéficas de la guerra y dejó de fumar de golpe, e incluso ahora solo se toma un trago una vez que ha terminado el trabajo, aunque su camerino es como un bar, para las visitas. Le devolví pues el asentimiento de cabeza. Lo conocí hace unos meses, mientras me ocupaba de hacer una serie de reportajes sobre vodeviles para Binton, y no logré que hablara de sí mismo porque siempre hablaba de mí. Katrine susurró eufórica:

—Ay, ¿nos va a decir alguien «Encantado de conocerlas»?

—Nos lo dirán todos. Y no tengo la más mínima idea de qué hay que responder. Es como cuando la gente dice: «Que Dios la bendiga». Una no sabe si responder: «Ni lo mencione», «Déjelo» o «Igualmente».

A continuación, mientras Pipson salía apresurado a cambiarse para el siguiente número, mientras la banda tocaba el estribillo de los Guardacocinas y luego pasaba al estribillo del número siguiente, caí en una de mis divagaciones mentales a las que siempre me induce el ruido y me empecé a preguntar por qué no debe decir una «Encantada de conocerle» cuando eso expresa exactamente lo que quiere expresar, y entonces la nuca del director me dio la idea para un sainete sobre un vodevil, y la melodía me dio el perfil de la sinopsis de un *ballet*; el porqué, no me lo imagino, pues la música era por completo inadecuada para unos bailarines, pero las luces y el ruido son en mi caso como la llama para la pólvora, y una vez planeé una obra de tesis mientras veía un número en el que se repiqueteaba *Guillermo Tell* al xilófono. Los teatros, salas y conciertos, por su parte, tienen otro efecto en mí: me hacen revivir el pasado, y a menudo he llegado a casa de vuelta del Queen's Hall bastante furiosa por desacuerdos que había tenido hacía diez años con gente con la que en ese momento me llevo mejor que nunca.

Supongo que nada, ninguna emoción ni ninguna personalidad, muere de verdad nunca, sino que se queda cerniéndose en la atmósfera, esperando a que alguien entre en contacto con ella de nuevo, mediante algo bastante ajeno: ¿una especie de médium...?

Tras pasar junto al sargento, Pipson nos esperaba a la puerta de su camerino con una camiseta, un *kilt* no identificable con ningún clan escocés y una bata de franela. Se había quitado la peluca de zanahoria caledoniana y tenía el pelo peinado y alisado. Me retorció las manos al estrechármelas y me dijo:

—Qué detalle por su parte.

—He traído a mi hermana —le respondí.

—Estoy encantadísimo, de verdad. ¿Me permiten pedirles a las dos que pasen? El

señor Bagley, mi sekrretario.

—Encantada de conocerlo —respondió Katrine.

Bagley salió con gestos prudentes y Pipson nos trajo cojines y escabeles, y nos ofreció *whisky*, brandi, oporto, ginebra y angostura y tabaco, mientras sus dos ayudantes de camerino trataban de quitarle las polainas.

—Bueno, no se vayan a preocupar por el tiempo: yo las llevaré a casa. ¿Cómo va el trabajo entonces? He leído su artículo sobre la llamada Ley de Bastardos con mucho interés, y coincido con usted en todo lo que dice, en lo principal. Esa clase de chiquillos...

Diez minutos después, apartó una toalla manchada de maquillaje y dijo:

—Me gustaría que me escribiese usted un número nuevo, señorita Carne. No consigo salir de esta historia escocesa.

—No, ya me he dado cuenta.

—Ah, ¿sí? —Se dirigió entonces a Katrine—: Siempre agradezco a la gente como su hermana que le diga a uno la verdad, señorita Carne. Esta noche he estado pésimo, lo sé.

—Y a mí—: Bueno, ¿qué me dice?

Negué con la cabeza.

—No tengo el toque necesario para esto. Me saldría algo o demasiado refinado o tan vulgar que no podría usted cantarlo.

—Qué curioso, ¿eh? —Miró a Katrine con sus ojos tristes y traviosos—. A lo mejor le parece extraño, señorita Carne, pero nunca canto ni digo un verso que no cantase o dijese delante de usted. —Y a mí—: Bueno, querida, démosle una vuelta.

—¡Vamos a escribirlo ahora! —exclamó Katrine. La media copa de oporto y la proximidad de Pipson fueron demasiado para ella—. Sacaremos un verso cada uno.

—Voy a pedirles que me disculpen mientras me cambio —intervino Pipson, y pasó a la estancia interior.

—Por supuesto.

—Empiece usted, querida.

—No haga trampas —objeté—. Tendrá que aportar su parte también, se cambie o no. Pensé en las hileras de maquillaje que había en el tocador.

—*Cepillo el arado en busca de las pepitas que la mermelada lleva* —canté.

—¡Ya la hemos liado! —exclamó Pipson.

Lanzó entonces el *kilt* por la puerta y añadió, con su voz de tenor:

—*Y pico hielo de un cordero para que como borrego se venda.*

Los domingos soy todo un pilar protestante, ¡un prenda!

—*¿Y qué otra cosa iba a hacer sin conciencia?* —gorjeó Katrine.

Pipson asomó la cabeza por la puerta, serio de repente.

—Eso es un poco controvertido, señorita Carne, no sé si me explico. Aunque pertenezco a la Iglesia de Inglaterra, debemos respetar las creencias de otras personas. Entre mi público hay mucha gente protestante; le sorprendería cuánta.

Vi que, si pasaba un segundo más, Katrine explotaría, pero por suerte apareció el chófer de Pipson y dio a entender que se le esperaba en el Shepherd's Bush Empire media hora después, así que Pipson nos metió en su enorme Daimler como si fuésemos de cristal o una colección de pinturas flamencas, dijo «Buenas noches, Hopkins» y «Vaya con Dios, querida» al sargento y a una actriz que pasaba, y fuimos en el coche

hasta el cruce de nuestra casa, nos agradeció nuestra compañía, nos bendijo, y al entrar en la antesala Katrine estaba tan conmovida que se hundió en el banco y aseguró que se iba a marchar de casa para irse con Pipson. Yo había entrado directa a por el correo. Las cartas siempre me embriagan: todo lo que se pone sobre la mesa son cuadrados o rectángulos mágicos que pueden alterarte la vida. Las dos estábamos tarareando música, luz y bienestar, y en un estado así puede haber cualquier maravilla esperándote. Señalé la única carta destinada a Katrine y me perdí en el mundo de mi propio correo, y entonces la oí soltar un grito que me devolvió a la realidad en un segundo. Recogí del suelo la hoja que se había caído y le dije: «¿Puedo?».

Estimada Srta. Carne:

El comité ha seguido atentamente su trabajo durante sus dos trimestres como alumna y ha llegado a la conclusión de que no está justificado aconsejarle que concluya el curso...

Fue uno de esos malos momentos que ocasionalmente sufren las familias.

Tenía tanto que decir que me costó mucho seleccionar algún fragmento del total y no logré hacerlo, como me suele ocurrir. Lo único que alcancé a apuntar fue: «¿Quieres que vaya y me reúna con ellos?». Se me da bien dar la cara por otras personas. Y al final, como hacemos normalmente, Katrine y yo fuimos a contárselo a madre, y las dejé solas a las dos. Madre tiene un don...

En mi habitación, estuve yendo de un lado al otro, inquieta, hasta las dos, dirigiéndome al comité con frases contundentes y acídulas. Era dinero lo que andaban buscando... Si Katrine era una estudiante tan poco satisfactoria, tenían el deber y la responsabilidad de haberla informado después del primer trimestre... Dudo de si se podría calificar su medida como trampa, pero ¿cómo eran capaces de cuadrar esa manera de tratar a mi hermana con el hecho indudable de que estudiantes evidentemente más inapropiados que ella no solo seguían en el curso, sino que los promocionaban? No dejaba de dar vueltas por la habitación, echando chispas, murmurando. Lo escribí todo, porque poner las cosas por escrito siempre me calma.

¡Cómo lo sentiría Toddy cuando se enterase! ¡Qué indignado y compasivo se mostraría! De todos modos, durante unos días, Katrine no estaría de humor para que le contásemos a Toddy nada de eso en el almuerzo o en la cena...

¿Haría de las suyas Mildred? ¿Sacaría en todo su esplendor a la amable Brockley que lleva dentro? Me imaginé que sí.

Me detuve delante de una fotografía de Toddington saliendo del tribunal Old Bailey y dije: «¡Ay, Toddy, menuda faena tenemos montada!», luego grité y después, con ese modo tan odioso que tienen estas cosas de interferir, empecé a teatralizar la situación y a planear un relato sobre ella para *The Rattler*, escribí el guion, gritando todo el tiempo, me metí en la cama a las tres, y no me quedé dormida hasta las cinco.

Por la mañana, había una carta junto a mi bandeja en la que me rechazaban la novela.

En el aula, Agatha Martin estaba escribiéndole a su hermana mayor, que vivía en Cheltenham.

Mi querida Flossie:

Llevo una semana sin saber nada de ti y eso son siete días sin una sola carta.

No sabría explicarte, aunque deberías saberlo después de todo este tiempo, cómo mira una el correo cuando está con una familia nueva.

Creo que me estoy instalando bastante bien. La señora Carne es, creo yo, una mujer muy buena, aunque ¡un poco extraña! De todos modos, se porta muy bien conmigo; todas lo hacen. Las dos muchachas más mayores son muy educadas, en general. Las dos hacen cosas. Katrine (la mayor) está estudiando teatro, pero creo que es muy probable que solo se trate de una afición, aunque está muy guapa en sus papeles de morena y dice sus frases alto y claro. Deirdre es periodista, como ya te he contado (¿?), y resulta fascinante de verdad, y parece que la señora Carne la deja salir sola a sitios raros. No pretendo entender a las chicas modernas. Sheil, mi chiquitilla, es una niña de aspecto dulce, aunque muy rara. Podría entender y manejar a una niña que dijera cosas enigmáticas de tanto en tanto. (¿Te acuerdas de Kenneth Barlow, que decía que «el rey Enrique murió por un empacho de lámparas», y cómo nos reíamos de aquello? ¡¡¡Se refería a lampreas!!!). Pero Sheil no es graciosa en ese sentido, ni una pizca. A veces, habla de una manera tontísima sobre las cosas y la gente. Por supuesto, es de lo más inofensiva y estoy segura de que podré quitarle la mala costumbre a tiempo, aunque a veces no logro adivinar cuándo sabe que se está «inventando» algo y cuándo cree que está diciendo la verdad. Por ejemplo, ayer me contó que Crellie (su terrier) creyó durante un tiempo que era el papa y participó en una procesión del Vaticano, llevaba una capa pluvial y, cuando estaba empezando el servicio religioso, vomitó en los escalones del altar.

Pero todo eso tendré que vigilarlo. El único rastro de fundamento para esa historia es que el perro está siempre vomitando porque se baña en el Serpentine y se traga el agua. E incluso las muchachas mayores se ponen a hablar del perro sin parar; a veces salmodian (o hacen algo parecido) *In secula seculorum* cuando lo ven, pronuncian magnificats siempre que hay un gato macho en el muro y dicen que el animal «habla» con acento *cockney*, y a veces las comidas son un albototo en *cockney* (¡Discúlpame! Quiero decir alboroto, claro), con todo lo que «habla» Crellie además. Es de lo más ridículo, nada divertido, como te he dicho antes. Me encantan las bromas, pero estas son muy cansinas. Y lo último parece ser la moda de las visitas del señor juez Toddington (no había más gente en el mundo...). ¿No fue ese el juez del caso de los caramelos envenenados de hará unos tres años? Están todas loquitas por él y hablan de tal manera que nunca sé adivinar cuánto hay de juego en ello y cuánto va en serio. Dado que tienen una relación personal con él, confío en llegar a conocerlo yo también algún día. Sin duda, tiene que ser un hombre sumamente generoso, porque a menudo las he oído hablar entre ellas sobre los regalos que les hace en cumpleaños y en Navidad, ¡¡así que espero el próximo cumpleaños con suma curiosidad!!

De todos modos, mi trabajo con la niña quizá vaya a ser difícil. Debo tener más cuidado por ser normal y corriente, y tratar de hacerle ver que hay mucho júbilo en las cosas cotidianas, más que en las cosas fantásticas, que nunca podrán ocurrir.

¿Cómo está padre? ¿Y tiene la sociedad Bouverie un buen programa de verano? ¡Qué maravilloso estuvo Canon Stepney en *El gentil arte de la risa* el invierno pasado! Envié una frase de su discurso al *Morning Post* para que lo publicasen en «The Trivet», pero sin resultado. Ayer tuve noticias de Mabel. Su anciana señora parece estar llegando a término, pobrecilla, y Mabel empieza a ponerse un poco nerviosa por el futuro. Violet cuenta que a sus chiquillas les va fenomenal en el *hockey* y que su escuela va a jugar contra Bradley este trimestre.

La señorita Martin soltó la pluma, estiró la mano y contempló el aula. Mabel y Flossie, en la repisa de la chimenea, y Violet en un soporte tallado. Los hombres estaban en su dormitorio. El capitán Martin (jubilado), junto a la cama, y el señor Francis, en el tocador. La barbilla de la señorita Martin temblaba. Esas fotografías... Podía ver el estudio de la avenida del que todas se habían ocupado cuando se dieron cuenta de que su hogar debía dispersarse; sabía que su propio retrato estaba expuesto en los otros dos dormitorios que nunca vería: en el de Mabel, en Bournemouth, y en el de Violet, en Hampshire. El de Flossie sola era profundamente familiar, pero padre debía tener a una hija en casa. Salía más barato que una segunda criada. Estaría perdido sin ella. Flossie sabía cómo le gustaban a él las cosas. El marco adicional —el señor Francis— era exclusivo de Agatha, y la señorita Martin empezó a pensar en él, otra vez. En realidad, nunca la había pedido en matrimonio (de algún modo, los hombres nunca lo hacen), pero había habido, si no un acuerdo, quizá sí una preocupación mutua, y, de un lado, admiración apasionada. Aunque, por supuesto, el estipendio de coadjutor... La pensión de padre...

El señor Francis: qué poco propia de un coadjutor era esa concepción del papel del humor. La broma constante («¿Por dónde viene el burro? ¡Empiezo a sospechar que viene volando!»).

Qué varonil...

Llegaron voces de los dormitorios de abajo.

DEIRDRE: ¿Qué estará haciendo Toddy ahora mismo?

SRA. CARNE: Está dormido. Es tarde. Vete a la cama, cielo.

DEIRDRE: ¡Tendrá una garra de marfil pegada a la cara! (*Ruido de cepillado de dientes*).

KATRINE: ¿Cómo será su pijama?

SRA. CARNE: Azul y blanco, de Swan and Edgar.

DEIRDRE: ¡Vaya! ¿Es que te imaginas a Toddy comprando ahí?

SRA. CARNE Supongo que comprará los pijamas de seis en seis en la tienda de St. James's Street en la que compró el verano pasado la bata aquella que le quedaba larga y por la que se molestó tanto con nosotras por ofrecernos a cortársela.

La señorita Martin suspiró.

Nos disponíamos a marcharnos a Yorkshire tres días después de que llegase la carta para Katrine. La señorita Martin iba a pasar quince días en Cheltenham y luego se reuniría con nosotras. Le habíamos contado lo de Katrine. ¿Qué sentido tenía tratar de ocultarlo? Me alegraba sinceramente de que al menos la Martin fuese a ponerse contenta, y buscaba su compañía, más allá de posibles consecuencias. Pero la criatura, acorralada, sencillamente no está. Bueno, lo entiendo. ¡Cómo lo entiendo!

Entré en el aula para tratar de afrontar el ambiente de desmantelamiento y baúles que había en el resto de la casa, aunque eso no sirve de nada. El ambiente impregna la casa entera.

Toddington sigue de viaje por trabajo; me pregunto qué planes tendrá su esposa. Está en Bristol, así que ni siquiera lo veremos antes de marcharnos, y luego se irá de vacaciones diez semanas, antes de que empiece el periodo judicial de otoño. Madre dice que seguro que nos llama mucho por teléfono, a Yorkshire, como haría si estuviésemos en los Estados Unidos. Debe de tener una vena femenina para ser tan comprensivo, aunque ocurre lo mismo con los hombres más decentes, al igual que las mejores mujeres tienen un toque de masculinidad en su carácter. Espero que Mildred también lo tenga, aunque nunca he creído que vayamos a conocerla en persona, pese a que nos hemos acercado más desde que se quitó los zapatos y dijo «porrón».

Katrine y yo estábamos sentadas en la biblioteca el día antes de marcharnos de la ciudad y empecé a preguntarme si podríamos hablar ya de todo, pues llevaba dos días moviéndose por la casa con una luminosidad espléndida, lo que hizo que la Martin me comentase que creía que se lo estaba tomando magníficamente bien...

Crucé la mirada con la de Katrine.

—Puñetas, K., la Escuela de Arte Dramático no es el único pez que hay en el mar. Te lo has pasado genial allí, pero es una pérdida de tiempo terrible. Hay caminos más cortos que ese.

—¿Por ejemplo?

—¡Los teatros, tonta!

—¡Ja!

—Si vas en serio, sal ahí fuera y busca trabajo. Ya sabes que lo tienes fácil.

—Ay, querida mía, no me vengas a mí precisamente con el discurso de «aprender trabajando».

—Sería de lo más divertido, K. ¡Piensa en la gente tan tremenda que conocerías, y en cantar «Vuelve, pájaro de amor» en las audiciones, y en que un judío muy bien arreglado con un sombrero dos tallas más pequeño te diga que ya te comunicará «cualquier cosa dentro de unos días»! Todos dicen lo mismo. Significa que no te han dado el trabajo y que no va a escribirte —la animé. Entonces Katrine se iluminó—. No te garantizo que te lleves muchos besos —admití—, y casi con toda seguridad no van a «insultarte» ofreciéndote un piso y unos diamantes, porque hay demasiada

competencia, así que es complicado que le vayan a ofrecer a nadie tal cosa, y hay una cola enorme esperando a recibir esos insultos, y en cualquier caso en estos tiempos la mayoría de las chicas del coro procede de casas magníficas de South Kensington y se comporta como monjas. Pero el resto te llamará «nena» y «cariño», y una vez oí a un productor decirle a una compañía que bailase «con gallardía».

— ¡Ja, ja!

— Lo sé. El lenguaje que usan es bastante horrible a veces, pero, en realidad, en su mayoría son palabras antiguas y Harrison Ainsworth las utiliza un montón. Incluso la reina María soltó: «¡La muerte de Dios!», cuando Courtenay la dejó plantada por Isabel. Es curiosísimo a las cosas a las que puede llegar a acostumbrarse una. Me acuerdo de cuando oí por primera vez a una muchacha decir «puñetero». Me sentí bastante mal, muy en la línea de «¿hacia dónde va la juventud?», pero ahora nosotras lo decimos constantemente.

Katrine estaba empezando a mostrar un aspecto más natural, así que clavé la última pica.

— Conserva la juventud en el alma, cariño mío, y (¿quién sabe?) tu lamparita quizá ilumine un paso difícil a otros.

Katrine se dejaba arrastrar poco a poco, colmándose de consejos.

— ¡Bórralo todo con una sonrisa! La nube pasará. Y rechaza siempre las ofertas deshonorosas con educación, florecita. La cortesía no cuesta nada.

Sin embargo, me di cuenta de que solo era un visto y no visto, así que tardé poco en volver a subir al aula, esquivando las puertas abiertas de los dormitorios por si alguien llamaba y quería que me ocupase de poner direcciones en etiquetas o de cerrar baúles, un trabajo que a ninguna mujer se le debería pedir hacer. Ni siquiera unas vacaciones predestinadas a salir bien han de ir precedidas nunca de detalles irritantes o agotadores. Una debería salir de casa sin más para meterse en un coche y que la lleven, con serenidad, a la estación. Y, al llegar, debería haber una criada ya desempacando. Así es como son las cosas en casa de los Toddington, y muy debidamente. Sin duda, finales de julio da buena muestra del rango de una familia, y nuestra clase de partida seguramente no parezca muy adecuada, quizá porque somos cinco y todas mujeres. Antes estaba padre, pero entonces vivíamos en una casa espantosa en Hampton Wick, y, cuando yo era niña, y Sheil, un bebé, cuando íbamos a la costa había una niñera en el taxi y una bañera en la azotea, y eso prácticamente arruinaba el efecto de padre.

Por supuesto, tenemos dos criadas, pero no hacen lo que les toca, y hay que recordarles que tienen piernas, y hay que tomar en consideración su corazón, y a menudo me quejo por no tener a la fiel cocinera de Toddington, Grania, y a su distante pero eficiente criada, Henderson. Aunque, por supuesto, Toddy es un hombre importante y sus recorridos por el país son majestuosos, inevitablemente, y sus maneras adorables con todas nosotras no hacen más que subrayar eso.

Me senté en la silla de Sheil, miré una lámina de chocolates Cherry Ripe que había en la pared y dije, quizá por cuadragésima vez: «¡Ay, Toddy, ojalá fuera usted mi padre!».

Después de todo, el puesto está vacante y es un auténtico escándalo que tenga que interponerse algo en ese camino. A veces, estoy segura de que a Toddy también le encantaría. A menudo me da miedo que se sienta decepcionado por no tener hijos, y el

enigma de si Mildred «no tendría» me sigue desconcertando. En una ocasión, me desperté en mitad de la noche y me sentía frustrada por Toddy.

Este año, Toddy va a ir de nuevo a Sandwich a pasar parte de sus vacaciones, y supongo que el final de estas, ya en otoño, consistirá en una serie de fiestas en casa, seguramente en Escocia.

Espero que su hotel de Bristol sea cómodo y que tenga un salón privado. En esta misma ocasión, el año pasado, se encontraba recorriendo los tribunales del suroeste y tuvo que marcharse a Devonshire. A nuestro parecer, una joya de su edad debería quedar exenta de esos viajes y permanecer todo el tiempo en su tribunal. Es como mandar de gira a una primera actriz.

... O a lo mejor nos podían poner bajo su tutela. Me encantaría estar bajo su tutela. No tendría que ser ningún problema para Toddy. Sospecho que a Mildred le olería un poco a chamusquina, de todos modos. Estoy convencida de que no aprecia a Toddy. Es demasiado elegante: una de esas mujeres grandes, que están forradas, juegan mucho al *bridge* y compran en Harrods (es un tipo muy concreto). Están bastante distanciados el uno del otro. Además, ella a veces dice cosas que son inteligentes, dañinas y detestables, y Toddy se va a su estudio y languidece, y Henderson le lleva allí el té.

Así es como debe ser un estudio: una podría trabajar ahí y, aun así, seguir siendo feliz. Tiene una chimenea de carbón y otra de gas, para cuando llega un poco empapado por una lluvia de verano, y sillas enormes, bastante feas, que invitan al sueño, y una pared cubierta de libros del suelo al techo, aunque la mitad de ellos están muy por encima de la cabeza, y debajo del escritorio hay un calentador de pies con forro de lana. Para ser justa con Mildred, la mujer sabe mirar por la comodidad de Toddy.

Me pregunto qué estará haciendo él ahora. A veces, los periódicos publican comentarios suyos punzantes que ha dirigido desde el estrado a abogados o a testigos, y todas podemos «oírlo» decir esos comentarios, porque hace lo mismo en Londres, y rara vez salgo de su tribunal sin algún chisme que contarle a la familia. Nunca hace bromas por el mero hecho de bromear, cosa esta que, en cambio, sí era típica de Horatio Sparrow; es muy callado y serio, y de repente se quita los quevedos y pronuncia un comentario seco o un desaire terrible, que siempre son pertinentes o merecidos y me hacen sonreír. En una ocasión, durante una tormenta, miró el techo de cristal y dijo: «Ojalá detuvieran el ruido este», y, cuando todo el mundo se echó a reír, el rostro de Toddy se convirtió en una máscara de inmediato, y muy lentamente fue arrebatándole toda la confianza a un abogado; cuando había reducido a la pobre criatura a un personaje deferente sin habla, lo miró mucho rato por encima de los anteojos y luego, de manera muy deliberada, pasó a tomar notas. Todas ansiamos poder echarle un vistazo a ese cuaderno suyo. Sheil dice que cree que dibuja dragones y después los colorea con tiza junto a Nicholls, y Katrine una vez aventuró que lo único que hacía era anotar la colada.

Cuando Sheil entró, le pregunté:

—¿Quieres que Toddy sea nuestro tutor?

—Ay, sí, sí —respondió radiante—. ¿Nos tendremos que poner elegantes?

—No creo.

—Entonces, mejor no. Deiry, hemos visto un pato en el estanque Round hoy y tenía el mismo tipo de cara que Millicent: luminosa, servicial y ridícula.

Miré a la señorita Martin, aunque su rostro, desde hace días, es una hoja en blanco, borrosa y feliz. Está a kilómetros de aquí ya. Pasé entonces a hacer de policía, por cómo pintaban las cosas.

—No te pongas fantasiosa conmigo, mi vida. Lo próximo va a ser contarnos que todas las flores empezaron a hablar contigo.

Aquella infeliz criatura sin tacto alguno soltó una carcajada a modo de agradecimiento.

Entonces, llegó la hora del almuerzo. Para comer, había uno de esos menús inexcusables por su carácter improvisado que las criadas siempre cuelan, si se atreven, cuando una casa está desorganizada. Me senté allí totalmente desesperada. Con respecto a madre, se pasa la primera semana de cualquier periodo vacacional recuperándose de los preparativos; tenía un aspecto terrible y pálido. En líneas generales, la ocasión fue tan horrenda que más tarde cedí y le conté a madre lo de la carta del editor. Había intentado guardármelo para mí... En cierto modo, protegerla de los problemas siempre ha sido más mi trabajo que el de Katrine... Pero una tiene sus puntos débiles. Es algo que perdono y entiendo siempre en los demás, aunque nunca en mí. Así pues, me sorprendí diciendo:

—Madre, me han rechazado el libro.

Y madre se hundió en la silla y alargó los brazos hacia mí.

Ojalá me saliese llorar tan fácilmente como parecen poder hacerlo algunos. Después de todo, soy mujer... Solo sé que no soy capaz, delante de la gente, por muy sanador que resulte.

Pasado un rato, madre apartó su mejilla de la mía y me contó:

—¡Toddy ha venido de Bristol! Como es sábado, tiene libres la mitad del día y todo el domingo. ¿No es un encanto?

—¡Ay, Toddy, mi cielo! —exclamé en un grito ahogado.

Evidentemente, había superado las torpes dudas de la criada y había subido las escaleras él solo. Aseguró que se quedaría con nosotras hasta el domingo por la noche y que entonces Mitchell lo llevaría de vuelta a Bristol, y que había llamado a Henderson para que le preparase su habitación. Me cogió las manos y me dijo:

—Querida señorita Deirdre, esto es un golpe devastador, sin ninguna duda. Créame, me duele tanto como a usted.

—Entonces, ¿le escribiste? —añadió madre.

—Sí, claro.

Le pregunté si se lo había contado a su esposa, titubeó durante un momento, se quitó los quevedos y al final respondió que no. Luego, vio el montón de camisolas enterizas sobre la cama y le preguntó a madre:

—¿Qué son esas prendas?

—Será mejor que no pregunte usted, Toddy, porque podría responderle —comentó madre.

—¡Guau! ¡Qué obsceno!

Madre le dijo entonces que se «ausentase a casa y volviese para la cena», y él la instruyó sobre el uso del verbo y le dijo que, si así lo deseaba, se «marcharía». Le pedimos que no se enfadase y nos besó a las dos, y prometió «asistir a la cena» hacia las siete y media.

Me fui a la cama extrañamente animada, en líneas generales.

Madre siempre ha adorado los brezales y, cuanto más silvestres, más azotados por el viento y —desde mi punto de vista— más deprimente en general es la perspectiva, más los disfruta.

A ese tipo de sitios solo hay que ir cuando una está feliz. De otro modo, resultan demasiado conmovedores, y el injusto poder que ejercen sobre una la roca erosionada, el brezo color orín y el viento azotador es demasiado tremendo.

Nos alojábamos en un pueblo a ocho kilómetros de Keighley, y casi desde el principio, como yo ya había previsto, todo fue mal. Creo que Katrine también lo había adivinado.

El brezo llegaba hasta el exiguo patio trasero con jardín de la pensión y a mí me parecía que el tono general de la vida allí era el de un sitio asediado. Los aldeanos lo saben, en su fuero interno, y por este motivo han adoptado su carácter arisco a modo de protección; se trata de algo, además, que está en la raíz de su afamada hospitalidad. Es un gesto de desafío a lo desconocido, agazapado, a la espera; el mismo instinto de rebaño que muestra el ganado en las tormentas.

Sheil y yo compartíamos una habitación de suelo irregular tan azotada por el viento por todas partes que nos resultó imposible dormir hasta que nos acostumbramos. Cuando dejaba de soplar el viento —cosa que ocurría de modo repentino, como una voz que se quiebra con la nota más alta de su furia—, la quietud te retumbaba en los oídos. Seguidamente, un sol sutil y amarillo, nada cálido, bañaba el brezal.

Katrine y yo salíamos a dar largas caminatas. A veces hablábamos a gritos, pero las frases salían volando como serpentinas sobre nuestros hombros. En ocasiones, avistábamos a madre en la distancia, serena, en casa, embebiéndose de todo, adueñándose de todo.

«Vamos a dar nuestro paseo favorito», le decía a Katrine con un amargo sarcasmo, y recorríamos entonces tres kilómetros hasta un pueblo en el que había una diminuta «biblioteca itinerante» en la parte de atrás de una tienda de regalos.

¡Seis kilómetros para un libro! Nos traíamos todo lo que podíamos de una vez, pero era un trabajo duro, y yo pensaba que a ese ritmo lo íbamos a agotar todo mucho antes de que nos fuéramos de allí. Desde luego, aquello me sirvió para conocer por encima las obras de Mrs. Henry Wood y Mary Elizabeth Braddon, cosa que nunca hubiese imaginado.

El lugar era tan obviamente vigorizante que resultaba extraño no saber percibir sus bondades. Una se sentía abatida sin justificación alguna, sin más, o terminaba empapada por la fina lluvia quejumbrosa que caía sin parar durante media parte del día. Katrine no tenía buen aspecto. Los problemas siempre se nos reflejan en el rostro. Y Sheil cogió un fuerte resfriado la primera semana y parecía que no podía quitárselo de encima, cuando normalmente se lo suele quitar sin problema. Crellie estaba todo el tiempo de jarana y registraba el campo entero en busca de carne fresca. Aparentemente, había descubierto a

un compañero inseparable, un perro más grande, aunque algo brusco. Sheil los había visto a menudo retozando juntos, según nos contó, y el amigo de Crellie es escandaloso y ladra mucho, e incluso los mejores juegos solían acabar casi en una pelea, que con frecuencia terminaba por estallar. A veces, los oíamos a lo lejos cuando estábamos comiendo en el salón de la posada; le preguntamos a la casera si el perro era suyo y dijo que no tenía ningún perro y que el amigo de «Curly» probablemente fuese de una de las casas de abajo, de los mineros. Yo sabía de qué sitio hablaba. La niebla se cierne sobre esas casas a veces hasta mediodía, mucho después de que se haya desvanecido en el resto del lugar.

Me había llevado la novela con la leve e hipócrita esperanza de encontrar allí los ánimos para enviarla a otros sitios. La tenía abierta, para poder leer de repente páginas sueltas y tratar de descubrir qué tenía de malo. Madre solía irse a la cama temprano, saludablemente cansada, pero Katrine y yo, cuando estábamos solas en el salón, nos quedábamos hasta tarde leyendo o hablando sobre el futuro, a menudo hasta que la lámpara se apagaba del todo.

—¡No es esta existencia un puro infierno! —susurraba Katrine, noche tras noche—. Tú tienes tu escritura...

—... Solo que no sé hacer nada con ella. Aquí no se puede hacer nada más que agitar el puño. Y la gente me deprime.

—Anoche, el muchacho pelirrojo estaba otra vez terriblemente ebrio.

—¿Cuál?

—El que viene al bar. Se le ve por entre las cortinas, mirando por nuestra puerta. No es muy atractivo, tiene la cara blanca y habla mucho, y parece que pudiera ser interesante. Aunque no tiene pinta de que lo acojan muy bien y siempre está contando historias que nadie escucha, así que quizá merezcan la pena. Si se me ocurriera una historia con la que lograra entretener a esos piezas, sabría que no era buena —concluyó Katrine con malignidad. Llegó un sonido desde arriba y añadió—: Sheil ha empezado a toser, pobre renacuajo.

Así que salimos del salón y nos metimos en la cama. Sheil estaba dormida y yo encendí la vela, me acerqué a mi manuscrito y empecé a hojear las páginas.

Los editores se toman demasiadas licencias. Vale que nos devuelvan el texto mecanografiado, pero que al menos venga sin anotaciones a lápiz. Aunque no había muchas, la lógica sigue siendo la misma.

Esto no vale nada.

Su idea, aquí, es confusa.

Su intención es noble, pero notamos lo inherentemente inútil de una naturaleza como la que describe aquí.

Y:

Su señor francés es, desde luego, una criatura irrisoria. *D'ailleurs* está mal puesto en esta frase. «Usted es el francés» y ha de lograr que el hombre esté bien al tanto de su lengua materna.

Estaba encendida por la irritación. Era horrible que mi libro hubiese tenido que pasar por una lectura y por ese escarnio... Con lo que me había encantado y contentado escribirlo...

Notamos...

Supongo que ese plural haría referencia al editor, su mecanógrafa y su chico de los recados. Había algo en esos comentarios que se me escapaba, hasta que me vino a la mente.

¡Pues claro! Los trabajos de final de trimestre. Las notas desprendían ese regusto escolástico que solía impregnar nuestros trabajos de la escuela.

Hay que esperar hasta mediodía a que lleguen los periódicos, que envían desde Keighley junto con el pan. Recibimos el *Mail* y el *Post*. Era ya el día siguiente y Katrine se los acababa de llevar a madre; mientras compartíamos la lectura del *Mail*, madre levantó la vista y dijo, casi sin aliento:

—Dion Saffyn ha muerto.

—¡No, no puede ser! —grité, y añadí estúpidamente—: ¿El verdadero Dion Saffyn?

—Me temo que sí.

Aparecía en los dos periódicos. El *Mail* le dedicaba un párrafo («este famoso farandulero [...] grupo de pierrots en el Arcaly [...] un artista popular [...]»).

—¿Cómo ha sido? —preguntó Katrine.

Estaba bastante pálida. Y creo que yo también.

—«Ataque al corazón tras una gripe». No deberíamos contárselo a Sheil. Le tenía muchísimo cariño.

—Y Pauline, y Ennis...

—Lo sé... Pobre Saffy. Bueno... Ha disfrutado de muchos años de vida buenos.

Katrine y yo nos levantamos y salimos.

No hablamos mucho mientras caminamos bajo el azote del viento. No había nada que decir y había demasiado de lo que hablar. Katrine fue la que más cerca estuvo de entablar una conversación cuando se detuvo en la cañada que seguíamos, en fila india, y me miró.

—Es... gracioso, ¿no? Que ni siquiera tengamos derecho a... ¡a mandarle unas flores!

—Ni a llamar a las niñas...

Parte de nuestra vida se había acabado. Las dos sabíamos que Saffy a lo mejor volvía con nosotras, o no. Quizá tendría que volver, sí, por Sheil.

—¿Cuántos años hace ahora?

Me detuve de nuevo, a pensar.

—Más de diez.

Una idea singular me vino a la mente.

—Y Sheil no lo ha visto en su vida. Solo en fotografías.

A los quince días, la señorita Martin se reunió con nosotras. Estaba inquieta, a su manera contenida. El lugar, desde luego, no la ayudaba para nada y, según sus palabras, aquel sitio resultaba «muy silvestre». Su interpretación del tormento era «bastante extraña» y conforme se le agotaba el cheltenhamismo crecía en ella la infelicidad. Nos acompañaba en nuestros paseos, durante los cuales sus pies cuidados y sus tobillos selectos surcaban con decencia los caminos escarpados, aunque en realidad prefería subir y bajar al trote el camino alto que había delante de la posada, mientras Sheil, envuelta en mantas, se sorbía la nariz y tosía a su lado.

Después de comer, Katrine propuso: «Vamos a hacer espiritismo». Lo dijo, lo sé, por

puro desprecio hacia aquel sitio y hacia la inacción forzosa, el único correo diario y la falta de baño, teléfono, calentador de agua y periódicos dominicales. Y es que todas considerábamos el espiritismo como el pinche de cocina del mundo psíquico. Es demasiado fácil, demasiado servil para nosotras, y da lugar a mentiras inverosímiles y torpes, y en general es como hacer tañer un banjo cuando podrías estar tocando una viola.

Madre, siempre un poco cohibida delante de la señorita Martin, le preguntó si alguna vez en su vida había hecho espiritismo. La señorita Martin pareció vacilar y animarse al mismo tiempo; estaba evidentemente dividida entre el deber ante su Creador y ante su señora, más allá de la ilógica convicción de que todo aquello era una «gran» basura. Estuve a punto de decir todo eso en su nombre. Inevitablemente, la basura y la señora ganaron, así que nos sentamos formando un somero círculo.

—*Agatha.*

—Pero esa soy yo —chilló la señorita Martin.

—No se suelte de las manos, señorita Martin. Significa que quiere hacerle unas preguntas.

—Ay..., madre mía. —La señorita Martin se alteró y se empezó a reír tontamente—. ¿Qué... qué quiere usted?

—¿*Dónde ha estado?*

—En... en Cheltenham.

Y a continuación, del exasperante e inconsecuente modo en el que siempre ocurre, la mesa dio unos golpecitos: *pelo rojo*.

—No, no, no. Mi pelo es castaño.

Katrine me dio una patada por debajo de la mesa y dije:

—Tendrá que teñírsele, señorita Martin.

—Chis —intervino madre.

—*Crellie y Keeper. Muy mal.*

—Crellie y... aquí nadie se llama Keeper. ¡Ay, Dios! Espero que no se haya ido a por ninguna oveja —dijo Katrine.

—*Crellie muerde Keeper.*

—Seguro que no, ¿a que no, gordito? —protesté, dándole unos golpecitos a Crellie en el robusto vientre, mientras dormía.

Y entonces, de repente:

—*Sheil viene.*

—No puede, está en la cama —explicó madre.

—*Vuelvan.*

—¿Dónde?

—*Vuelvan.*

—Por favor, explíquese —le pidió madre, con esa cortesía natural que empleaba de manera imparcial, ya fuera con criadas o demonios.

—*Recuerden a Maria.*

—¿Quién es esa?

—*Recuerden a Maria. Recuerden a Elizabeth.*

—¿Es Maria o Elizabeth quien habla?

Pausa.

—*No. Recuerden a Anne.*

—¡Madre mía!... ¡Son las reinas de Inglaterra! —dijo con estridencia la señorita Martin—. ¿Dónde está Anne?

—*Aquí no. Se diría que muerta. Aquí no. Lejos. Mar.*

—¿Qué mar? —pregunté, pues la señorita Martin, como el doctor Watson, estaba un poco irritada por esa falta de confianza⁸.

Pausa.

—*Norte.*

—Anne murió en el mar del Norte —comenté.

—*No en el mar. Al lado.*

—Esto va algo lento —se quejó Katrine.

Pero la mesa seguía a lo suyo.

—*Llegaremos.*

—¿Cómo? ¿Todas? —sonrió madre.

—*Las dos que llegaron antes.*

—Esas son la reina María y la reina Isabel —dijo la señorita Martin—. La reina Ana fue mucho después.

—*Reinas no. C-H-A-R-L-O-T-T-E y A-N-N-E.*

—¿Cuándo llegan ustedes? —consultó madre de prisa.

—*Todavía no. Libres no. ¿Las veremos?*

Y entonces, como no dimos respuesta:

—*Prométalo, K.*

Katrine bostezó y dijo:

—Vale, vale.

—*Prométalo, D.*

—Muy bien —respondí.

—*Prométalo, R.*

Sin embargo, madre es perra demasiado vieja como para que la pillen con algo así, y vi que retiraba la mano un segundo y se persignaba.

Si se pudiera decir que una mesa expresa desdén con un sonido, esa es la palabra que yo elegiría («desdén») para describir lo que hizo la nuestra. Ante el gesto de madre, todo el mundo percibió los golpecitos de unos nudillos despóticos.

—*Anglicanismo. ¡Abajo el papa!*

Madre sonrió para sí, y la señorita Martin se quedó impresionada en silencio. Acallamos el torrente de golpecitos con nuestras promesas, la mesa se meció hasta una esquina y nosotras nos arrastramos detrás.

—*Sheil vuelve a tiempo.*

Después de eso, no dijo nada más.

La señorita Martin declaró que aquello era de lo más extraño.

Mientras me movía por el dormitorio, Sheil se agitaba en su sueño y soltó un grito ronco.

Me quedé un minuto de pie en mitad de la habitación, y agitando el camisón a mi alrededor, abrí la puerta. La habitación de madre estaba al final del pasillo.

Fuera, la vi venir hacia mí.

— Bueno..., ¿qué pasa?

— Coincido contigo — respondí.

— El tema no es grave, no le ocurre nada, pero al mismo tiempo...

— Lo sé.

Al día siguiente, hicimos las maletas.

Y así fue como Katrine y yo pudimos asistir al funeral de Dion Saffyn. Nos ocultamos en un banco al fondo y, cuando quienes tenían derecho para estar allí presentes habían dejado ya sus coronas y se habían marchado, fuimos hacia delante y colocamos nuestras flores junto al resto.

Pese a que en la iglesia no reconocí a nadie, Katrine me tiró del puño y me susurró:

— Ahí está Pauline, la niña rubia de delante. Ha cambiado un poco, pero es Pauline. Me acuerdo bien de su cara...

Al salir del cementerio, le dije:

— K., espero que no quieras ningún himno en tu funeral. La hacen a una sentirse...

— ¡Poca cosa! Haz lo que tú veas, si es que me voy yo primero. Me gustaría que sonara una de las danzas de German, las *Nell Gwyn*.

— ¿Por qué no la dejan a una que suene una mezcla de toda la música que le haya gustado? Al fin y al cabo, eso sería más «nosotras» que *The day Thou gavest* o algún himno religioso similar.

— Ya. Me encanta toda clase de música: *Gathering Peascods*, *Vanity of Vanities* y *I'm One of the Ruins Cromwell Knocked About a Bit*, y si las pidiera, me tacharían de irreverente. ¿No es increíble cómo es la gente? ¿Qué hacemos ahora?

— ¿Un cine? O nos termina de matar, o nos ayuda a salir.

— No podría centrarme.

— ¿Un té?

— No me entra nada.

— Mejor nos quedamos solas.

— Tienes razón.

Caminé y caminé, confundida por el rumbo que estaban tomando las cosas y por el hecho de estar en Londres en agosto. De algún modo, la estampa de la ciudad resultaba bastante impropia, como ver a tu abuela en combinación: sabes que las usa, pero el impacto no es menor por eso. Londres en agosto era una de esas imágenes que tienes automáticamente alejadas de ti, como las operaciones importantes, y aun así siempre he sospechado que podría encantarme en momentos prohibidos. Una se pierde muchas cosas al estar sometida a fechas y relojes. ¿Cuántos londinenses han visto descargar verduras en Covent Garden? ¿O caer el día en los jardines de Kensington? ¿O han desayunado en Greenwich y han vuelto en un vapor? Y, si seguimos por ahí, ¿cuántos de nosotros hemos visto el campo en octubre, con las manzanas húmedas cayendo durante la noche al suelo? Pobres Pauline y Ennis. ¡Menuda desintegración familiar! Me pregunto qué van a hacer. Saffy tiene un despacho en Londres, de verdad, y cuando estoy en Leicester Square, paso por delante y miro arriba, a las ventanas.

Sheil ya se encuentra mejor, pero madre y ella deben irse de nuevo y finiquitar el

asunto. La muerte de Saffy dejará a Pauline sin trabajo, se lo dije a madre, y luego me acordé de que quizá nunca estuvo empleada allí... A lo mejor hasta se había casado...

Bueno, trabajo siempre hay.

Volvía de los jardines de Kensington con el acuático Crellie avanzando con pesadez delante de mí, empapado, radiante y lleno de agua y pececillos del estanque. Adoro el otoño y todos sus olores, y el aula pronto estará lo bastante a oscuras como para tener que iluminarla para tomar el té. Este octubre ha sido y ha estado todo lo que debe ser y estar un mes de octubre: cálido como una noche de junio, y bañado en un color apagado.

Cuando llegué a casa, madre se apoyó en la barandilla y me dijo:

—El señor Binton te ha estado llamando. Quiere que le devuelvas la llamada.

Probablemente necesite novecientas palabras acerca de «¿Deben volver a casarse las viudas?». («¿Ha visto el *Express* esta mañana, señorita Carne? Hay un párrafo en la página siete, columna cinco, que le voy a leer»). Se supone que un periodista siempre debe ser capaz de dar el voto de calidad en cuestiones como esa, y el hecho de que yo no sea ni esposa, ni viuda ni nada de eso no le importa a nadie.

—¿Hola?

—¿Es usted, señorita Carne? ¿No me dijo hace tiempo que quería conocer a Toddington...? Bueno, pues la semana que viene montan un mercadillo benéfico en el Albert Hall para una organización benéfica jurídica y *lady* Toddington va a poner un puesto. ¿Le va bien?

—Es usted un cielo —dije tartamudeando, y oí la risita de Binton.

En cuanto colgué, se me vino todo encima y me flaquearon las rodillas, pero tenía que contárselo a la familia, fuera como fuese.

—Y Binton ha dicho «*lady* Toddington», madre, así que seguro que Toddy es *sir*.

—¡Bendito sea! —respondió madre.

No sabíamos que los jueces automáticamente se convierten en caballeros, y por lo tanto llevan el título de *sir*. Son gajes del oficio, como permitirle a la cocinera venderle cuencos de grasa de carne al traperero. Y pensar que mi Binton, al que tan bien conocía, lo había sabido todos aquellos años...

—Ay, Toddy —exclamé—, estará usted encantado de verme, ¿verdad?

—Lo estaré, querida —respondió *sir* Herbert—. No podré unirme a Mildred y a usted antes de las cinco, pero confío en que me permitan ofrecerles un té.

—¿Va a tener que gastarse un dineral, querido? —le preguntó Sheil.

—Bueno... Ya sabe usted cómo son estas cosas... Creo que con un billete de cinco libras podré salir de esta sin mácula en mi persona.

—Pues eso es espléndido —opiné.

—Cabía esperarlo —respondió Toddy, con ese tono terminante que siempre utiliza cuando nos hemos pasado de la raya.

—¡Es en beneficio de los Abogados Intimidados! —exclamó Sheil ahogando un grito.

Aquella semana Sheil fue mi válvula de seguridad. Durante el almuerzo exclamaba:

«¡Solo quedan tres días para que Deir conozca a Toddy!».

La señorita Martin, por supuesto, no mostraba ni la más mínima emoción... Sus comentarios *sotto voce* parecían transmitir un tono de «bueno ¿y qué?» que producía el típico efecto sedante.

—Pero es que ¡va a conocerlo! —decía entonces radiante Sheil.

—Sí, bonita. Esas cositas no tienen mucho de inusual, ¿no?

La enésima vez, madre logró intervenir:

—Se trata de una ocasión bastante especial, entiéndalo.

A lo que la señorita Martin, claramente perdida, respondió:

—Ah, por supuesto. —Y siguió, más alegre—: Algunas veces, esos mercadillos benéficos tan grandes son encuentros de lo más elegantes, ¿verdad que sí?

—A lo mejor ni siquiera está allí —las interrumpí, afrontando la situación con valentía.

De todos modos, fue un comentario traicionero, porque Sheil gritó:

—Te ha dicho que iba a estar. Le ha dado a Mildred un cheque para comprar algunos Lalique y que su puesto tenga gancho. ¡Es lo que me has contado, madre!

—¿Sabe usted qué son los Lalique, señorita Martin? —Madre sonrió con la mirada a Sheil—. Es un tipo de cristal maravilloso (no hay dos diseños iguales) de un francés; piezas de fábrica, no demasiado caras. Las venden en Sloane Street.

(La señorita Martin creyó que aquello sonaba muy pintoresco).

Y, como si la vida no estuviese haciendo lo suficiente por una, dejó además una carta en el felpudo a la hora del té que nos llevó a las cuatro a hacer nuestro baile especial: el famoso *Pas de quatre*, tarareando la música de Meyer Lutz. Solo nos sabemos uno de los pasos originales, que recordamos del teatro, pero por el momento somos todas viejas estrellas del Gaiety, y madre a veces también participa, con movimientos suaves y cuidados.

Sabía que la carta iba a contener algo interesante porque el sobre era cuadrado y fino, y la letra, desconocida. Probablemente se tratase de uno de mis lectores, que me había encontrado en la guía telefónica. Siempre estamos declamando poemas que me envían y me imagino a los escritores en mangas de camisa, sentados los domingos en la cocina, respirando fuerte sobre su bote de tinta de un penique. La *anti-intelligentsia* parece componerse de prolíficos escritores de cartas, y estoy acostumbrada desde hace mucho a que se me pida conocer a fabricantes de bicicletas a las afueras del Coliseum o pasear con fontaneros enviudados que me escriben en su papel comercial con imágenes de jofainas; madre una vez le compró una jofaina a uno de mis pretendientes, aunque este no le hizo ninguna rebaja en el precio.

La carta estaba escrita lo bastante mal como para encajar en el cupo de los fontaneros. Antes que nada, miré la firma. Era de Pipson.

Estimada señorita Carne:

Creo que me comento que su hermana estaba deseando subirse a un escenario, y quizá pueda tener algo que le vaya bien. El hecho es que he cerrado una revista para seis meses y si su hermana se plantea unirse al coro no tengo ni la mínima duda de que se admitirá mi recomendación. La mayoría del tiempo habrá que estar de gira y el salario es bajo, pero nunca se sabe. Por supuesto señorita Carne su hermana y usted

pueden pasar totalmente por alto mi sujerencia pero se lo complicado que es para una señorita empezar. Si se me permite decirlo yo podria ponerla al tanto de consejos y alojamiento, etcetera. Arriba esta mi DP.

Les mando saludos afectuosos a todas.
Atentamente,

F. PIPSON

Salí disparada escaleras arriba al salón en el que andaban sirviendo el té, y, cuando Katrine y madre habían captado lo esencial de la carta de Pipson, gritamos hacia arriba, al siguiente tramo de escaleras: «¡Sheil! ¡*Pas de quatre!*!». Ruidos de protesta y un frenesí femenino, pequeño y encantado. Tras formar en línea, lo dimos todo. Cuando terminamos y nos estábamos tomando cuatro tazas de té, Sheil preguntó a qué se debía el baile en esa ocasión, y se sentó junto a madre y comió dulces que estaban más o menos prohibidos, y Crellie robó un *macaron* y aun así no le dimos un azote por la carta de Pipson. Al descubrir a la señorita Martin en el quicio de la puerta con una queja resignada en la mirada, Crellie le dedicó un eructo y madre empezó a reírse y dijo:

—Ay..., cuánto lo siento, ¡ja, ja, ja! Señorita Martin. Sí, ay, márchese, querida, ¡ja, ja, ja, ja!

—El avance majestuoso y memorable de este santo varón al Vaticano —empezó a decir Katrine— solo se vio ligeramente dañado por una indisposición pasajera...

—¿Qué es «DP»? —preguntó madre.

—Dirección postal —respondió Katrine.

—¡Cariño mío, qué cosa tan horrible! Seguro que tiene dos leones de escayola en los postes de la entrada y una coliflor de piedra en el césped con un geranio color rojo intenso que nadie riega nunca. DP... Es sutilmente peor que «residencia en una villa». —Y mirándome a mí añadió—: ¿Pipson es de fiar?

La mirada de madre dejó a un lado las protestas y testimonios de Katrine.

Me limité a asentir. El rostro de madre se relajó al instante.

—Esta noche, después de cenar, iremos a fondear —se regocijó Katrine, y creo que todas empezamos a estar ansiosas por hacerlo.

Nos encanta dar paseos de noche: una se siente de lo más ligera y fresca, y las caras que van pasando están a oscuras y no te cansas de ellas, ni te entristecen, ni te hacen pensar. Vamos sin sombrero, con bastones de caminar, nos vestimos como queremos, cosa que es un alivio, y nos descubrimos paseando por calles y plazas extrañas, que a veces nos conducen de pronto a sitios eminentes, como en un sueño; en una ocasión, me encontré de repente delante del palacio de Buckingham en zapatillas de casa. A esos paseos los llamamos «ir a fondear» y son maravillosos, cuando estás feliz.

—Y ahora supongo que la Martin estará ofendida —recordó madre.

—Puso una cara bastante divina cuando Crellie entró en liquidación —dijo Katrine.

La cena fue una cosa divertidísima, con madre en plena forma. Acababa de dar buena cuenta de una alita de pollo y de pronto empezó a imitar a su maestra de francés de la escuela en la que se educó, y entonces soltó de manera bastante improvisada una parodia de la poesía que las obligaban a aprenderse: pensamientos todos optimistas, nada viles, sobre los hombres.

(Attention, mes enfants!)

*C'était un beau jour d'avril,
Les fleuves ruisselaient,
Les oiseaux - piroquaient,
Et - sur le gazon tendre et vert
Les belles têtes émaillées des fleurs apparaissaient.*

(Une marque de désordre!)

Y luego, para sí misma, añadió:

— ¡Es genial, qué puñetas!

— Si es de Victor Hugo, es mucho mejor que lo que escribe normalmente — coincidí.

Conocemos de oídas a todas las antiguas maestras de madre y las imitamos casi tan bien como ella; en una ocasión en que estábamos leyendo exámenes viejos, encontramos dos nuestros y tres de madre, que dijo: «Mayo de 1874... ¿Serán vuestros o míos?».

Nosotras aparecimos en el noventa y tres.

— Supongo que Mildred se llevó ayer todas sus cosas en el coche — dijo madre.

— Sí. Organizó una merienda el otro día para enseñar los Lalique y vendió bastante por adelantado.

— Será mejor que la invitemos a cenar después. Le diremos que venga tal y como esté y que puede marcharse cuando guste.

— Mejor que no; estará cansadísima y querrá irse directa a casa — respondió madre.

— Me pregunto si Nicholls andará por allí.

— Seguro que no. No puede permitirse esos precios.

— ¡Ay, pobre criatura!

— Toddy puede contárselo todo; espero que lo saque a almorzar — dijo madre a modo de consuelo.

Henry Nicholls es un encanto y Toddy cada vez le está cogiendo más cariño y se está volviendo más dependiente de él. Le ha dejado doscientas cincuenta libras en su testamento. Nicholls hace para Toddy cientos de trabajos que no forman parte de sus obligaciones, y rara vez sale corriendo a almorzar sin antes haber comprobado que Toddy está servido con todo lo que le gusta. El verano pasado, cuando Toddy dio un almuerzo festivo en su sala privada en los tribunales y Mildred acudió como anfitriona, Nicholls dispuso solo de diez minutos para sí, dado que se ofreció voluntario para guiarnos y esperó a que nos reuniésemos en la entrada, cuando ya Toddy pudo bajar las escaleras para llevarnos sin perder un segundo, bajo miradas boquiabiertas.

— ¿Están todas mis damas aquí? — dijo entonces Toddy.

Y madre, que lo oyó de fondo, respondió:

— Sí, esperando a que les abra usted los caracoles.

Y es que siempre intentamos disuadirlo de que emplee un estilo de gallito cuando se refiera a nosotras. Tiene todo el sabor del viejo mundo, pero a nosotras nos parece increíblemente propio de un gallinero.

Cuando habíamos recorrido ochocientos metros más, madre comentó:

— Bueno, mañana verás a Mildred. Estoy deseando saber cómo es en realidad.

—Pero, cielo, ven tú también ¡y compra algún Lalique!

—¡Nada de eso! Tú serás la protagonista. Aunque después tendrás que contarme todos los detalles.

—Probablemente sea una vieja bruja ataviada con un dolmán adornado con cuentas cilíndricas —añadió Katrine, saliendo de su trance Pipson.

—Ay, no —respondimos madre y yo.

Después de eso, empezamos a hablar de la revista.

Fue un día espléndido. Por la mañana, cuando te levantas, nunca sabes que el día va a ser así.

Lo del mercadillo benéfico del Albert Hall no era un trabajo, profesionalmente hablando, ni tenía nada que ver con mis gustos. En vista de ese hecho, traté de calmar mis nervios a lo largo del almuerzo, mientras Sheil me miraba fijamente, con una concentración apasionada. Para ella, soy consciente, yo había adoptado la cualidad de un sueño. Estaba fundiéndome con la saga, y Sheil, fascinada y perpleja, contemplaba cómo me desvanecía...

Yo misma sentía que nada era muy real. Katrine y madre también lo habían notado un poco, así que todas permanecemos bastante calladas.

En aquella ocasión, la señorita Martin fue nuestra válvula de seguridad: nuestras respuestas a sus comentarios surgían enérgicas. Todas resultaban admirablemente oportunas.

Cuando miré atrás, madre estaba —lo sabía— en la ventana de la sala de estar, viéndome bajar a la calle. Gritó: «¡Dale saludos a Mildred!». A mis pies cayó un ramillete de violetas atadas con hilo de algodón. La ventana del aula enmarcaba a Sheil, con su pelo rojizo sobresaliente.

Su grito «Para mi querido Toddy» quedó medio ahogado por un vehículo que pasaba.

Ya en el salón me vi importunada, como suele ser habitual, por esas mujeres que parecen pensar que un cojín horrendo es bonito si se vende por caridad. Supongo que mi problema es que no llevo la palabra «Prensa» escrita encima, o que no controlo una manera inteligente de tratar con los incordios. Apareció alguien y le pregunté:

—¿Está Mildred aquí? — Al oír lo que había dicho, me sentí bastante mareada y solté rápidamente—: *Lady Toddington*, claro.

Me condujeron de inmediato hacia el puesto de Mildred.

—Esa es *lady Toddington*, la de azul.

Se asemejaba mucho a lo que me había esperado, solo que parecía más elegante y un poco más joven. Tenía el pelo, en vez de teñido, como todas habíamos dispuesto, del castaño normal y corriente que encanece rápido. Se mostraba además muy formal, cosa que me dejó fuera de juego durante un momento...

Le enseñé mi pase de prensa. Alguien me estaba explicando algo. Y, entonces, me vi metida en una de esas conversaciones insufribles e inevitables que surgen cuando una de las partes tiene mucho que hacer y la otra, nada. De todos modos, esa no fue más que la dificultad tonta y obvia. El principal problema residía en el hecho de presentarme ante *lady Toddington* plenamente consciente, esto es, preparada de antemano con miles de conocimientos e intuiciones de corte delicado y secreto, mientras que para ella yo era, supongo, una muchacha muy voluminosa, por así decirlo, y poco más. De inmediato, me sentí en una desventaja eterna, como si estuviese aceptando su cordialidad bajo falsas pretensiones. Una especie de Judas en el ojo de la cerradura.

¿Cómo iba a contarle que había almorzado con ella y la había ayudado a vestir su

puesto ayer por la tarde, y que Toddy había venido después de levantar la sesión y nos había invitado a un cóctel? ¿Cómo transmitirle los dos años que llevaba hablando con ellos todos los días de mi vida? ¿Cómo largarle de sopetón su propia vida, sus rondas diarias de modista, teléfono, recepciones celebradas en casa y riñas con Toddy? ¿Cómo describirle sus tribulaciones secretas: que es consciente en privado de que no puede equipararse intelectualmente a él?, ¿que en el pasado ha habido días en los que casi habría estado dispuesta a aceptar la patente infidelidad de él como algo sobre lo que ella podría decidir categórica y competentemente, sin necesidad de cerebro alguno?, ¿y que hacía mucho que había dejado de quererlo y de notar su presencia?

¿Y qué opinaría de que Toddy le hubiese dejado en su testamento esas doscientas cincuenta libras a Nicholls? ¿O de la desconfianza que a Toddy le inspiraba Saffy por ser la suya una amistad inadecuada para nosotras?

¿Y qué diría de la historia de la seta, cuando su esposo había tenido un ataque de «travesura» y se había negado una mañana a ir a los tribunales, así que se había quedado hibernando en una madriguera y, para protegerse más enteramente y que no lo descubriesen ni lo interrumpieran, se había colocado una seta en la peluca?

Reconocemos que ese tipo de cuentos son fantásticos. Sabemos ser razonables...

Entretanto, había que hacer todo el trabajo preliminar que requería la situación, y me pregunté cuánto tiempo tardaría en llevarla hasta el punto al que yo había llegado hacía mucho, para poder empezar así las dos a la par.

Una tenía que refrenar su impaciencia y, a ser posible, ser cuidadosa. Por el momento, debía mostrarme ridículamente formal: como si le preguntase a madre: «¿Qué tal se encuentra?». Se me dan bastante bien las historias así. Es de lo más aburrido, porque implica hacer muchas cosas que una detesta: planificación táctica, adaptación personal y mirada hacia delante.

Y así, a fuerza de pasar inadvertida detrás del puesto de Mildred, enfrascada en la incómoda labor de envolver paquetes en papel escaso, procurándole a *lady* Toddington una taza de té mal servido del mercadillo benéfico y comportándome en general como una lacaya, hice lo que me había propuesto.

Se «encaprichó» conmigo y me preguntó a qué periódico representaba. En ese momento, tuve que hacer otro esfuerzo y me puse algo más vulgar, como siempre me parece que ocurre cuando una habla de sus propios logros.

—Es maravilloso lo que estáis haciendo las muchachas —me dijo, con esa voz tan cómoda que son capaces de usar las personas no combatientes.

Y pronunció «maravilloso» deteniéndose en la *ll*, claro, yo ya sabía que lo haría...

Hacia el final de la tarde, mientras ella estaba contando la paga del pecado, alcancé a preguntar:

—¿No va a venir por aquí *sir* Herbert?

—No. Tiene que acudir a un ensayo general.

Ante esa respuesta, tuve que luchar contra el descabellado impulso de exclamar: «¿Por qué no se me había informado de ello?» o «En ningún momento me dijo nada de eso».

¿Toddy en un ensayo? ¿En un ensayo general además? Hum... El Garrick Club... Sería por eso. En mi confusión, casi no me di cuenta de la decepción que sentía. Sin embargo, la idea de Toddy sentado serio entre una multitud de actrices nerviosas hasta

decir basta, pasándole los tirabuzones por todas partes, resultaba bastante entrañable. A la familia le encantaría.

Respondí, por decir algo:

— Me fascinan los ensayos generales.

Era cierto que había asistido a muchos. Prefiero la vida en mangas de camisa. Y, luego, ocurrió lo más increíble de todo.

Me invitó a su casa a cenar.

Por suerte, empalidezco mucho cuando estoy lo más mínimo de cansada o emocionada, y eso pareció dar en alguna tecla maternal de *lady* Toddington, pese a su falta de «h.», que es el modo sucinto de indicar la descendencia en el *Quién es quién*.

Me senté a sesenta centímetros del calentador de latón. Por vez primera vi la calle desde el lado bueno de los maceteros de las ventanas, y me sentí como cuando Alicia está encaramada en la repisa de la chimenea.

Nos sirvieron consomé helado, mayonesa de salmón, suflé de vainilla y una piña. Evidentemente, a Toddy lo atendían a la perfección, en lo que respecta a las comodidades materiales.

(«Para ser justa con Mildred, la mujer sabe mirar por la comodidad de Toddy». ¿Cuál de nosotras había dicho esto?).

Durante la comida, puse algunas de mis cartas sobre la mesa: le conté lo de mis visitas a los tribunales, cuestión que Mildred se tomó plácidamente, y aseguró que a ella le resultaban anodinas y que la ventilación allí era «pésima». Cuando estaba a punto de sacar otra carta más, un perrito entró al trote y Mildred saludó a la criatura con un «mi Mingy» y yo pensé: «Ese perro ha nacido para ser mi perdición», pues era el tipo de perro (o de perra) que las actrices llevan a los ensayos.

— ¿Es suyo o de *sir* Herbert? — pregunté.

— Mío, ¿verdad, cachorrín? — Y a mí me dijo —: *Sir* Herbert lo odia.

«¡Pronto le quitaremos esa forma de hablar, señora mía!», pensé.

«*Sir* Herbert». ¡Para mí! Para todo el mundo, dado el caso. Ay, así que Toddy lo odia. No podía ser de otra manera. La miré a la cara en busca de resentimientos ocultos y no hallé ninguno, sino solo aceptación formal. Bueno, llevan cuarenta y seis años casados...

Seguidamente, Mildred nos reunió en la sala de estar. Le aseguré que me parecía espléndida, cosa que era verdad, y que me encantaba el café, cosa que era mentira. La mezcla no era mala, pero estaba hecha por criadas. La estancia lucía unas proporciones magníficas, larga y de techos altos, una de esas salas georgianas que aún quedan en las plazas londinenses, gracias a Dios y a la belleza. Y la noche estaba azul, calmada y cálida.

Había una lámpara de araña de cristal decorada con velas eléctricas cuya luz caía sobre un piano, que tenía una tapa cubierta por marcos de plata y algunos otros pecados contra el Espíritu Santo. *Lady* Toddington me preguntó si tocaba, y por desgracia sí, así que eso supuso quince minutos arrancados a la eternidad mientras deliberadamente la relajaba con cooptimismo y los estribillos más melodiosos de las revistas del momento. Aproveché la oportunidad de verme ante la inmensa probabilidad de que la

Sonata para piano n.º 14 le pareciese, sin más, «muy bonita», y pronto la tuve tarareando y tamborileando una síncopa sentimental que había compuesto yo misma como parodia de la tendencia popular.

Había algo en el aire que la obligó a hacerlo. Algo en el aire...

Divagué, con todo el margen que conceden las pausas del *jazz*.
Y, entonces, entró Toddy.

Media hora después, *lady* Toddington decía:

—Tiene usted que venir a verme en otra ocasión. —Uno de esos comentarios siempre cruciales, ya que puede significarlo todo o nada. Aunque añadió—: Venga a mi próxima recepción. El jueves.

Sir Herbert me abrió la puerta principal. Él no podía saber, por supuesto, cuántas veces me había acompañado hasta el final de la calle, y de repente noté una tenue fragancia: las violetas de Sheil, que rogaban que las recordase. Me rendí, abatida, y se las di.

—Son de Sheil, mi hermana —le dije—. Tiene once años y es una gran admiradora suya. (¡Fo!).

Durante un segundo jugó limpio. Se le relajó la expresión formal del rostro, cosa de la que yo, de entre todas las personas del mundo, había sido la responsable.

—Qué cariñoso y encantador por su parte. Transmítale mi más sincero agradecimiento.

No guardo ningún recuerdo, aparte de un instante mientras me aproximaba a casa. Saqué la pitillera del bolso y estaba cogiendo un cigarrillo cuando la neblina mental se levantó y vi al policía de guardia mirándome de un modo interesado.

Yo esperaba que madre y Katrine caerían sobre mí como cuervos; sin embargo, el hecho de que la noche fuera sobre todo disparatada las hizo callar momentáneamente; más o menos del mismo modo que la familia de Juana, rumiando su cena a base de sopa de pan y *crêpes*, debió de recibir su regreso tras el angélico encuentro. La pobre Sheil llevaba ya mucho tiempo dormida. Yo quería despertarla y darle las buenas nuevas, pero madre dijo que no, lo que nos ayudó a poner los pies en la tierra.

—Nunca nos lo perdonará —advertí.

Probablemente fuese cierto, aunque la razón principal era que yo misma me moría de la impaciencia. A menudo, Sheil me ha llevado sin querer a vituperar, junto con ella, el sentido común de los «adultos». Sabe bien (muy bien) que hay cosas que una debe tener de inmediato, y la espera lo echa todo a perder, aunque sea una espera de tan solo cinco minutos.

En una ocasión le compré a madre una pera grande y, deseosa por complacerla, corrí a casa a dársela. Resultó que estaba hablando por teléfono y me dijo: «Un momentito, cariño», y me dejó allí, desinflada, frustrada, sin alegría ya. Cuando años después se lo conté a Sheil, me respondió de inmediato: «Yo habría tirado la pera por la ventana».

A Sheil y a mí casi siempre nos gustan las mismas cosas. En eso radicó su adopción ciega y anticipada de Toddy durante las semanas posteriores a las citaciones para el

jurado. Como Sheil no está muy acostumbrada a ver a sus familiares y compañeros de juego en la vida real, se sintió cautivada por ese regalo adicional cuando se le permitió ir de visita a los tribunales con la institutriz. Según parece, se sentó embebiéndose de Toddy y dejó horrorizada a la señorita Chisholm, la predecesora de la señorita Martin, al desenvolver en el tribunal una de mis fotografías de su señoría y ponerse a compararla con la figura distante allí sentada con toda naturalidad. De camino a casa dijo: «Es muy, pero que muy guapo, y bosteza como pastelitos de mermelada». La señorita Chisholm, que lo que había visto era a un frágil hombre viejo con quevedos que ponía a la gente en su lugar de un modo austero, le replicó que se dejara de tonterías. ¿Por qué los niños tienen que tener institutrices? Con sus zapatos de mujer trabajadora, pisotean mil flores delicadas al año y siembran guijarros en su lugar. La Chisholm era de las buenas, sin duda, y también un aburrimiento supino. Después de eso, Sheil se negó a admitir que el nombre de Toddy fuese Herbert y lo bautizó como Austen Charles. Ese era, según ella, el nombre apropiado para él, el que se ajustaba a su cara. Y yo estoy de acuerdo con ella. Madre dijo que esperaba que Sheil, de mayor, no se dedicara a escribir esas novelas que ella llama de «humor altanero».

De acuerdo con la señorita Chisholm, aquello no había sido todo. Cuando el hombre a quien ella describía como «el juez» había concluido su recapitulación de seis minutos, Sheil se había puesto a aplaudir a manos llenas. Fue fallo mío, por olvidarme de decirle que aquello no era como el teatro. Conociéndola como la conozco, Sheil había percibido el drama de la situación igual que me ocurre a mí, y quiso —¡qué chica!— darle apoyo a ese pobre señor tan firme, aunque lo que hizo no estuvo nada acertado. La señorita Chisholm se molestó por haber hecho que le llamaran la atención y, temiendo seriamente una repetición de esa agonía, sugirió que madre «hablase» con Sheil.

Cuando nos quedamos solas las tres y la señorita Chisholm se había retirado para quitarse sus zapatos de trabajo, madre la complació. Se subió a Sheil al regazo y me dio la mano que le quedaba libre.

—¿Toddy ha dicho algo, o te ha mirado por encima de los anteojos y ya está? ¡Animalillo!

—Creo que ha hecho eso, pero espero que después Nicholls y él se hayan ido corriendo a la sala privada de Austen a reírse —respondió Sheil.

Katrine había bajado también las escaleras para enterarse. Empecé a contarles todo, cogiendo de aquí y de allá al tuntún, atropelladamente, porque no se me da bien hablar, y no me explico bien, y nunca se me ha dado bien.

—Toddy es muy como es él. Le vi la coronilla por primera vez. Solo tiene un poquito de calva y lucía un aspecto muy plateado y dulce, y parecía más joven que con la toga, y no se quedó mucho rato y habló sobre el ensayo...

—Pero ¿sobre cuál? —imploró madre, la pobre.

—(Ah, uno en el que había estado. Luego os cuento eso, después). Parecía saber bastante de los escenarios, y aún no estoy segura de si tiene los dientes postizos...

—(Seguro que sí, a su edad).

—(No lo sé. Mira abuelo). Bueno, luego se puso muy gracioso con lo del mercadillo

benéfico y dijo: «¿No son horribles esos sitios?». Tiene mucho más que ver con todo eso de lo que nos hemos supuesto.

—La verdad es que no cabía esperar que el pobre fuera esa criatura disparatada que nosotras decimos que es...

A lo que me refería era a que, a partir de un negativo, Toddy se había revelado en una copia impresa, e inevitablemente durante nuestra media hora juntos se había salido de su personaje y había mostrado poseer una personalidad propia, en lugar del traje semiajustado que le habíamos hecho nosotras. Ya contaba con que ocurriera así, pero no por eso el pequeño impacto fue menos real... Contarlo todo me llevó mucho tiempo, e incluso así lo más enjundioso no empezó hasta que no nos dispersamos a nuestras habitaciones. Desde su dormitorio, madre dijo, con la voz de Toddington:

— ¡Deirdre!

— ¿Sí, Toddy, querido?

— Me ha encantado verla esta noche.

— ¡Dios lo bendiga, querido! ¿Se ha ido Mildred ya a la cama?

— ¿Mi esposa?

— ¡Ja!

— Sí, eso creo.

— ¿Por qué no ha venido al mercadillo benéfico, Toddy?

— Qué amable por su parte que sea tan informal.

— ¡Ja!

— Estaba en un ensayo. Hum... sí...

— ¿Lo han rodeado por todas partes y han montado mucho revuelo?

— He recibido la máxima cortesía de esas damas.

— ¡Oh, vamos, Toddy!

— ¿Qué es lo que ocurre? ¿Con quién está usted hablando?

Katrine intervino gritando:

— Supongo que la estrella se le sentaría en las rodillas.

— ¿Quién es esa persona? Preséntenos.

Toddy nunca está del todo contento con Katrine. Durante meses los hemos presentado con bastante trabajo todos los días. Siempre que Katrine lo molesta, él pide que se la presenten. A Katrine le encanta incordiarlo, y él recurre a madre, a Sheil y a mí en busca de compensación y solidaridad.

Hacia la medianoche se supo que Toddy había puesto a la compañía entera firme por una cuestión de derecho, le habían dado un palco para la noche del estreno en el que había dos sillas consagradas a madre y a mí —primero cenaríamos en casa de los Toddington y luego «continuaríamos» e iríamos en su coche—, y lo había llevado a su casa el protagonista, con quien había quedado en jugar al billar la noche siguiente en el Garrick Club.

Después de todo, ¿por qué no? Toddington debe de haber hecho exactamente ese tipo de cosas docenas de veces. Lo peor de todo es que, cuando cae la noche y una no se está vistiendo y el coche no está fuera, la decepción es agotadora.

En cualquier caso, la espera hasta esa noche se hace maravillosa...

Las últimas palabras de madre fueron:

— ¡Y los Lalique! ¿Tenía muchos Mildred?

—¡Un puñado solo! Había bolsos de ante y cajitas para indisposiciones hechas de madera de olivo.

Agatha Martin estaba encerrada en su habitación. El aula era lo bastante agradable, pero había leído a menudo que de las institutrices no se espera que tengan un lado humano, y, en cualquier caso, las niñas Carne, especialmente Deirdre, utilizaban la habitación de su pupila hasta un punto que, sin duda, era inusual.

La anciana de Mabel se estaba muriendo. Había recibido carta de Flossie. Se rumoreaba que al señor Francis lo iban a trasladar a otra coadjutoría.

La señorita Martin miró una vez más la fotografía del señor Francis. Se debatía infeliz entre los dos documentos. Entonces, de la solapa interior de su estuche de escritura, sacó tres hojas escritas con una letra muy pegada y cuidada. Iban firmadas por Arthur M. Francis, que, en frases bien expresadas, aunque algo afectadas, le ofrecía matrimonio. Sin ninguna duda, serían pobres, pero se aventuraba a pensar que ni Agatha ni él mismo eran de costumbres extravagantes, pues sus perspectivas en la vida estaban ya definidas, dado que ninguno de los dos pertenecía al colectivo de los Jóvenes Brillantes, y creía que un fuego y una pipa para él, y un fuego y algún bordado o un libro para ella, cuando las largas faenas diarias hubiesen acabado...⁹

La señorita Martin esbozó una leve sonrisa ante el comentario sobre «los Jóvenes Brillantes» y la referencia a Masefield. Eran cosas muy típicas de él. A continuación, volvió a darle vueltas al sincero amor que el hombre sentía por ella, la admiración que le profesaba por sus agallas para convertirse en parte de familias ajenas... Y las palabras nadaron ante los ojos de la señorita Martin. ¿Para qué seguir leyendo? Se sabía la carta al dedillo. La había escrito ella. Octubre estaba llegando a su fin, y, por tanto, se hacía el simulacro de incendio en el aula, como siempre.

Solo Dios sabía adónde llevarían los antojos de las Carne a Agatha el verano siguiente, aunque no es que pudiesen alejarla mucho más de Cheltenham de lo que lo habían hecho al ir a aquel espantoso pueblo de Yorkshire. Qué habitaciones tan incómodas, y la gente del lugar, qué increíblemente extraña y descortés. Con esa sala de estar tan cerquísima del bar, y sin disfrutar en ningún momento del debido respeto a su privacidad, por culpa de aquel muchacho pelirrojo que miraba por las cortinas cuando se le antojaba... Un poco más y Agatha se lo habría mencionado a la señora Carne. Había sospechado en una o dos ocasiones que el chico no andaba sobrio.

Quizá influyese el contraste por haber llegado allí recién salida de su casa. Arthur la había llevado a pasear dos veces, y los dos habían disfrutado de una de sus gloriosas tardes bajo la morera, con padre de buen ánimo y Flossie comportándose con él más como una madre que como una hija. De todos modos, las cosas habían cambiado. Al querer reincorporarse Agatha habían tenido que realizarse ligeros ajustes, o eso parecía. A ella (y seguramente también a Violet y Mabel) ya la habían dejado fuera de las cuentas domésticas. En el futuro, serían unas visitas queridísimas... Agatha Martin miró de manera involuntaria y con una claridad terrible a ese futuro.

Tenía pendiente enviar un giro postal a Mabel. La chiquilla no habría ahorrado

mucho de su salario... El abrigo de invierno... Arthur seguro que se pasaría para despedirse, si el rumor era cierto. En el otro lado del estuche de escritura había varias cartas de él, unas con noticias, y otras semiafectuosas o semifraternales.

¡Menudo año!

Estaciones de trenes desconocidas, el baúl de una abandonado en el andén... Y, por todo el país, Violet y Mabel también en andenes, preguntándose cómo serían sus habitaciones, pues por entonces eso era lo más importante... Y Mabel, que pronto se quedaría sin trabajo, cosa que debía provocarle tanto esperanza como temor.

Agatha se preguntó cómo habían terminado siendo así las cosas. Suponía que había sido inevitable, dado que las finanzas eran asunto de padre y, si sus arreglos para la familia no salían bien, había que culpar al universo por una muestra de mal gusto. ¡Qué alivio ser al menos una mujer del Newnham College! Y eso antes de levantar las sospechas en Cheltenham. Las fechas coincidían, a la perfección... Tres años antes de que padre tuviese que hacer economías... Arthur la había llamado «nuestra marisabidilla»... Y había amenazado con salir de uno de sus baúles ropero, de repente, en una de esas meriendas para tomar chocolate, y la expulsarían por deshonor («Quiero oír de qué habláis de verdad las muchachas, solo que temo espantarme»). A menudo, se habían quedado bromeando en la acera cuando iban a la compra por la mañana, con el señor Francis apoyado en su bicicleta.

Durante mucho tiempo, le estuvo dando vueltas a la idea de volver a escribirle. Era amigo de la familia... Menudo fastidio que Sheil dijese tan pocas cosas dignas de contarse... Pero, profesionalmente hablando, la señorita Martin creía que tenía motivos de enhorabuena, a grandes rasgos. Por ejemplo, se habían reducido notablemente los sinsentidos que se decían a la hora de almorzar sobre ese tal Dion Saffyn y sus hijas, imaginarias con toda probabilidad y nada reseñables en cualquier caso. No fue hasta que regresaron todas de Yorkshire de manera repentina cuando, al leer un suelto del periódico sobre el funeral del hombre, se había conolido de Katrine por ello y había descubierto —una reacción de indignación se apoderó entonces de la señorita Martin— que las Carne no lo conocían, ni siquiera de vista. Así lo había asegurado Katrine, con bastante frialdad, reduciendo con toda la tranquilidad del mundo a Agatha a unos desconcertados «peros». A continuación, con una autoridad que nunca antes había asumido y con un «Señorita Martin, hemos decidido entre todas no decírselo a Sheil, si no le importa tenerlo en cuenta», salió del aula.

Después de eso, preparada ya —se aseguró de ello— para cualquier cosa, Agatha estaba lista para que también los Toddington cayeran en el olvido, pero sus cálculos se vinieron abajo una vez más. Así, *lady* Toddington apareció de visita y se quedó a tomar el té... La señorita Martin había estado presente. Le pareció que *lady* Toddington podía ser una de las amigas más respetables que tenían las Carne. Una mujer de sociedad. Sin embargo, cuando —la señorita Martin apretó los labios— se trataba de personas como el señor Pipson, creía que la señora Carne estaba yendo demasiado lejos por dar gusto a Katrine.

Ese hombre había acudido a tomar el té hacía una semana. Llegó en un coche inmenso y lo trataron como a un igual, tanto la anfitriona como sus hijas. Agatha cometió el terrible error de tenerlo en buena estima, pese a su acento y a su gramática. Se había mostrado de lo más atento y educado y, al abstenerse de utilizar malas palabras y de

pedir cerveza, no le había dado a Agatha pista alguna sobre quién o qué era. El señor Pipson le había dicho, de modo que todas lo oyesen:

—Ay, en muchas ocasiones desearía tener más educación. Créame, señorita Martin, no aprendí a escribir hasta que tuve catorce años y, con respecto a la caligrafía..., ¡bueno!

Y ella, dando por sentado que se trataba de algún magnate empresarial de tanta tradición que sus inicios estaban ya purgados, abrió la boca para exponer sus teorías ante unos oídos comprensivos, cuando la señora Carne intervino:

—Yo tampoco sé caligrafía, señor Pipson.

Y Sheil, con la mirada iluminada, gritó:

—¡Yo no voy a aprender caligrafía si tú no sabes!

Evidentemente, la niña se había quedado de lo más prendada de aquel hombrecillo, como solía pasarle, y eso significaba Dios sabía qué que Agatha tendría que soportar y neutralizar. Sheil lo llevó arriba para enseñarle el teatro de juguete, que el hombre examinó antes de afirmar:

—En un periquete, se le van a echar encima los del Consejo del Condado de Londres, señorita Sheil¹⁰.

Comentario que, por tratarse del típico motivo desconcertante, encantó a la chiquilla.

—¡Ahora sí que lo adoro a usted! —exclamó Sheil.

—Entonces, nos casaremos el martes, si cae a principios de la semana y no estoy en cama por uno de mis ataques de sinopsis del escenario —respondió el señor Pipson.

Seguidamente, dieron un paseo por el jardincito, y el señor Pipson le contó a la señora Carne qué hacer con el pulgón y cómo combatir los gusanos alambre («Mi jardinero es un buen hombre, pero le costaría a usted hacerse una idea de lo obsoleto que se ha quedado. Bueno, lo que debe hacer usted, señora Carne...»). Le enseñó a Sheil unos pasos de baile, y la niña estaba embelesada, y cortaron alcaparras por todos los bordes, y la señora Carne rio hasta gritar. Sin embargo, cuando el señor Pipson estaba estrechando manos, miró a Katrine y dijo:

—Dentro de quince días, estaremos en Bradford. ¡Sí, Braaadford! —Y luego, a su anfitriona, con una seriedad repentina, le aseguró—: Puede usted confiarme la vigilancia de la señorita Carne como si fuese hija mía, señora Carne.

—Lo sé —respondió ella.

Entonces el hombre rodeó con el brazo a Sheil y añadió:

—Dios la bendiga, chiquilla, encantado de haberla conocido, señorita Martin.

Más tarde, Agatha abordó delicadamente el tema del invitado que se había marchado. Por supuesto, la cuestión requería tacto, aunque tenía que admitir que las muchachas mayores eran poco susceptibles.

—Un hombre encantador, pero... ¿podría decirse que ha sido todo un caballero?

—¿Pipson? ¿Un caballero? —respondió Deirdre—. Es un farandulero, señorita Martin. Es Freddie Pipson.

Fue entonces cuando Agatha empezó a ver que los buenos modos de Pipson no eran más que vida bohemia, con la contribución de la cortesía de la familia y la suya misma. Las Carne deberían haberla advertido de ello, pero eran una familia impredecible. Amables —de muchas maneras, más amables que cualquiera de las familias con las que había estado antes—, pero en cierto modo provocaban en Agatha el efecto de querer,

como nunca antes en su vida había querido, mantener una larga charla con Fossie, o salir a darse un paseo bien largo con Violet y Mabel.

La última broma de las Carne, al parecer, era soltar «Encantada de conocerla» siempre que una pasaba junto a otra por las escaleras y hacer lo que describían como «pipsonear» durante las comidas. Deirdre decía: «Si me permite, señora Carne, está empezando a cortar la ternera mal; no sé si me explico». Y Katrine contestaba: «Si no la está usando usted, ¿podría pasarme la alcuza?». Luego ambas preguntaban a la vez: «¿Está el té como a usted le gusta?». E incluso Sheil soltaba: «No lo derrame, señorita Carne; si se me permite decirlo, ¿qué es lo que está haciendo?».

Agatha había puesto fin a todo aquello. Por supuesto, Sheil era cosa suya y su reproche, probablemente impulsivo, lo dirigió de manera nominal a la niña. De todos modos, pensó que las demás habían captado también la indirecta...

— Bueno, Sheil, la verdad es que creía que el señor Pipson era su amigo, pero nadie lo diría al oír cómo se ríe de él.

Se hizo un gran silencio en torno a la mesa. Sheil se puso roja de ira y empezó a decir una frase incoherente.

— No me estaba riendo de él. Cuando, cuando, cuando...

Y entonces, en tono cansado, Deirdre terminó lo que Sheil quería decir, del modo en el que lo habría dicho la niña...

— Cuando una le tiene cariño de verdad a alguien, señorita Martin, a veces ese es el mayor cumplido que se le puede hacer, que lo sepa usted.

Agatha, perpleja, recordó haber respondido:

— Pues espero con impaciencia el día en el que todas ustedes se pongan a imitarme a mí.

Y la señora Carne le ofreció entonces más ternera. En cualquier caso, después de eso, ya no hubo más señor Pipson. «Quizá lleve algún tiempo, pero al final creo que mi influencia se dejará notar», pensó la señorita Martin. Si bien todo aquello era bastante inofensivo, se trataba, sin ninguna duda, del resultado de entablar amistades con imposibles. Las Carne tenían suerte de conocer a los Toddington desde hacía varios años, porque, si no, los habrían espantado. Agatha supuso que a esas alturas se habrían acostumbrado ya a todo, aunque *lady* Toddington desde luego parecía haberse mostrado bastante formal con ellas para ser una amistad tan veterana. La institutriz se puso a pensar y se dio cuenta de que la mujer, al marcharse, no le había dado besos a nadie más que a Sheil, de quien había dicho: «No puedo evitarlo, es una cosita tan mona..., ¿verdad, pequeña?».

Agatha, al alabar después a *lady* Toddington delante de las niñas mayores, había lamentado con delicadeza aquel cumplido vertido en público, a lo que Katrine replicó: «Bueno, sí, pero verás, señorita Martin, es que no tiene h.», y Agatha dio a entender que sabía que los jueces reciben muy buenos ingresos y Katrine y Deirdre estallaron en sonoras carcajadas.

Voces fuera, en el descansillo:

— Pasa la confitura, por favor. — Grito de Sheil.

— Créeme, chico, ha habido lío en Hartlepool. El gobernador me ofreció diez libras

por hacer de Harmlett, pero le dije: «No lo haré por menos de quince y es mi última palabra». — Grito de Deirdre.

—El bardo, chico, para el bardo hace falta actuar bien —intervino Katrine—. Preséntame a los actores ambulantes y pídemelo que haga de hombre orquesta ¡y me estarás echando a perder, chaval, a perder!

Pasos en las escaleras y la voz de la señora Carne:

—¡Trrr-a! *Mes enfants!* Ay, Trotty, *ça marche, hein? Amuse-toi bien, ma mignonne!*

—¡Calla ya, Caralata!

—*Hé? Caya-ya? Mais, qu'est-ce que c'est, ce «caya-ya»?*

—Que te vayas. Es pura pose. Ironía... ¡Y tú, que vienes de una tienda de las afueras!

—¡Ya lo has conseguido! Se ha vuelto a Isidore —soltó la señora Carne, y añadió—: ¡Ejem! Hablemos, dijo la señora Kenwigs.

La señorita Martin se echó a llorar. Se acordó de cubrirse la cara para amortiguar el ruido, porque Deirdre ya la había sorprendido en una ocasión anterior.

Conocer de verdad a los Toddington resultó ser, diría yo, algo muy parecido al matrimonio, esto es, a veces decepcionante y otras por encima de las expectativas. Las decepciones tuvieron que ver con el hecho de que la cocinera ni era una persona digna de confianza, dura y arisca como una escocesa, ni se llamaba Grania, sino que era una londinense *cockney* y cuadrículada llamada Bessie; y con que la criada respondía al nombre de Ethel, quien, además, muy lejos de ser desdeñosa y llamarse Henderson, es eminentemente accesible y parece tenerles aprecio de verdad a la pareja de los Toddington, con una ligera inclinación a babor a favor de *sir* Herbert. Aunque, al fin y al cabo, las criadas siempre prefieren al señor de la casa. No leo a Freud, pero sospecho que sabría explicar los motivos, *grosso modo* y con detalle, sobre todo de lo primero.

Y luego, las habitaciones de la casa de Londres... El estudio de Toddy, por ejemplo. La chimenea, desde nuestro punto de vista, estaba en el lado equivocado de la estancia, y el sillón, a la derecha de la estufa de gas en vez de a la izquierda, mientras que el dormitorio quedaba incluso en el lado incorrecto del descansillo de la segunda planta. Por lo demás, se asemejaba bastante a lo que habíamos planteado nosotras.

Cuando *lady* Toddington me mostró su casa por primera vez, después de la recepción, reparé por supuesto en un montón de objetos familiares: un abrigo y un bastón de caminar; un paraguas de Toddy del que tenía fotografías desde hacía dieciocho meses en la repisa de mi chimenea; y uno de sus espantosos cuellos de estampado de cuadritos de tarro de mermelada en el tocador de Toddy, acerca del cual también lo sabía yo todo. Aparecen siempre en sus retratos (salvo cuando juega al golf en Sandwich, que lleva cuellos alados).

Me acordé de sus trofeos universitarios y encontré uno o dos, en el estudio y en el comedor, y en uno de esos armarios estaba colgado su abrigo de caza. Nunca lo había visto en carne y hueso, por así decirlo, pero sabía cuándo lo había llevado por última vez, y dónde.

Siguiendo la estela de su esposa, fui avanzando como si caminase sobre cristal. Dada la probabilidad de crear confusión a cada momento, mis comentarios podían resultar devastadores en una u otra dirección. En realidad, solo di dos pasos en falso aquella tarde. Uno por cada plano. Después de mucho, habíamos llegado a terreno familiar. Me resultó extraño que me llevase al comedor y me sirviera un cóctel, y aquel episodio, junto a mi alivio por volver a la vida real, hizo que yo me mostrara incauta. Mildred tenía la mirada ausente, fija al otro lado de la ventana, y de repente pareció reparar en sus propios maceteros y dijo, refiriéndose a las flores:

—Están ya medio muertas. Nunca volveré a tener geranios. El verano pasado tuve lobelias.

—No. Calceolarias —respondí mientras dejaba la copa.

Por suerte, no alcanzó a «oír entre líneas» y solo se fijó en las flores de las que decía estar harta.

La segunda ocasión fue infinitamente más grave. También intervino en ello la mala suerte, ya que no me habría costado nada salir con algo a lo que ella le hubiese encontrado un origen tangible (como artículos de prensa o el *Quién es quién*) si su pie conversatorio hubiese virado en otra dirección.

Obviamente, Mildred es una de esas mujeres bondadosas capaz de poner en práctica su carácter sociable con amigos y conocidos por igual, y de nuevo eso me pilló con la guardia bajada. En ese momento, me olvidé de que aquello era una muestra de modales más que un indicador de intimidad, y de que durante ese tiempo volvíamos a la vida real: éramos Deirdre y *lady* Mildred tomando unos cócteles, con Henderson a punto de surcar el pasillo y llevarse la bandeja.

Debían de ser más de las siete. Miró el reloj y dijo:

—¡Ay, Dios mío! Tengo que vestirme corriendo. Esta noche recibimos a una multitud. —A continuación, de un modo sociable, aunque percibí que en el fondo hablaba con sinceridad, añadió—: Querida, no se case con un hombre con cerebro a no ser que usted lo tenga también (hay que estar constantemente preocupándose por dar la talla).

—Eso no es lo que a él más le gusta —respondí.

—¿Cómo?

Abordé el tema.

—Es muy fácil malinterpretar a Toddy. A nosotras solía pasarnos, hasta que le pillamos el tranquilo. Ese trabajo tan austero, en fin... Pero lo que más le gusta es sentarse a fumar, bromear, y tener muchos libros, y un perro que sacar a pasear...

—¿«Bromear»? ¿Herbert?

—Sí. Sabe que su conducta da algo de miedo y por dentro quiere que la gente pase eso por alto...

—¡Vaya...!

—*Lady* Mildred, pocas personas tienen tiempo o ganas de... de conocerla bien a una, ¿no le parece?

En la emoción del momento, me puse a interceder de verdad por Toddy. Estaba tratando de dismantelar el elegante lado Harrods-pequinés de Mildred que todas creíamos que existía, sobrepuesto por encima del amable fondo Brockley que todas coincidíamos en que había allí. Ahora sabemos que ese elegante lado Harrods-pequinés nunca había sido real, sino que se trataba de una de nuestras suposiciones erróneas. Es inevitable hacer alguna de vez en cuando.

Dejó la copa en la bandeja.

—Querida, ¿cuánto tiempo hace que conoce a mi esposo?

Esa pregunta era fácil.

—No lo conozco.

—Pero...

—Lo vi en una ocasión, durante media hora, la noche del mercadillo benéfico —respondí, hablando como un testigo ante un juzgado de guardia.

—Ah... Bueno.

Parecía estar sumida en una lucha interna.

—Y, por cierto, debo de haber parecido de lo más impertinente. Lo siento, pero en

casa todas lo llamamos «Toddy», y siento muchísimo confesarle también que a usted la llamamos «*lady* Mildred».

—Toddy... —Se quedó rumiando la idea—. Le arrancaría a usted la nariz de un mordisco si lo llamara así alguna vez.

—Lo descartaré entonces —respondí con una sonrisa.

—De ninguna manera, querida. Debería adoptarlo también yo.

—Creo que le encantaría. Fingiría que no durante siglos, pero se apartaría para reírse a carcajadas. Ya sabe usted cómo es. Y luego volvería y la miraría con una de sus caras de labios alargados... ¡Ay, Dios! ¡Debería irme ya! —concluí, consternada.

—¿No se toma otra? ¿No? Yo sí. Bueno, ¡parece que ha pensado mucho en todo!

—Lo siento muchísimo, ¡y me voy ya!

—No, a no ser que tenga obligaciones. Me cae usted bien. No conozco a muchas chicas jóvenes. Ojalá conociera a más. No logro descifrarla del todo, aunque a estas alturas debería estar acostumbrada a que me ocurriera eso con la gente... Desde luego, soy de las que tendría que llevar sombreros ribeteados con plumas de avestruz y una boa de colores, en vez de batas de modelo y un corte a lo *garçon*, tratando de cumplir con todo el mundo.

—Es usted un encanto.

En cierto modo, nunca había previsto cogerle cariño de verdad a Mildred, quiero decir antes... Me preguntaba qué diferencia iba a suponer eso.

—Muy agradecida. Es bonito que a una la aprecien, ¿verdad? Aunque solo sea por gloria reflejada. Gracias de verdad, estoy acostumbrada.

—No es así, en absoluto.

—Venga y busquemos una foto de Herbert para usted. Oda que diga «foto», por cierto. No entiendo por qué.

—¿Le pone objeciones también a «porrón», siguiendo la misma lógica? —dije entre risas.

—Probablemente. Pero ¿cuál es esa lógica? Bueno, aquí estamos.

Abrió un buró, dejó un fajo de retratos de Toddy sobre el sofá y empezó a ofrecerme varias copias. Examiné el lote en muy poco tiempo, aunque me detuve a mirar bien las fotografías de estudio.

—Ah, sí, esa es a la puerta del Old Bailey... Sí... El caso de los jardines de Barkston... En los campos de golf de Sandwich... Oh, muchísimas gracias, pero esta la tengo... Sí, de esta me acuerdo... Esta no es de mis favoritas; además, ya la tengo.

Me miró con un gesto bobo de asombro y de repente empezamos a reírnos.

—Si apartase usted una o dos que no coincida que... —dijo *lady* Toddington y se echó a reír.

Señalé con dedo tembloroso los tres retratos de estudio.

—E-e-esos... No entiendo cómo los he pasado por alto, ¡ja, ja, ja!

—Voy a empezar a sospechar de usted por no sé bien qué —anunció mi anfitriona.

—Yo sí lo sé —respondí mientras me sonaba la nariz—, pero estaría usted equivocada; mala suerte.

Y de nuevo soltamos unas carcajadas.

Lady Toddington empezó a toquetearse los anillos.

—No, pero ¿de verdad se ha enamorado usted de él?

—Bueno, sí y no —dije, secándome los ojos—. No es tan sencillo como eso, entiéndalo.

—Pero... con lo joven que es usted. Parece muy poco natural.

No podía decirme otra cosa, desde luego. Hasta las mejores mujeres tienden a pensar igual que la señora Peachum. Se quedarían horrorizadas si les explicara lo que en realidad están insinuando.

—¿No cree usted que es más bien cosa de mala suerte que la gente tenga que dejar de ser objeto de amor porque se haga vieja? —le respondí, eligiendo bien mis palabras.

—¡Por supuesto que sí! Pero una muchacha de su edad...

—A ese perro no le va a sacar ladrido, lo siento, *lady* Toddington. Fíjese en Sheil. Lo adora. ¿Se acuerda de ella?

—¡Qué criatura! —*Lady* Toddington se salió por la tangente—. Me gusta su familia.

—Buena gente, ¿verdad?

—Son ustedes felices juntas. Se ve a las claras. Muy pocas madres e hijas parecen llevarse bien en estos tiempos. Casi compensa no tener una hija propia... ¡Y pensar en todas las peleas que me he ahorrado! Bueno, sigamos, cuénteme más.

—Katrine, mi otra hermana, va a entrar en una revista, y padre murió y tenemos una institutriz que muerde la mano que le da de comer.

—¿Y por qué razón?

—¡Ja! No digo que lo haga de verdad, pero la pobre criatura echa de menos su hogar, y tiene tres hermanas normales y un padre ahorrador en Cheltenham. Y el labio de arriba siempre lo lleva tieso. ¡No sabe usted, *lady* Mil... *lady* Toddington, cómo se pone la gente así!

Me escuchaba como una cría, sentada junto a mí en el suelo, con los pies plantados estirados justo delante de ella.

—No crea que no me hago cargo de todas las preocupaciones de la mujer.

Pude ver que no le hacía ningún caso a aquello.

—Sí. La recuerdo. Bajó a tomar el té, ¿verdad? Pobres infelices... Tiene usted una naturaleza especialmente compasiva, ¿no?

—En realidad, no, porque la mitad del tiempo no quiero.

Lady Toddington se echó a reír y se encendió un cigarro.

—Bueno, continúe. ¡Cuénteme más sobre Herbert!

Llamaron a la puerta y Mildred gritó:

—¡Dios mío! ¡Y no he empezado a hacer nada! Pasa.

En el umbral de la puerta apareció Toddy, y yo intenté, entre la masa de fotografías que tenía en el regazo, ponerme en pie.

—Bueno, Herbert, ¿te acuerdas de la señorita Carne?

La señorita Carne, con seis bustos de Toddy apretados contra el pecho, le estrechó la mano con dificultad.

—¿Qué tal? ¿Estás montando un mercadillo benéfico, Mildred?

—Sé que no me he vestido y que la cena está casi lista y que la hora de arreglarse pasó hace siglos.

Los ojos de Toddy (lo vi, porque me estaba fijando) parpadearon ante la inmediata exposición que había hecho su esposa de su propia reprimenda, aunque la mujer ya había empezado a desinflarse, según me pareció.

— Es culpa mía, *sir* Herbert — intervine—. Soy de esas personas que llaman a la puerta de una y nunca terminan de irse.

— ¡Por favor, no! Y deje que le quite de encima esos estorbos.

— Mejor no lo hagas, Herbert. Son retratos del desliz que tuve de niña.

— ¿De qué hablas?

La observó por encima de los anteojos, de un modo tan idéntico a cuando lo hace en el tribunal que me eché a reír. *Lady* Toddington me miró. Estoy casi segura de que pensó que iba a sentirme avergonzada y estaba dispuesta, de ser así, a decir algo más que la pusiera a malas con él, pero la respuesta que le di con mi mirada la hizo comentar otra cosa.

— Está bien, querido. Es el novio de la señorita Carne.

De algún modo reuní todas las fotografías, y Mildred miró a Toddy y le dijo, igual que le rogaría un bebé a su niñera:

— Herb, ¿y si no salimos esta noche? ¿No podemos quedarnos todos aquí y pasar un rato agradable en casa?

Toddy bajó los ojos y la miró, pensativo.

— Suena de lo más encantador, pero son los Slingsby, acuérdate. ¿No puede quedarse a cenar la señorita Carne de todos modos? No hace falta que salgamos hasta las nueve y media.

— ¡Buena idea también, sí!

La cena me resultó un episodio estresante. Allí estaba nuestro Toddy, al alcance, y era Mildred la que hacía que todo fluyese.

¿Le gustaba a Mildred — durante uno o dos platos, estuve ponderando la impresión — que yo estuviese allí? Y entonces, con el plato principal, lo supe.

Estaba presumiendo de mí ante él, como hace una madre. Y yo quería servirle de apoyo, pero me veía impedida por el escandaloso hecho de tener que ser la pequeña extraña delante de Toddy. A esas alturas, *lady* Toddington además sabía lo bastante como para disfrutar de todo aquello, así que empezó a darme ligeros codazos metafóricos y nos trató a su esposo y a mí como a una pareja recién casada. Si hubiese tenido una bolsa de confeti, estoy segura de que nos la habría echado por encima... Y Toddy no dejaba de poner caras, una tras otra, caras que yo conocía, y fue encantador en todo momento, y me costó todos los esfuerzos del mundo mantenerme al nivel de ambos.

Antes o después, iba a tener que entablar conversación directamente con él, así que le dije:

— Me cae bien su asesor, *sir* Herbert. Tiene una cara interesante.

— ¿Mathewson? Sí. Es un tipo muy muy decente. Estaría muy perdido sin él. Una vez, me dijo que quería haber estudiado para abogado, pero, claro, el dinero...

Bueno, iba bien la cosa... Aunque esa parte no se nos había ocurrido a nosotras.

— Le encantan los tribunales a esta niña — dijo *lady* Toddington, preparándose para otro codazo.

El rostro de Toddy adoptó esa exquisita red de surcos suya.

— Es un lugar fascinante, ¿verdad? Y en estos tiempos, ofrece también un espacio para ustedes, las mujeres.

Me reí por dentro y respondí:

—De todos modos, el grupo actual de mujeres abogadas nunca se ganará la vida así. Sus hijas, quizá.

—Me temo que tiene razón.

—Entonces, ¿está a favor de su presencia?

—¿Por qué no? ¡Con las mujeres no hay manera, ya sabe usted! —Y el pobre infeliz me miró con sus ojos castaños ligeramente mordaces—. Debo admitir, en cualquier caso, que creo que quizá los juzgados de derecho privado serían más adecuados...

—Ah. Se refiere a rudas exposiciones públicas servidas en bandeja —lo interrumpí.

Se estremeció de la risa ante aquel comentario.

—Puesto que insiste...

—Creo que a usted le gustaría limitar a las mujeres (benditas sean) a hablar monótonamente sobre vigas de madera y bienes patrimoniales. Por cierto, ¿qué son los «bienes patrimoniales»?

—Normalmente, suelen ser una pérdida de media hora o así —respondió sir Herbert—. Pero ¿está interesada en saberlo de verdad?

—¡Me fascinan! La última vez que me pasé por los juzgados, usted dijo «bienes patrimoniales» cinco veces y me pareció una expresión preciosa. Me encantan las palabras.

—A mí también.

Empezamos entonces, a través de sus casos, a hablar sobre asesinatos, y parecía encantado de que me acordase de que Seddon vivía en el 60 de Tollington Park, y del número en el que residía Crippen en Hilldrop Crescent¹¹. De los asesinatos inevitablemente pasamos al torrente de libros sobre la materia, de los que yo había leído muchos, y de ahí seguimos a los libros en general. A partir de ese momento, Mildred empezó a desaparecer. Notaba cómo se le iba retirando la personalidad, y, aunque yo le lanzaba una cuerda salvavidas tras otra, no servía de nada. Toddy tampoco me ayudaba. No me esperaba algo así tan pronto, y sin duda me sentí molesta con él por ello. Absorto en lo suyo, perentorio, me llevó alegremente a su estudio para enseñarme algunas primeras ediciones, y yo no estaba en mi mejor momento para aquello, porque Mildred seguía arriba, sintiéndose excluida. Sin embargo, al poco tiempo había obrado el hechizo de los libros, y nos pusimos a intercambiar prejuicios y adoraciones.

—Siempre que estoy solo para comer, mi libro es *La feria de las vanidades*, y las partes que escojo para releer son las de los almuerzos y las cenas. Hay una mancha de salsa de tomate cuando Becky tira el diccionario al jardín, y salsa de carne en «Y, Amelia, querida, he traído una piña para comer». —Se ajustó los quevedos—. Bueno, además hay *chutney* en «Cuando me subí al carruaje después de casarme» y una quemadura de tabaco que atraviesa el pasaje de la combustión espontánea.

—¿*Casa desolada*? No puedo con él.

—Debe volver a intentarlo. De hecho, en una ocasión debatí sobre ese episodio con un doctor y, según él, es algo imposible, médicamente hablando. Aduje el caso del almiar, que prende por la fermentación de sus propios venenos, pero me respondió que, mientras el aliento permanezca en el cuerpo, esa forma de muerte queda automáticamente descartada. De cualquier forma, y pese a todo, es un fragmento de

escritura estupendo. —Seleccionó un libro de un estante de arriba—. ¿Es que no le interesan las Brontë?

—Solo Anne y, sinceramente, *sir* Herbert, creo que es una auténtica imbécil.

Me dedicó una sonrisa glacial.

—Entiendo lo que quiere decir. La familia Brontë está muy trillada, como Suiza (demasiado), y en sus obras se han descubierto virtudes que yo personalmente no creo que posean siempre. Pero ¡menuda familia! Incluso aunque no hubiesen escrito nunca ni una línea, ¡vaya historia! ¿No resulta perfecto, desde un punto de vista artístico, que no quede registrada ni una línea citable de Anne? ¿No sería algo semejante al sino lo que dispuso que ella, de entre toda la familia, se enterrase lejos del hogar, moribunda, sumisa, fútil, en aquel sofá de Scarborough..., y Branwell, drogado y borracho, moribundo, rígido, con su mejor traje, por pura bravuconería? «¡Mis nervios! ¡Mis nervios!»... Siempre me he preguntado de dónde sacó ese niño el pelo rojo. No parece que le saliera a ninguna de las hermanas.

—¿Cree usted que fueron unas degeneradas?

—No más de lo que creo en la señora que publicó un libro tratando de convencernos de que Emily era espiritualmente hermafrodita. ¡Las Brontë fueron, para mí, el perfecto resultado lógico de su entorno, su linaje y su dieta!... ¿Ha visto usted el museo?

—No. Hemos pasado el verano en Yorkshire, pero no se nos ocurrió acercarnos a Haworth. Estábamos demasiado ocupadas con nuestras miserias.

Lo miré, con la esperanza irracional de que eso despertase algo en él, pero entonces recordé que Toddy había sobrevenido poquísimo durante aquellos quince días, y, dado que no había teléfono en la posada, no pudo llamarnos a diario. Nos gusta ser precisas.

—¿Miserias? Querida, lo siento mucho. Yo he estado en Sandwich.

—Sí, después de las sesiones jurídicas de Bristol —respondí mecánicamente.

—Eso es. Me encantó aquel museo, en una casa parroquial. El escritorio de Emily, tal y como ella lo había dejado, con los libros de gobierno de la casa... Y ese grupo floral en la pared, en el que Charlotte fijaba la mirada perdida... Y las marcas en la habitación de arriba que registraban sus alturas; hasta que no retiraron el papel de la pared, no las encontraron. No termino de entender por qué resulta tan fascinante. Hace muy poco tiempo, y aun así, a uno le arrastra el encantamiento... Cuando era abogado, solía caminar por todo Londres en busca de las direcciones en las que vivían los personajes de Dickens, y nunca olvidaré el momento en el que di con Kingsgate Street, High Holborn, y encontré la tienda de pájaros sobre la que residía la señora Gamp.

—¡Qué encantador! Pero ¡siga, siga!

Y lo hizo. Con movimientos delicados a un lado y otro, los quevedos en la mano, señalando las cubiertas con los deditos, hasta que se abrió la puerta y entró Mildred, que para entonces se parecía mucho más a *lady* Toddington: una figura abrumadora con aquel vestido largo, duro y centelleante.

—¡Bueno, ratillas de biblioteca! Son y media pasadas, Herbert.

Toddy adoptó una expresión seria, pero no fue por la entrada de Mildred, aunque creo que ella así lo pensó, sino por el epíteto. Mildred no es una mujer inteligente, desde luego, pero sabe atacar por su cuenta. Estaba haciendo un resumen de mi persona, contrarrestándome con la experiencia previa. «No conozco a muchas chicas jóvenes».

Mildred creía que eso era un obstáculo para ella. Y luego estaba mi injusta ventaja de tres años...

Deseaba con todas mis ganas acercarme a ella (me parecía de lo más natural) y engancharla del brazo. Quería decirle: «¿No está Toddy encantador?!». Quería contarles a los dos que madre les mandaba recuerdos y que no debían olvidarse de que habían quedado para cenar con nosotras el domingo, segura de la respuesta inmediata a eso, a la que estaba tan acostumbrada: «Buenas noches, querida. Estaremos encantados».

Pero allí me quedé, absorta, observando a *lady* Toddington.

—El coche está en la puerta, señora.

Se volvió y siguió a la criada. Le di la mano a *sir* Herbert, y Toddy dijo:

—Debe venir a visitarla de nuevo, si lo desea. Le encantará tener a alguien joven por aquí.

—No estoy muy segura...

Me lanzó la misma mirada que a un abogado demasiado confiado.

—Pero yo sí.

Y entonces me dedicó una de sus sonrisas legas.

—Quiero que sepa que he pasado una velada maravillosa —añadí.

Estoy contenta de haber sido capaz de animarme a decirle eso. Mientras Toddy plegaba el pañuelo y se arrebujaba en el abrigo, me acerqué a su esposa, que estaba en el vestíbulo, sin saber a quién me encontraría allí, y el primer comentario que me dedicó no me dio ninguna pista.

—Bueno, ¿qué tal el ídolo?

—El ídolo es todo un tesoro —respondí—. ¿Cree que alguna vez vendrá a visitarnos?

—Pregúntele. Parece que ha hecho buenas migas con él. Dice que es que yo no leo nada más que a Edgar Wallace. ¿Está muy mal visto eso?

Me preguntó como si quien le consulta a su sombrero por la moda del momento.

—Le voy a contar una cosa: también él lee historias de detectives. He visto tres en la balda de abajo.

Lady Toddington se echó a reír en alto y de repente se convirtió en Mildred.

—¡Vaya, vaya! Me lo guardaré para usarlo en un futuro.

No le dije que los libros en cuestión eran golpes maestros en su género, en los que la trama del sabueso estaba subordinada al estilo. Contaba con que Mildred fuese del tipo de personas que calificarían *Otra vuelta de tuerca* de Henry James como una historia de fantasmas. En cualquier caso, en realidad Toddy debería tratar de no ser un esnob literario. Creo que Mildred se había tomado el comentario sobre Edgar Wallace de un modo totalmente literal. Sería muy característico de ella.

Se dio la vuelta y me puso en la mano un sobre enorme.

—No se olvide de su joven.

Lo había bajado ella misma. Quizá exterioricé lo que sentí, porque me colocó la mano un instante sobre el hombro.

—Venga a verlo de nuevo pronto. Creo... —Pareció hacer una pausa en busca de una frase y, luego, yo diría que cambió lo que iba a decir— ... creo que le gustará.

—¿Y a usted también?

—¿A mí? ¡Ay, me apuesto a que me encontrará poniéndole un platito de leche al gato! Ahora la acercaremos a casa, por supuesto.

Así pues, entré en el coche familiar, que yo no sabía si era de ellos o alquilado, y el hombre que debía de haber sido Mitchell nos llevó.

No podía esperar dormir mucho aquella noche, claro. Me entretuve hojeando mis álbumes de trabajos publicados y leyendo por encima mi novela. Descubrí que hacía cuatro años había escrito tres artículos con reprimendas contra el señor juez Toddington por diversas cosas que había dicho en los tribunales. Evidentemente, Binton había sugerido aquellos temas. ¡Cielos! ¡Cómo me había cebado con Toddy! Lo había comparado con mi aversión predilecta, la que siento por san Pablo, y había dicho que era una pena que sus opiniones particulares y parciales tuvieran que airearse en público. La cuestión parecía estar relacionada con la presencia de mujeres en los juicios por asesinato. Madre me oyó parlotear y entró con el camisón puesto. Cuando se iba a ir, me dijo:

— Por cierto, ¿alguna vez voy a estar autorizada a leer tu libro?

— ¡Ay, ten compasión! Está lleno de consejos y comentarios de la última bestia a la que se lo mandé. Si me das tiempo para borrarlos... Recuerdo en qué páginas están.

Aceptó de inmediato, me dio un beso y se fue. Busqué una goma de borrar y empecé a pasar las páginas. Los comentarios a lápiz ya no estaban.

Entonces me senté y me puse a pensar.

Katrine está ensayando en una taberna bastante agradable de Maiden Lane. Es un lugar semivictoriano, aderezado con aromas de cerveza, y con una alfombra de serrín en el suelo; tras atravesar todo eso, arriba hay una sala grande con un piano tan espantoso que resulta divertido, y muchachas en suéteres y bragas, y algunas de ellas ensayan en atuendo de baño y parecen muy juveniles y alegres. El piano tiene una nota sorda, y yo siempre espero a que no funcione y adivino cuándo debería estar haciéndolo. Es el la que hay a la derecha del do central. No sabía lo importante que era el la hasta que el acompañante empezó a tocar.

*¡Voy a [silencio] a un
Hono[silencio]lu de ensueño!*

Ahora, Katrine, Sheil y yo siempre cantamos «silencio» en vez de la palabra o la sílaba cuando practicamos los coros en casa. Y eso mismo hicimos el domingo pasado, en la iglesia. Apenas vamos ya a la iglesia, porque creemos en muchísimas cosas que no están en la lista oficial, pero queríamos rezar por el éxito de la revista, y, por muy moderna o escéptica o avanzada que sea una, las iglesias tienen algo que hace más posible materializar los deseos que otros sitios.

Hace dos años, fui a St. Bartholomew's a rogarle a san Raherus que Toddy no muriese en sus viajes antes de volverlo a ver y que no se encontrase sábanas húmedas en su alojamiento, y, cuando padre estaba enfermo, dio la casualidad de que pasé por una capilla baptista y entré; si bien nunca sabré qué pasó con las sábanas, porque *sir* Herbert no se acordará, padre desde luego se puso mejor, temporalmente. Estoy segura de que a Dios le gustan las pequeñas atenciones, así que voy a ser más buena con él en el futuro, por Toddy y por Mildred, y Katrine cree que ella también lo va a ser, por Freddie Pipson. Así que cantamos

*Cristo, am[silencio] de mi alma
déjame volar has[silencio] tu seno¹².*

y las dos pensamos que a Dios le encantaría ese piano, igual que a nosotras. Katrine aún no lo sabe, pero le espera una época movida en los camerinos de provincias. No llevaba ni cinco minutos en el ensayo con ella cuando ya había identificado a las arpías de la compañía. Aunque nunca me he relacionado demasiado con ellas, he conocido a muchas más que Katrine y esa clase de chicas es bastante prevalente y casi inconfundible. Normalmente tienen el pelo rubio, cara de caballo y dientes de roedor, cuentan las historias más sucias, ejercen por lo general cierta influencia mugrienta en la dirección — pobres brutos — y son siempre las primeras en venirse abajo cuando se desata una crisis. Pipson me contó que, durante los ataques aéreos, estas muchachas solían perder la

cabeza por completo, y después de clamar a Dios y a Cristo sin parar, bajaban y rezaban por todo el escenario cuando las bombas empezaban a caer.

No vimos mucho a Pipson, claro. Es un hombre tan importante que ensaya en los teatros, entre función y función, con los actores principales. Le ha dado a Katrine dos frases maravillosas. Una es: «¡Nunca me han insultado tanto en toda mi vida!», comentario que sale en todas las revistas que yo haya visto; y la otra: «¡Venga, niñas, vamos, hace una mañana maravillosa para bañarse!», que practicamos diciendo de las maneras más horribles que existen. Katrine quiere usar un acento *cockney*, pero madre y yo abogamos por un: «¡Engañías, vamos, hace una mañana maravillosa para bañarse!». En una ocasión, tras ponerse mi boina, echarse el abrigo de noche por un hombro y blandir un bastón de caminar, madre se acercó a Katrine y pronunció la frase al modo de Hamlet, con movimientos de acecho teatral. Pero Katrine, pensando en el productor, aseguró:

— Eso hay que suavizarlo, cariño, es demasiado fuerte.

Madre enfundó el bastón y declaró:

— Será terrible viéndolo desde el frente, terrible.

Katrine se está aprendiendo los bailes muy bien. Los practicamos en el jardín para el disfrute de la cocinera y la incredulidad del coronel que vive al lado, quien se cuelga en el baño para observarnos; nos llegan los destellos de su monóculo y parece completamente atónito, como el hombre de la Biblia. Katrine se puso muy nerviosa cuando lo vio la primera vez mirándonos tan serio y se equivocó en un paso, pero el jardín es el mejor sitio para ensayar y el más limpio de estorbos, y nuestros movimientos son de lo más decentes, así que nos hemos inventado un espacio en el que ubicar al coronel, para justificar su presencia allí: fingimos que es un donjuán que se ha quedado después del baile imperial y está tratando de seducir a Katrine, y que el destello es por el deseo irrefrenable; una vez que determinamos eso, Katrine se quedó mucho más tranquila y los ensayos iban como la seda.

Una tarde, nos llevamos a la señorita Martin abajo para que nos viese, porque creíamos que estaría bien para su educación general, y se pasó diciendo «pero» todo el tiempo que estuvo esquivando los cuerpos; se quedó bastante pasmada ante el hecho de que un hombre dirigiese aquellas piernas desnudas. Le conté la verdad: que las muchachas bailaban así para ahorrarse el dinero de lavar y zurcir las mallas, y eso pareció tranquilizarla, pues la economía es innegablemente respetable. Sin embargo, pese a todo, estuvo sentada apoyada en la pared, a la espera de recibir algún insulto, y pareció quedarse bastante asombrada cuando nadie trató de hacerlo, y se encogió cuando las muchachas se le acercaron para descansar, charlar, examinar los tacones de sus zapatos, y exclamó «¡guau!» cuando una de las arpías dijo: «En serio, niña, es el segundo par que me pongo en una semana con estos ensayos de m...». Algunas de las muchachas dicen peores cosas que esa; le he advertido a Katrine que no se lo cuente a madre para no preocuparla, y que a lo mejor tiene que decir esas cosas ella también en la gira para tener paz y tranquilidad, pero que no son para usarlas en la familia. Katrine ya está deprimida solo por el lenguaje.

La señorita Martin se quedó de brazos cruzados porque no entendía nada, y únicamente dijo «guau» para acreditar la mala gramática que se estaba usando. Ya se ha filtrado que Katrine conoce a Pipson, y la mayoría de las muchachas da por sentado que

ella es lo que la gente llama su «amiga»; como resultado de ello, las chicas se han dividido someramente en dos bandos: uno de envidia impresionada y el otro de rencor reprimido. Eso sí se lo hemos contado a madre, porque pensamos que le iba a encantar saberlo, y así fue. Aunque Sheil ha pedido ver un ensayo, no voy a permitir que madre la deje. Las muchachas son criaturas buenas y decentes, con algunas excepciones, y se entusiasmarían con Sheil, de esa manera tan maternal y estridentemente expresiva que caracteriza al coro, pero no son gente para Sheil.

Katrine nos dejará mucho antes de lo que esperamos, ya que algún caprichoso de la dirección, con pocas luces, ha decidido que los ensayos finales tienen que hacerse en Bradford, donde estrenan. Pipson le ha buscado alojamiento cerca de su hotel. Esquivó con tanta delicadeza la cuestión de las pulgas y las chinches que tuvimos que ser nosotras las que sacamos el tema, cosa que lo alivió mucho, aunque aún dice «¿cómo se llamaban?» para referirse a las últimas. De todos modos, conoce las habitaciones donde dormirá Katrine desde hace años, desde mucho antes de que él alcanzase el estatus que tiene ahora, y, aunque se quedan con casi dos tercios del salario de Katrine, Pipson le ha aconsejado que se quede allí. En realidad, Katrine lo tendría mucho más fácil si fuese a retirarse a un convento, y tendría también muchas más probabilidades de conseguir méritos. Ella también está muy emocionada por irse de casa, pero le entrará la desilusión cuando se pierda Halloween. Nos hemos pasado años sin celebrarlo, desde que nos marchamos de Hampton Wick, donde montábamos fiestas en todos los aniversarios imaginables, y no tener un jardín como es debido es lo que ha cambiado las cosas, sobre todo por los muchachos del quinto, que eran lo que llamábamos una *spécialité de la maison*, famosos en todo el pueblo por lo grandes que eran y por los dramas que montaban.

Sin embargo, este año Sheil es lo bastante mayor como para participar también en Halloween y quedarse despierta hasta tarde; al menos, esa es la excusa oficial. A decir verdad, yo echaba de menos una cabeza de calabaza iluminada con una sonrisa serrada y los gatos negros y las brujas en la mesa, y quería ver si el joven de la habitación de la señorita Martin se materializaba con el rito del espejo y cómo manejaría la situación ella si aquello ocurría. Dado que la señorita Martin era una mujer buena de los pies a la cabeza, su mente probablemente no estuviese muy limpia, así que supongo que se mostraría cohibida, y me parecería horrible cualquier mujer que no reaccionase del mismo modo si los espíritus le ofreciesen a un varón deseable, espíritus que, lo reconozco, tienden a aplicar bastante mano dura en sus ideas sobre el humor. A menudo, me planteo si la señorita Martin querrá que le preguntemos por él. Lo haría de buena gana si a ella le agradase, aunque sería terrible que quisiera convertirlo en una cosa de chicas y hablar conmigo de él en ese plan, porque a veces pienso que esconde un lado «cosas de chicas», si es que se puede concretar algo así. Katrine no es capaz de imaginar por qué me interesa lo que ella llama la Galería de Granujas de Martin, los retratos. No ve que, en gente como la señorita Martin, las fotografías ocupan el lugar del discurso y ofrecen al desconocido pistas sobre sus vidas. Aunque de todos modos, Katrine no es capaz de imaginar cómo debe de ser sentirse anulada de algún modo, mientras que yo sí. Katrine se enamoró de nuestro pescadero cuando tenía once años y lo convirtió en un héroe; una mañana entró en la pescadería mientras el hombre estaba reprendiendo al cajero por un pedido confundido y volvió a casa bastante pálida,

diciendo que había llegado a la edad en la que debía cesar todo deseo —que era el último verso que había aprendido—, y a madre le entraron ganas de gritar de risa, pero no quiso herir sus sentimientos.

A veces, espero ansiosa la llegada de ese momento, para mí, ya que el amor dura para siempre y el sexo es solo un interludio, y, salvo para tener niños, no tiene tanta importancia como mucha gente pretende darle. No es más que un recurso, mientras que al amor no hay quien le tosa y pone en tu vida a personas como Saffy y Toddy.

Katrine estaba tan abatida ante la idea de que fuésemos a montar una fiesta de Halloween sin ella que prometimos dejarlo, y madre sugirió hacer una el ¹ de noviembre, que es el Día de Todos los Santos, cosa que a nosotras no nos pareció una excusa legítima para poner calabazas, así que abandonamos también esa propuesta.

Me pregunto si, en caso de que después de morir se me permitiese volver una vez al año, preferiría asomarme por las ventanas y mirar dentro de las casas que conozco y ver a los vivos divertirse y jugar juegos, o si me sentiría menos olvidada si estuviesen ahí sentados, tristes por mí. El Día de Todos los Santos no debería caer en noviembre, por las dudas un poco gélidas en el corazón de los muertos. Deberían haberles permitido venir en pleno verano, cuando el aire está quieto y huele a hierba cálida y a guisantes de olor, y la luna luce grande y suave.

Padre regresó en una ocasión, pero solo una, y de un modo muy natural, para no asustarnos. Se pasó toda la noche sentado en la biblioteca y llevaba uno de sus viejos trajes de vestir que yo había olvidado, aunque lo recordé de inmediato por la mancha de tinta en la manga que en la tintorería no pudieron quitar. Está arriba todavía, en un armario. Padre levantaba la vista, muy afable y encantado de vernos, cada vez que nos turnábamos para asomarnos por la puerta. Le llevamos nuestros mejores juguetes y los pusimos donde él pudiera disfrutarlos, y madre nos plantó nuestros vestidos de fiesta para que él los viera y nos dijo que le contásemos todo lo que estábamos haciendo, pero que daba igual si no nos respondía.

Ahora sabemos que esos que la señorita Martin llamaría «fantasmas» pueden hablar con una si quieren. Por qué padre solo vino a vernos una vez no lo sé, pero espero que sepa que estamos aquí siempre, si quiere.

Los últimos días de Katrine con nosotras están pasando y, aun así, no parece que hagan mella en mí, gracias a los Toddington. Se lo dije y lo entendió a la primera. *Lady Toddington* había devuelto la invitación, y, cuando la cosa era inminente, me entró el miedo. Una vez más, había que pasar por una monstruosa ocasión social; incluso Sheil, para quien Austen Charles era alguien familiar desde hacía mucho, tenía que pasar por ello, y si ocurriese otro contratiempo quién sabe lo que pasaría. No nos podemos permitir otra muerte de Saffyn...

Creo que Sheil sospecha lo de Saffy. Al menos, lo hemos vuelto a traer (vino a almorzar la semana pasada, de un modo bastante repentino), aunque durante el periodo de silencio, después de Yorkshire, no sé... Diría que los niños sienten la muerte, como les ocurre a los gatos y los perros con la marcha de la familia.

En parte por eso era tan importante que Toddy le cogiese cariño a Sheil. Debe quererla por dos... Al menos, habíamos reunido las condiciones necesarias para

propiciarlo, Mildred, madre, Sheil y yo en la casa de los Toddington, a la espera de que Toddy apareciese en cualquier momento. Todo tal y como había ocurrido cien veces antes... conmigo en el extraño papel de guía. Podía pasar cualquier cosa, literalmente. Solo contaba de antemano con la fascinación de *lady* Toddington por Sheil.

Una de las complicaciones que se presentan es que Mildred siempre ha tendido a ser el peón en nuestro juego. Su creación fue, por necesidad, más vaga que la de Toddy. Se formó de manera poco sistemática y veo posible que, de no haber sabido de su existencia, quizá nunca la hubiésemos creado. No obstante, jugamos limpio. Nos llevó un año darle una forma definitiva, y Sheil se acordará de eso y de nuestras primeras batallas con la personalidad de su anfitriona; se acordará de que en Skye ella misma había establecido la edad de *lady* Toddington en los ochenta y cuatro. Ni siquiera el hecho de que *lady* Toddington tomase el té con nosotras había servido de mucho para materializarla, dado que, en aquel momento, pasamos a convertirnos en servidoras de dulces para una visita, ¡la de nuestra querida y conocida Mildred!

Así pues, habíamos ido entrando en fila detrás de madre en la sala de estar de los Toddington. Sheil, con su vestido verde élfico, se sentó en una silla dorada, con las manitas decorosamente plegadas y los ojos fijos en la puerta en un gesto de espera descarada de Toddy que, afortunadamente, solo nosotras sabíamos interpretar. Era la cara que se ve en los palcos antes de la entrada del protagonista. Madre, por supuesto, mostraba una actitud social y fría y, en terminología de Katrine y mía, martinesca, y yo fui repartiendo las tazas de *lady* Toddington con la cabeza echa un caos. Solo de camino a casa se me ocurrió que lo obvio habría sido dejarle esa tarea a Sheil.

—Entonces, tiene usted otra hija, ¿no es así? —dijo *lady* Toddington.

Sheil se sobresaltó. Inevitables, esas conmociones. No podía protegerla de eso. Sheil había oído a Toddy reñir de lejos a Katrine muy a menudo («¿Quién es esta señora? Preséntemela, si no le importa») y había disfrutado con el modo en el que Katrine lo sulfuraba, y yo sabía que todo lo que la pobre Mildred dijera podía llegar a echar abajo una cosa u otra. Sheil tendrá que pasar por eso. Es el precio de la realidad. Aunque es tan joven...

No mucho después se oyeron los pasos de Toddy en las escaleras. Hizo toda la ronda con nosotras y luego le estrechó la mano muy afectuosamente a Sheil, sin reducir en lo más mínimo la cortesía por la edad de la niña, pero Sheil se quedó blanca. A punto estuve de levantarme. Toddy me estaba mirando. Era mi ventaja injusta. Equilibré mi taza y de algún modo puse el platillo a salvo. Por dentro, estaba gritando: «¿Es que no te acuerdas? Pero ¡si es Sheil!».

—Mildred, voy a llamar para que traigan más té —dijo *sir* Herbert—. El mío está un poco frío. Me temo que he llegado un poco tarde.

Sheil cruzó su mirada con la mía y se paró a pensar en ese comentario, con la cabeza a un lado. Con la excusa de los dulces, aproveché la oportunidad para inclinarme hacia ella.

—Tiene que decir algo. Algo suyo —le recordé en voz muy baja, y se le aflojó la tensión de la mirada.

—Pero... está siendo muy *pompadour* —susurró Sheil.

—Pues sácale todo el provecho. Ya sabes que tiene mucha «pompa». ¡Acuérdate de la escena que tuvo con Katrine la semana pasada!

Sheil se echó a reír en alto. *Lady* Toddington soltó un plato de manera abrupta y *sir* Herbert se acercó a nosotras, se quitó los quevedos y ante ese gesto Sheil se iluminó.

—Creo que debo agradecer a cierta joven un ramillete de violetas. Fue un gesto muy dulce y amable por su parte, señorita.

Sheil se inclinó hacia delante, seria.

—¿Se las ha enseñado a Henry?

—¿Henry?

—Se refiere al señor... No me acuerdo de su nombre. Su asesor —interrumpí, impotente.

—Nicholls —apuntó Sheil.

—Mathewson. No. No estoy muy dispuesto a darle esa oportunidad. Ya se sabe, el regalo de una dama...

—Katrine dijo que él le advertiría a usted que no debía aceptar esas cosas y que yo era una joven muy extraña. Pero a Katrine él no le interesa. No sabe lo maravilloso que es en realidad —explicó Sheil.

—Es un colega muy encantador, sí —admitió *sir* Herbert.

—¿Verdad? —dijo Sheil—. Para usted debe de ser de lo más maravilloso que le elija sus comidas favoritas para almorzar. ¿Se queda muy desilusionado cuando sale usted a comer al Garrick o al Athenelium?

Sir Herbert de repente se quedó impactado.

—Diría que agradece poder librarse de mí. La verdad es que soy una compañía terrible, muy mayor.

Sheil asintió.

—Siempre dice usted lo mismo.

—De todos modos, no salgo a almorzar muy a menudo. —(Aquí olvidé mi papel de policía y yo también me incliné hacia delante)—. A veces, mando que me traigan una chuleta al despacho, pero con más frecuencia almuerzo en el comedor de los juzgados. El ABC se ocupa del *catering*.

—Sí —respondí—. Bacalao y salsa de gambas, a uno con dos el plato.

Sheil volvió a iluminarse.

—Las lenguas de cordero también están a uno con dos. Nosotras pensamos que deberían costar diez céntimos. Aunque a lo mejor las lenguas del tribunal para los juzgados son especiales y diferentes.

—Madre mía, parece que han leído bien la carta que hay en el vestíbulo —respondió *sir* Herbert.

—Sí, claro. Deirdre siempre nos cuenta lo que ha comido usted, solo que, como es normal, ella creía que el menú era solo para abogados y gente a la que no le importaba qué comer. Nunca se nos ocurrió imaginarlo comiendo bacalao hervido.

La sonrisa gélida era muy amable.

—Querida, le aseguro que como cosas de lo más corrientes.

—Madre dice que es así, pero resulta increíblemente difícil de creer.

En ese momento, entró la criada con el té, y Sheil se concentró en ella.

—No se parece mucho a Henderson, aunque no es que eso importe demasiado —reflexionó.

Ming entró con andares de pato, pero para Sheil, ya prevenida de antes, era un perro sin ningún elemento sorpresa. *Sir* Herbert le preguntó si «tenía alguna mascota», y esa expresión formal y familiar, junto con su escandaloso desconocimiento de la existencia de Crellie, provocó en nosotras dos un «conflicto» freudiano, y pensé que probablemente fuese el momento de virar la conversación y alejarla de cualquier elemento desafortunado. Sheil, en su estado, era capaz de ponerse a describir las costumbres de Toddy después de las comidas...

—Sí, Crellie. Un terrier de pelo blanco —respondí.

Ante aquella insensata descripción, Sheil adoptó una expresión de reproche. Le colocó una manita en la rodilla a Toddy.

—¿Ming hace alguna cosa interesante?

—No —respondió *sir* Herbert de inmediato.

—Pensamos que así podría ser, aunque Katrine decía que estaba segura de que se dedicaba a labrar pieles o a martillar cobre. Debe saber que el que nos encanta de verdad es Bottles.

—¿Bottles? ¿Y quién o qué es eso, madre de Dios?

—Pues su Bottles. El fox terrier. ¿Sigue saliendo a pasear con usted por la plaza después de cenar?

Esperé y dejé que lo resolvieran ellos. No se podía hacer nada más. Aquel momento tenía que llegar, antes o después.

Sir Herbert puso la mano encima de la de Sheil.

—¿No estará usted confundiéndome con otra persona, querida?

La mirada de Sheil se endureció y Toddy me miró ansioso. Le envié con urgencia una pista y pareció reconocer un SOS.

—Bottles..., hum... ¡Qué nombre tan bonito para un perro! Creo que me he perdido mucho no teniendo un Bottles. ¿Y qué hace Crellie? ¿Se llamaba así?

—Bueno, nada —respondió Sheil distante.

—Pertenece más bien a la Iglesia alta anglicana —dije yo en tono temerario— y, después de ser papa, solía dar misa en St. Albans, Teddington, aunque nunca se ocupó de confesar.

Sir Herbert adoptó una de sus caras de estrado y luego volvió a estremecerse de la risa.

—Un dominico —sugirió—, perro guardián del Señor. Bueno... Entiendo que confesarse con un terrier sería mejor que el silencio, si a uno le gustan los animales.

—No quisiera ser grosera, pero yo no podría confesarme con Ming —afirmó en tono agudo Sheil.

—¿Por qué no? —preguntó *lady* Toddington, que estaba ocupada encargándose de un vacío temporal con madre—. ¡Es un perro mormón!

—¡Bravo, Mildred! —respondió *sir* Herbert en tono seco, y la cara se le puso rosa.

—¡Es que lo es!

—Y no diga usted «¿Por qué no?» —murmuré, sin atreverme a cruzar la mirada con nadie.

—Bueno, siempre he pensado que no hay nada como un perro para tener compañía —anunció *lady* Toddington.

Ante eso, miré por la ventana precipitadamente y arrastré la mirada de Sheil.

—Un hombre con un sombrero gracioso — anuncié con voz trémula y en alto.

Le di en ese momento un pellizco fuerte a Sheil y las dos escudriñamos la calle vacía y nos echamos a reír. Pero *sir* Herbert se nos unió.

—No veo a nadie así — comentó serio.

—Se ha marchado ya — respondí con firmeza.

—¿Y es que no va usted a venir a hablar conmigo, Sheil? — preguntó *lady* Toddington.

Sheil se acercó de inmediato. Siempre agradezco que, «pese a todas las tentaciones», no sea un animalillo de salón. En cualquier caso, y por mucho que quiera yo a Sheil, por fin me quedaba con Toddy a solas.

Era muy difícil hacerse a la idea de que estaba tan cerca que podría incluso tocarlo. Los demás han sido de lo más inaccesibles, en formas diversas. Por primera vez, había que acordarse de cuidar los modales, y estaba la edad, que jugaba en contra de una.

«Mi muy querida niña»... Tan a menudo lo había dicho y escrito, en sus cartas... A esas alturas, supongo, me había convertido en la señorita Carne.

Entonces lo miré a los ojos y vi que no estaba condenada a eso. Algo se avecinaba.

—¿He herido los sentimientos de su hermana con el tema de los perros? — me dijo.

—Es muy largo de explicar. Es que nos olvidamos de que usted no sabía nada sobre Crellie y Bottles.

—¿Nos?

—Sí. Ella más que yo, claro. Pero yo también estoy metida en el ajo.

Se quitó los quevedos y me miró con mirada ausente.

—¿Es un juego?

—Digamos que sí.

—Suenan a todo un mundo de posibilidades. Un juego... hum... Y yo no he jugado bien. Me gustaría agrandar a su hermana. ¡Es una personita de lo más interesante! Aunque me desconcierta mucho que esté interesada en mí.

—Lo dice por: «Hoy he condenado a trabajos forzados a la madre de un bebé no deseado por arrojarlo por el puente de Blackfriars y ayer envié a un hombre a la horca».

—Exactamente.

—¡No ve que eso a nosotras no nos importa! Es parte de su trabajo...

—Pero ¿cuándo, por así decirlo, mi trabajo no es mi trabajo? ¿Cuándo, digamos, entra Mathewson presidiendo mis almuerzos? Y el perro...

—¡Crellie!

—Me refería a Bottles —respondió bruscamente, y me reí delante de su cara—. ¿Cuándo encaja todo eso?

—En cualquier momento. No siempre se puede saber. Ocurre sin más.

—¿Cómo sabían ustedes que le tengo apego a Mathewson?

—Eso fue creciendo. Pero era plausible, ¿no? Y fue idea mía —añadí orgullosa.

—Ah... —*Sir* Herbert echó la cabeza hacia delante y me estudió con esos ojos suyos cansados, amables, marrones—. Dígame qué más puedo hacer.

En ese momento, le tomé el pelo de manera deliberada y le hice un resumen más o menos adecuado de sus compromisos públicos durante las seis semanas anteriores, junto con los comentarios agudos que había expresado en tono seco, las primeras noches que había estado de guardia y los abogados a los que había desairado, ante lo cual el rostro se le relajó y adquirió un tono serio.

—¿Qué peligro tiene usted, señorita! No era eso exactamente lo que pretendía.

Le devolví la sonrisa.

—Lo sé, claro. Bueno... hay muchas cosas.

(Y algunas, no las puede usted saber, Toddy).

— Por ejemplo, ¿alguna vez he hecho algo vergonzoso?

— ¡Dios, no! Nunca. Ha montado alguna escena, por supuesto, con Dion Saffyn...

— ¿Y quién...?

— Un pierrot. Murió.

— ¿Por qué discutíamos?

— Porque, según usted, no era buena compañía para nosotras.

— ¡Y tenía toda la razón!

— No. No en eso. Usted no estaba en lo cierto con respecto a Saffy. Era un encanto. Y a Sheil no le hemos dicho que ha muerto, así que todavía viene a comer con nosotras.

Al fin, Toddy estaba empezando a mirarme con la expresión que tantas veces había visto en él. Entendimiento..., intimidación..., conocimiento fantástico e infinito. El consecuente alivio me hizo tirar de la bolita de la persiana.

— Entiendo... ¿Y a quién más conozco? ¿Estoy en buenos términos con alguien vivo, por ejemplo?

— ¡Claro! Con *sir* Horatio Sparrow.

— ¡Venga ya! Eso es aún mejor. De hecho, es un gran amigo personal mío.

— ¿Sí? ¡Qué maravilla!

Se paró a pensar.

— Por cierto, ¿mi esposa forma parte de todo esto?

— Sí.

— Hum... Me alegro — dijo Toddy.

En ese momento, miré a la otra punta de la habitación y vi en el rostro de *lady* Toddington una mirada de esposa. Y, de repente, me convertí en la señorita Deirdre Carne.

No recuerdo que hablásemos de nada mientras volvíamos andando a casa. Me preguntaba si Toddy nos llamaría por teléfono como siempre, antes de acostarse, y entonces se me ocurrió que nuestra relación real con los Toddington quizá pusiera fin a todo aquello. A lo mejor terminaba alterando todas las cosas ya conocidas de antiguo. Quizá incluso fuésemos a perder más de lo que habíamos ganado... Dependía más bien de madre y de Sheil. Yo podría seguir, por supuesto... Me sentía irracionalmente descorazonada. Tener que dejar así a Toddy, y que nos despidiesen para salir a la plaza, era tan doloroso y ridículo como una pelea entre enamorados. Y, si *lady* Toddington iba a convertir el suyo en un matrimonio afrentado y a utilizarlo contra nosotras, tendríamos que hacer una revisión radical de toda la historia. Creo recordar que ya había mostrado signos de malestar en el pasado, cuando Katrine y yo lo besábamos y lo llamábamos «querido», aunque en aquellas ocasiones siempre había estado madre para recoger los pedazos y enmendar la brecha en un santiamén. Los Toddington no tienen h., o, si no, figurarían en el *Quién es quién*. ¿Iba a ser Sheil el aliciente principal? ¿Y me iba a importar a mí demasiado si ocurría así? Aunque adoraría hacerlos felices. Probablemente Toddy nunca sepa todo lo que ha hecho por mí. ¡Y Mildred me ha hecho reír muchísimo! ¿Era posible que conocer a los Toddington acabara siendo sin más una cuestión de tener «amigos nuevos»? ¿Sería solo egoísmo jugar con sus

personalidades? De todos modos, hemos acertado tan a menudo con nuestras suposiciones que estaría justificado. En más de una ocasión, hemos visto a Toddy pasar la noche fuera en algún compromiso público y hemos descubierto en el periódico de la mañana que de verdad había estado allí, o haciendo algo sorprendentemente similar. Y está la pura indagación: una vez que entras a formar parte de la vida real de alguien, es probable que termines acercándote a gente que ya tiene información. Como aquella muchacha que conocí en el *Florences'*, una amiga de la escuela de Katrine. En una ocasión, su madre les había dejado en alquiler a los Toddington su casa de la costa, en Birchington, y a *lady* Toddington no le había gustado que el baño no tuviese calentador de agua.

—Me cae bien Mildred —dijo aquella noche madre.

—Eso está bien, ¿no? Porque a mí siempre me ha caído bien —respondí—. ¿De qué habéis hablado?

—Bueno, sobre todo de ti y de Sheil. De todos modos, tú has estado todo el rato con Toddy. ¿Qué cuenta nuestro querido amigo?

—Ay, le he hablado de la saga.

—¡No puede ser!

Madre soltó el cigarrillo.

—Algo.

—¡Dios! ¡Dios!

—Y creo que lo entiende.

De pronto, me sentía plenamente feliz y, como siempre hago cuando me pasa, corrí al piano e improvisé algoailable. (Un año después, lo vendí por más dinero del que había ganado nunca, lo que solo sirve para demostrar lo absurdo y básico que es el mundo).

—Me gusta —respondió madre—. Pero sigue, sigue.

En ese instante, la señorita Martin apareció en la puerta. Madre se apresuró a apagar la colilla, y yo dejé de tocar de inmediato.

—Ay, señora Carne, siento muchísimo molestarla, pero ¿podría subir donde Sheil?

—Las dos nos habíamos puesto en pie—. Me está dando mucho trabajo esta noche, mucho.

Al oír eso, nos sentamos las dos.

—Pase, señorita Martin. ¿Cuál cree usted que es el problema?

La señorita Martin adquirió un tono ligeramente marrón rojizo.

—Eh, bueno, ya sé que la chiquilla no lo dice en serio, pero, es que es una tontería repetirlo, por supuesto, pero es que dice que quiere que el señor Pipson duerma con ella.

—¡Ay, qué imagen tan adorable! —comenté.

No obstante, al captar la mirada sensiblemente acuosa de madre, hice un excelente remedo de eficacia y dejé la habitación con su ambiente de disculpas.

—¿Algo más? —preguntó la señora Carne.

—Bueno, cuando le he preguntado si había disfrutado de la tarde con *lady* Toddington, ha empezado a llorar y se ha puesto... muy... muy...

—Vaya. Esperaba que ocurriese algo así, la verdad —respondió su señora.

Sobre los rasgos bien educados de Agatha Martin revolotearon la incomprensión, una ira incipiente y el resentimiento. Había tenido un día espantoso. Las cartas sin terminar a Violet y Mabel en las que debía conservar la alegría... La carta de Arthur, confirmando su traslado a un curato en el East End... La oferta en secreto de una parte de su salario a Flossie. La anciana de Mabel había muerto, y Mabel estaba sin empleo, y en casa.

Los ojos de Agatha empezaron a aguarse. Por dentro le estaba diciendo a la señora Carne: «Es usted una estúpida, y sus hijas, unas mentirosas. Y todo por su culpa. Está usted minando mi trabajo y fomentando unas ilusiones sin sentido». ¡Ay, qué alivio habría sido expresarlo en alto! Pero la represión y la conveniencia decían lo contrario, aunque se alegró de oír que su voz sonaba fría.

—Ah, ¿sí? En tal caso, ¿no podría haberme dado alguna... no sé... pista?

—Pero bueno, señorita Martin, ¿importa eso algo? Ya sabe usted cómo son los niños. Yo misma me comportaba de un modo parecido.

(Seguro que sí).

—Sí, lo sé. Pero ¿cree usted que puede ser... que es lo mejor alentar tanto fingimiento?

(Sé que no está bien que diga esto, pero no creo tener paciencia para mujeres con rostros como liebres asadas).

—Vamos, no quiera sacarlas tan rápido del país de las hadas. Hay tiempo de sobra para bajar a la tierra de golpe.

(El problema es que no tiene pinta de que bajen a ningún sitio, estúpida. Katrine parece estar mostrando algo de sentido común, pero mire a Deirdre).

—Entiendo lo que quiere decir.

(¡Que no! Y que ojalá fuera usted).

(Es ridículo y peligroso. ¿Cómo puede esperar nadie lograr resultados con una niña criada en este ambiente?).

La señorita Martin salió de la habitación.

No había ningún compromiso para la noche, así que *sir* Herbert Toddington se reunió con su esposa en la sala de estar después de la cena. Había sido una comida bastante silenciosa; quizá, pensó él, por el contraste con las jóvenes voces cuyos tonos aún parecían cernirse en el ambiente. Mildred se mostraba nerviosa con él y eso era algo que *sir* Herbert detestaba, lo desilusionaba, y ella adivinaba que así era, cosa que lo empeoraba todo. Estaba inmersa en una de esas lecturas que él describía para sus adentros como las novelas «¿Debería haberlo hecho?» de Mildred. Resultaba curioso cómo casi todas las mujeres podían adaptarse al aspecto social y aun así mantenerse mentalmente estancadas. Esa niñita... ¡Qué monada! Queriendo que jugara con ella... Y la señorita Deirdre... ¡Eso sí que era buena compañía! El don de la audacia, cuando uno estaba tan harto de la superficial deferencia. No siempre resultaba fácil desprenderse de la «señoría» en casa, y por primera vez se preguntaba si en algún momento habría intimidado a Mildred. En los últimos años, Mildred no había parecido ser capaz de superar los modales que él mostraba, aunque, incitada, en ocasiones lograba dejarlos pasar. Sparrow la entendía, pero eso solo eran rescoldos y él no estaba casado con ella. Exceptuando a Mildred, Herbert sabía que *sir* Horatio Sparrow tenía una opinión muy mala sobre las mujeres, mientras que Herbert sentía hacia el otro sexo una curiosa ternura y admiración que debían ser innatas en él, o sus experiencias al respecto en los tribunales habrían acabado con dichos sentimientos hacía años. Por las mujeres, a menudo había estirado la ley hasta el punto de la ruptura. Y entonces se acordó del bacalao hervido y del Athenelium y se echó a reír.

Mildred dejó caer el libro. Herbert se agachó para recogerlo y el título le llamó la atención: *La vida de Charlotte Brontë*, de Mrs. Gaskell. Con cara de póquer, se lo devolvió. Mildred se había puesto colorada. Herbert anhelaba saber qué le parecía, pero preguntarlo habría sido quedar expuesto a una acusación de condescendencia. Mildred se mostraba susceptible con sus talentos intelectuales. Herbert solía tomarle el pelo, en el pasado. En actitud defensiva, la mujer se le adelantó:

— ¡Al fin y al cabo, no es Edgar Wallace, Herbert!

— Ya veo, querida.

— «La pobre mujer tiene destellos de inteligencia», ¿eh?

— Vamos, vamos...

— ¿Vamos dónde? Me gustaría que no usaras esas expresiones ridículas de los tribunales conmigo.

— Bueno, cariño, no nos enfademos.

— Vale. Simplemente es que piensas que soy una tonta de remate, ¿no?

— En absoluto. Creo que eres una mujer de lo más válida, en tu campo.

— Eso significa que sé lo suficiente como para no terminar sirviendo de pan para los patos. — Tras los quevedos, la mirada de Herbert brilló asombrada—. Venga, anda..., complace a la tonta del bote. De todos modos, Herbert, tendrás que admitir que soy un

pelín más presentable que el típico sofá Chesterfield con el que parecen casarse tus colegas.

—Mildred, cariño, no pelees conmigo, haz el favor.

—... Y ahora diría que me he topado con mi Waterloo en la chica Carne.

—¡Hija mía!

—Bueno, supongo que era irremediable que ocurriese algo así.

Su esposo pensó rápidamente que aquel era un ejemplo del tipo de inteligencia de Mildred: demasiado sensata como para albergar temores dramáticos, pero lo bastante lista como para temer la afinidad mental como la amenaza más profunda.

—Sería bastante singular que empezase a acumular conquistas a mi edad.

—No sé. Eres increíblemente atractivo, Herbert. De joven no tanto, pero ahora tienes una cara perfecta.

Mildred detuvo el «Deirdre Carne te adora» a tiempo. No hay que traicionar a una chica, ni siquiera delante de tu propio esposo.

—Debería haber dicho que soy auténtico caviar para la boca del asno...

—Una no se encierra en la biblioteca tres cuartos de hora con caviar — espetó.

—¿Tanto tiempo hemos estado allí?

—Sí, tanto tiempo. El tiempo vuela, y tal.

—La queja de siempre... Libros, querida.

—Pero de libros no se habla... Herbert, ¿de qué estuvisteis hablando?

—Estuvimos hablando de Emily Brontë...

—Ah, eso lo sé. —De inmediato, vio que se había vendido a sí misma y escondió el libro de Gaskell tras un cojín—. Cuando bajé, andabais con eso.

—¡Por favor, Mildred! Es una primera edición. ¿De dónde la has sacado?

—Lo vi en la mesa, cuando salimos todos —respondió en tono brusco.

—Espero que nos hagamos amigos de las Carne. Me apenaría que le hubieses tomado antipatía a la muchacha.

—¿Antipatía? ¡Le tengo mucho cariño!

Parecía indignada.

—¡Ay, Mildred, cuánto me alegro! Me doy cuenta de cómo te admira y de lo bien que le caes.

—Pensé lo mismo, al principio. —Se pasó la mano por el pelo, como una colegiala—. Herbert, no... no vas a permitir que me quede excluida, ¿verdad? Por favor... Estoy cansada de ser solamente una anfitriona a la que hay que soportar y tener que ser pomposa, sin divertirme nada. Me gusta divertirme, Herbert, y la muchacha Carne es divertida y parecía que yo le caía bien. Creí que por fin habría alguien a quien frecuentar, a quien mimar y con quien hacer bromas tontas que no fuesen ingeniosas y tan inteligentes que resulten incomprensibles, alguien que no me iba a mirar por encima del hombro si abusaba del gerundio. Y la pequeña Sheil... Luego me di cuenta de que en realidad todo iba a derivar en ti y volví a verme varada. Quédate a Deirdre, pero déjame participar a veces de las cosas.

Una lágrima grande le rodó por la nariz.

Toddington, sorprendido y hondamente conmovido, se acercó a Mildred y la rodeó con el brazo.

—Querida Milly-Mill, por supuesto que participas de todo. Lo sé, créeme. La

señorita Deirdre me lo ha contado.

— ¿Cómo?

Se sorbió la nariz, con la cabeza oculta sobre el hombro de él.

— Querida, formamos parte de una saga familiar. Quiero decir que han creado una historia sobre nosotros... — Arrugó la cara en gesto divertido — ... y tú estás en ella, digo que sí estás.

— ¿Y qué hago? — preguntó ansiosa.

— Eso me pregunto yo sobre mí mismo. Todavía no sé cuál es el alcance total de tus actividades (debemos descubrirlo poco a poco), pero entre las mías hay una dependencia singularmente inútil de Mathewson, que elige por mí todo lo que almuerzo, además de escenas de mala educación con un pierrot difunto.

Lady Toddington soltó una carcajada estruendosa.

— ¡Tengo una mejor que esa! Aunque Sheil se molestó en explicar que no creen de verdad, de verdad, que haya ocurrido. Parece que una vez te negaste a participar en el desfile de jueces del inicio del periodo judicial de otoño y cavaste una madriguera y te metiste dentro, con solo la cabeza fuera y una seta en la peluca. Ah, y te llaman Toddy, y a mí, *lady Mildred*.

Se quitó los quevedos.

— Pero, a ver que te entienda, lo de la seta, ¿por qué una seta?

— ¡Para que nadie te viese, tonto! Formabas parte del paisaje, con una seta encima. ¡Ay, Dios! ¡Me lo imaginé de inmediato!

— Ja, ja. ¿Y nadie me descubrió?

— ¡Nunca! — respondió triunfante—. Herbert, ¿las has estado llamando todas las noches, o eso también es parte del juego?

La miró a la cara, que mostraba un gesto algo preocupado, y negó con la cabeza.

— Creo que debería haberlo hecho de verdad. ¿Cuándo empecé a llamarlas?

— No lo sé. Parecía que hacía mucho tiempo.

— Entonces, mejor no preguntamos... Mildred, nos hemos estado perdiendo muy buenos ratos, ¿no crees?

— ¡Madre del amor hermoso! ¡Desde luego!

Herbert empezó a recorrer la habitación de un lado a otro con el famoso modo de andar rígido con el que entraba al tribunal antes de inclinarse delante del jurado como una navaja.

— Te confieso que esta tarde, mientras tomábamos el té, he metido la pata. «La pata»... hum... Un testigo lo dijo el otro día y me pareció la mejor manera de expresarlo... «La pata»...

(¡Venga ya, si todo el mundo lo dice!).

— Bueno, parece que tenemos un perro que se llama Bottles...

— Sí, sí. Eso lo oí.

Mildred se movía impaciente.

— ¿Sí? Pues reaccioné con lentitud ante la situación, y la niña...

— ¡Ay, Herbert, qué bobo eres!

— Lo sé. Lo siento enormemente... ¿Crees aconsejable que compremos un terrier al que podamos llamar...?

— No estaría bien, cariño. No sería lo mismo. No sé explicar por qué, pero no. Todos

tendremos que deshacernos de Bottles. Supongo que no te dijo nada de Ming, ¿no?

— Eh... Diría que no.

— ¡Pobre gordito de Mildred! ¡Un desastre como su ama!

Aunque lo miró con una sonrisa.

— Es curioso lo poco inadecuado que le hacen sentirse a uno.

— Bueno, con el tiempo todo se enmendará, querido, y nos lo pasaremos bien, ¿no?
— respondió tranquilamente.

— Seguro que sí.

— No todo van a ser las Brontë y lo intelectual, ¿eh, Herb?

Había colocado las manos en los hombros del marido.

— Dios nos libre, querida. ¡Yo quiero divertirme! Los dos lo necesitamos. ¡Yo también lo pasaré bien!

— ¡Bárbaro!

— ¡No digas eso, Milly! Eso se usa también para hablar de cosas fieras, crueles, temerarias, incultas, toscas, excesivas, etc. ¡Por favor! ¿Cómo mi deseo de divertirme va a ser fiero o cruel? Temerario, quizá, e incluso excesivo...

Mildred le pellizcó la cara.

— Querido Herbert: ¡Vete a freír espárragos y no vuelvas!

Durante un segundo, el hombre la miró con lo que ella calificaba de «cara de tortuga»: los ojos entornados y el largo labio superior comprimido en un hilo. Luego, se estremeció entre risas.

— Me encanta pellizcarte la mejilla, cuando se te hace una bola, junto a la boca — dijo lady Toddington —. Al volver a su sitio, suena un plonc. Ojalá cuando tenga tu edad a mí también me vuelva a mi sitio con un plonc. Aunque los ploncs no quedan tan bien en las mujeres.

— Vamos, Mill, no digas más tonterías y confiesa.

— ¿El qué? — respondió contenta.

— ¿Qué te parece de verdad la vida de las Brontë?

Durante un segundo dudó, y luego se armó de valor.

— ¡Ay, cariño, qué lío más grande! ¡Me aburre muchísimo! Pretendía instruirme, porque...

— Lo sé. Y eres una mujer muy valiente por admitirlo. ¡Al diablo con las Brontë!

— No te lo vas a creer, pero te tengo muchísimo cariño, Herbert.

— Tenía miedo de que te aburrieses conmigo, Mildred. No sé... A su modo, uno se termina acomodando a lo de siempre...

— ¡Hurra! Vamos a tomar una copa.

— Para mí, cortita. No soy capaz de dar cuenta de lo mismo que vosotras las señoras. Copas en mano, se sentaron uno junto al otro.

— Y, ahora, ¿qué vamos a hacer?

— Llamarlas, como siempre — dijo de inmediato lady Toddington.

— No hablarás en serio...

— ¿Por qué no?

— Sería una intrusión totalmente injustificada, conociéndonos tan poco.

— Bueno, pero ya sabes que aparentemente la amistad no es tan reciente... Querido, perderemos a esas chiquillas si no nos andamos con ojo.

—Hum... Entiendo lo que dices, pero, a ver, Mill, supongamos que actuásemos como sugieres... ¿Qué íbamos a decir?

—Eso no hace falta pensarlo antes, creo.

—Parece que no, debe de ser algo puramente fantástico... Podría, por ejemplo, invitar a la señorita Deirdre y a Sheil a tomar el té en el palacio de Westminster, vestidas de etiqueta. O a jugar a la pelota en el Inner Temple con Hewart, e incluso con Eve y Scrutton.

—¡Ja, ja! ¡Animalillo! No, esa no es exactamente la línea a seguir... Es un juego complicado, ¿no te parece, Herb?

—Desde luego, desde luego.

El pelo de Herbert adquirió un tono plateado bajo la luz mientras el hombre se quedaba pensando.

—¿Qué tal, bruja secreta, oscura y nocturna? —dije, abriéndome paso a tientas en el dormitorio infantil.

—¡Ay, Deir, qué alegría más grande que seas tú!

Me senté junto a ella en la cama.

—Te has estado portando mal con la Martin.

—Solo he dicho que quería que viniese Freddie Pipson y durmiese conmigo. ¿No crees que sería un consuelo?

—Mm... Entiendo lo que quieres decir —admití, con cautela.

Los antiguos rivales de Pipson, un gato de peluche con solo un ojo de cristal y un conejo con los bordes salientes de terciopelo rosa, estaban tirados en el suelo. El gato había sido mío. Me lo había llevado a la cama todas las noches hasta que tuve más de trece años.

—Aunque sería mejor que esas cosas solo nos las dijeras a nosotras —continué a modo de sugerencia.

—¿Por qué? ¿Es una grosería?

—Un poquito. Y la Martin no es muy como nosotras para poder entenderlo, ¿no te parece?

—¡Desde luego! Me ha hablado como si hubiese cometido una ofensa abominable.

(Y tanto que lo ha hecho).

—¿Por qué quieres que venga Freddie?

—Por Toddy. Antes venía y se sentaba en la cama y me abrazaba. Pero ahora ya no lo va a seguir haciendo.

—¡Eh! ¿Por qué no?

—Yo ya no le importo nada. ¡Es diferente! En el té se puso en plan «¿qué tal está usted?».

En la mano me cayó una lágrima cálida. Pensé con rapidez.

—A lo mejor tenía miedo de que Mildred se pusiera celosa.

—No fue eso. Podía haberlo hecho todo de maravilla y no. ¡No es más que un viejo estúpido!

Casi lo gritó.

—¡Sheil! ¿Toddy? Pero ¡si es un encanto! —Aunque, de nuevo, sabía a qué se refería—. Ahora mírame, picarueta arpía viperina y sucia cachorrilla: estás enfadada, nada más. Tú quieres mucho a Toddy...

—Ahora ya no.

—... y estás siendo un poco rastrera con él. ¿Qué pensarías que diría si supiera que le habías dado de lado por culpa de una ridícula merienda? —Parecía estar haciéndole mella con eso, así que seguí trabajándolo—. No tiene *h*. y todas hemos acordado que lo queremos, ¿no podemos ser sus *h*.?

—Pero ¡es que son muy aburridos!

—No tienen por qué. A papá nunca le parecimos aburridas y era un buen tipo de todas, todas. Solía decir que, para ser una jovencita, yo era el mejor hombre que conocía, y una vez, cuando Katrine tenía la varicela, se puso una mopa de O’Cedar en la cabeza e imitó a Martin Harvey mucho, mucho mejor que nadie¹³.

—¿Crees que yo le habría caído bien?

—Cariño, no te hagas la pobrecita huérfana Annie conmigo; no te pega nada. Sabes muy bien que te adoraba. —Me alivió especialmente oír la pequeña carcajada que luchó por salir—. Que no se te olvide: Toddy es un encanto. Y, por cierto, te tiene cariño.

—¿Y a ti te quiere, Deir?

—No lo creo, Sheil.

—Ay, ¿cuándo va a empezar a querernos otra vez? ¿Cuándo?

Yo también me lo pregunto.

Alguien subía corriendo por las escaleras, y madre apareció en el quicio de la puerta y encendió de golpe la luz. Tenía esa mirada en el rostro que la ponía a una tensa, una expresión reprimida que Katrine y yo asociábamos a problemas.

—¡Toddy ha llamado!

—¿Y qué se supone que quiere? —dije relajada.

Me sorprendió su falta de tacto. Le puse la cara que significaba «complicaciones familiares» y, por una vez, no entendió mi pista.

—Está ahora mismo al teléfono.

—Dile que ya es hora de que esté en la cama —respondí, subrayando el tono irritado—. Saffy ha estado aquí arriba diez minutos.

—¿Polly ha salido? —preguntó Sheil con voz débil.

—Sí, a una cena estirada en el Berkeley con unos...

—¡Venid!

Y madre casi tiró de nosotras, agarrándonos de donde pudo.

—¿Qué quieres?

Me notaba irritada por el cansancio. La merienda y Sheil me habían agotado. Madre empezó a poner su cara martinesca, sonriendo cohibida.

—Ha llamado de verdad. Quiere hablar contigo o con Sheil.

—¿Cóoomo?

—Rápido, cariño.

—¡Estás de guasa!

Sacamos a Sheil de la cama y entonces... se plantó. Nos desafió, valiente, arrugada, llorosa. Y asustada. Vi la lucha interna y el desconcierto en sus ojos cuando entraron en juego los modales de madre.

Madre sacudió la cabeza como diciendo: «Ve. Nosotras te seguimos ahora».

—Hola... —balbuceé.

—Vaya, señorita Carne, ¿es usted?

—Soy... la señorita Deirdre Carne.

—¿Me tendrá por alguien demasiado cansino si le pido que le dé un mensaje a Sheil?

—Ah, no, no...

—Bueno, ¡hum! Esta tarde me he olvidado tontamente de mencionar que Mathewson... en resumen, que ha sido tan amable como para ocuparse de elegir mi

comida para el almuerzo de hoy. He tenido, ejem, un caso muy latoso, y el hombre ha considerado que me hacía falta algo mejor que la comida que dan allí.

— ¡Qué detalle por su parte! Pero bueno, es que es un cielo.

— Maravilloso... hum... Sí, es un colega primordial. Así que nada, hizo que trajeran del Hampton Court Palace un banquete excelente, que terminó con uvas del gran viñedo.

— ¡Ah, no, *sir* Herbert! Él nunca ha hecho algo así. Unos bocaditos del Simpsons' o de la Cock Tavern, quizá, pero nada de uvas de los viñedos de Jorge V.

— Vaya... Entiendo.

Rápidamente, miré escaleras arriba y luego acerqué la boca al auricular.

— *Sir* Herbert, no puedo hablar muy alto, ¿me oye?

— Sí, sí, claro.

— Bueno, es que eso no es muy correcto. A ver, Sheil sabe tan bien como yo que Hampton Court está mal. Mire... Cuénteles las cosas que ocurren de verdad. Cualquier cosa. Es la única manera ahora mismo. Si tiene galletas junto a la cama por las noches y si viaja en primera clase, cosas así. En realidad, si se trata de asuntos de este tipo, ¡estaremos todas deseosas de recabar información!

— Entonces, ¿no estoy del todo fuera de juego?

— ¡Diría que no! — Por el rabillo del ojo vi el desfile descendiente. Era todo o nada—. Aquí está Sheil, Toddy — anuncié, y me emocioné hasta el punto incluso de marearme.

La mirada en el rostro de Sheil en parte me recompensó. Le puse el auricular en la mano. (*Di «Hola»*).

— Hola — consintió Sheil con cautela.

— Querida, ¿la he sacado de la cama?

— Pues sí. ¿Cómo lo sabe, *sir* Herbert?

(*Malditos niños*).

— ¿«*Sir* Herbert»? ¿Qué quiere decirme con eso?

Sheil se iluminó ante el tono de ofensa.

— ¿Cómo está, Toddy?

— Acabo de tomarme un *whisky* con soda e iba a meterme en la cama. *Lady* Mildred también se ha tomado uno.

— ¿De verdad?

— Pues sí. Ha estado leyendo y luego nos hemos puesto a charlar.

— Ah, vaya.

— Y luego ha venido Ethel y ha sacado el perro.

— ¿Quién es Ethel?

— Nuestra criada. Gana cincuenta y cinco libras al año.

— Ah, gracias. No me interesa mucho eso. ¿Se refiere a Henderson?

— Sí, claro, Henderson... ¿Cuándo volveré a verla, señorita Sheil?

— Supongo que no va a venir por aquí esta noche, ¿no?

— Estaba a punto de meterme en la cama, de verdad. Pero iré otra noche.

— ¿En serio va a venir?

— Sí, si no corro el riesgo de cruzarme con ese tal Saffyn.

Una risa estridente le hizo cosquillas en el oído a Toddy, que miró por encima del hombro a su esposa.

— ¡Lo odia de verdad, ¿a que sí?!

— No le dedico un solo pensamiento. Simplemente, me niego a reconocerlo como persona de sociedad — respondió con frialdad *sir* Herbert, y de nuevo notó cosquillas en el oído.

— ¡Ay, Toddy, es usted un encanto!... Toddy, ¿de qué color es su pijama?

Con un leve gruñido, la señora Carne se inclinó sobre la barandilla.

— ¿Mi pijama? Es de satén rojo, con dos hileras de botones dorados.

— No. Sabe usted muy bien que así no puede ser. Katrine cree que se los compra en Swan and Edgar...

— ¿Katrine? ¿Quién es esa señora?

— ¡Ja, ja, ja! ¿Quiere que los presente de nuevo, Toddy?

— Si no le importa...

— La señorita Katrine Carne, mi hermana. *Sir* Herbert Toddington. Y no fue Katrine quien dijo eso de sus pijamas. Fue... fue otra persona. ¿Puedo saber de qué colores son?

— Pues claro, querida: creo que algunos son color lavanda, y otros, verdes.

— ¡De seda en verano, y de seda y lana en invierno!

— ¿Puedo preguntarle cuál es su atuendo de noche?

— Ah, el pijama de dos piezas y la bata azul; ya está.

— Seguro que está encantadora con eso.

— No, no. Ni una pizca. Nuestras cosas no son interesantes, ya sabe usted. Pero su pijama lavanda es magnífico... ¿Podría contarme qué estaba leyendo *lady* Mildred?

— *La vida de Charlotte Brontë*, querida.

— ¿Cree usted que tendremos ese libro aquí?

— Seguro que sí. Pregúntele a la señorita Deirdre.

— Lo leeré de inmediato, si madre me lo permite. ¿Sigue viva?

— No.

— Pensé que a lo mejor era como Thomas Hardy, de esos escritores que suenan a estar muertos antes de estarlo.

— Querida señorita Sheil, vamos a tener que vernos muy pronto de nuevo, ¡eso se lo aseguro!

— ¡Sí, muy pronto!

— Y dele un afectuoso recuerdo a la señorita Deirdre.

— Se lo daré.

— Ahora debo colgar.

— ¿Está usted bostezando? Le he visto hacerlo; ha de saberlo.

— Me declaro culpable.

— Entonces, no quiero robarle ni un segundo más, o *lady* Mildred caerá sobre mí como una losa. Buenas noches, Austen Charles.

— ¿Cómo? ¿Así me llamo?

— Oh, no, si prefiere que no. Es solo el nombre que yo le he puesto.

— Hum... Creo que puede gustarme. Es un buen nombre. Debo tener buenos contactos. Bueno, quede con Dios, querida.

— Y usted también.

En la sala de estar, los Toddington se miraron.

— Herbert, pareces cansado de verdad.

—Querida, preferiría una recapitulación de una hora a pasar otra vez por esto. De todos modos, creo que me he defendido con bastante soltura.

—Todo pende de un hilo, aquí y allá, ¿eh?

—Sí.

— ¡Qué joya de señor! — dije cuando Sheil colgó el auricular con reverencia.

Entonces vi la cara de madre y supe que quedaban cosas por despejar antes de poder irme a la cama... ¡Y qué cansada estaba!

Madre trataba de tomárselo a risa, que es su modo de proceder cuando se siente insegura.

— Sheil, preciosa, ¿qué te ha dicho cuando le has preguntado por los pijamas?

Durante un segundo, el deslumbramiento en los ojos de Sheil se oscureció.

— Se ha puesto tonto conmigo. Me ha dicho que el que llevaba era de satén rojo con botones dorados. Odio ese tipo de bromas. No tienen nada que ver con Toddy. Y, por supuesto, los pijamas son como tú decías, mamá-pa. De seda y lana en invierno.

Dejamos a madre en la puerta de su habitación, aún riéndose. Yo me detuve a ejecutar un baile español en el descansillo, chasqueando los dedos, y Sheil siguió caminando, cantando *Je connais une belle mondaine*. Desde su dormitorio, Katrine nos oyó y se unió muy animada en el «Ah, comme elle est chic!».

Y entonces, en mitad de todo eso, la señorita Martin de repente estaba allí con nosotras. Llevaba la bata, de color pardo, abrochada hasta el último botón. Probablemente tuviese mal la circulación. Tenía la cara muy demacrada.

— ¡Deirdre! ¿Qué hace dejando que la niña corree de ese modo? ¿Sabe que son más de las diez?

Sheil se iluminó.

— Es la hora a la que siempre nos llama, señorita Martin — dijo, y lanzó la pierna al aire.

— No haga eso. ¿A qué se refiere?

— ¡Austen Charles! ¡Nos ha llamado! ¡Y ahora ya no necesito a Freddie Pipson!

— ¡Cállese ya! ¡Déjelo de una vez!

La señorita Martin hablaba a gritos.

Sheil se quedó rígida, y de su rostro desapareció todo, salvo la obediencia. Aquellos eran una voz y unos modos que no conocíamos.

— ¿Por qué tiene que contar esas historias, señorita Sheil?

— Es cierto, señorita Martin — respondí.

— No estoy hablando con usted, Deirdre. Vuelva a la cama a la voz de ya, Sheil.

Sheil se puso roja como un tomate.

— Es que ha llamado de verdad, y tiene pijamas de color lavanda y verde, y se había tomado una copa, y *lady* Mildred y él se van a la cama.

— Y a mí me ha contado que el señor Mathewson intentó llevarle uvas del viñedo de Hampton Court para almorzar — añadí hábilmente.

Pretendía resultar exasperante.

Ocurrió lo más increíble de todo. La señorita Martin soltó la mano. Llegué justo a

tiempo de agarrarle la muñeca de forma automática. La cosa se solventó por los pelos, porque nunca en nuestra vida nos había pasado nada así.

—¡Parece que se nos ha hecho tarde! —tartamudeé, y fingí mirarle el reloj a la señorita Martin mientras le sostenía la muñeca—. Sheil, Toddy ya está en la cama y, si no te retiras tú también, va a pensar que eres la jovencita más bulliciosa del mundo.

No creo que se diese cuenta de la situación. Le vi en la cara que la charla telefónica había obrado su influencia de nuevo.

La señorita Martin y yo nos quedamos solas en el descansillo. Tenía la mirada desconcertada. Parecía asustada, y a punto estuve de perder los nervios cuando empecé a lloriquear, con una sola nota, como un animal.

No encontraba nada que decirle. No se puede acusar a una mujer mucho mayor que una de la clase de cosa que había intentado hacer.

—Usted se lo ha buscado —masculló.

—Señorita Martin, debe de estar usted loca.

Los ojos pálidos adquirieron un matiz aterrorizado.

—¡No diga eso! Si lo estuviese... es usted, todas son... A veces creo que son extrañas.

—Ah, ¿sí? ¿Y tiene que pegarme a cuenta de eso?

—Ya me he disculpado. No estoy bien.

—No, desde luego, no parece estar bien. Señorita Martin, no me tengo en pie mucho más tiempo, pero *sir* Herbert sí ha llamado. ¿No se ha dado cuenta de que no le estábamos mintiendo?

—No, nunca logro distinguirlo. Es desesperante hablar con ustedes. No lo entienden. Buenas noches.

A madre no había que contarle nada, porque, si se lo contábamos, se iba a llevar un buen disgusto. No debe saberlo nunca. A Katrine tampoco se lo debo contar porque mañana es ¹ de noviembre y empieza su gira, y tiene que estar bien para eso.

Solo quedan padre y Toddy. A lo mejor mañana vemos a padre, porque es el Día de Todos los Santos, pero no debe sufrir emociones ni angustias. No hay que hacerle eso a los muertos. Son todo calma, sabiduría y afabilidad.

Estaba temblando, pero me sorprendía no sentirme más disgustada. Es gracias a Toddy, claro. Ahora es el Toddy que conocemos y el Toddy que vamos a conocer. Ya ha empezado a compartir conmigo el hecho de ser el hombre de la familia.

En el aula, Agatha Martin estaba sentada en una silla, encorvada. El día al fin había terminado. Incluso tenía la casa entera para ella, después de que Sheil y las criadas estuviesen ya en cama. El resto se había marchado a la estación. Y ni siquiera podía saborear la cordura del silencio del ambiente, por culpa de la noche anterior. No creía que Deirdre le hubiese contado nada a la señora Carne. Aunque eso era lo de menos. Cuando hacías ese tipo de cosas una vez, podías repetir las...

Qué locura. ¿Respondería eso a su pérdida de autoridad sobre la niña? Las familias eran una cosa horrible: entre sí mostraban una cara, y otra distinta a los desconocidos que tenían bajo su techo. Si se marchaba, ¿incluirían lo de la noche anterior en la carta de recomendación? De nuevo con otros niños, con el recuerdo del fracaso pendiente de colocar en el nuevo dormitorio junto a sus pertenencias. Nunca iba a perdonárselo a esa niña. Katrine se había marchado, pero aún quedaban tres —las peores—. El desayuno, en el que debía participar, había sido tolerable debido al inusual silencio en el entorno. No iba a haber lecciones, porque Katrine se iba. Al parecer, habían pasado el día entero en la habitación de Katrine, lo que le dio a una tiempo libre para recordar la noche anterior. Habría sido la niña, si Deirdre no se hubiese interpuesto en el camino. Entonces..., ¿es que odiaba a los niños? Ellos eran lo que le daba de comer.

Sonó un estruendo sordo. La señorita Martin abrió la puerta de Sheil. Algo dentro de ella acogió felizmente aquella oportunidad...

La luz estaba encendida.

— ¡Sheil! ¿Sabe usted qué hora es?

— Madre me ha dicho que podía leer un poco en la cama esta noche, por lo de Katrine, y por no dejarme ver cómo se marchaban ella y Freddie Pipson.

— ¿Le dio permiso para estar leyendo hasta las doce menos veinte?

— ¡Por mil serpientes! Estaba leyendo sobre Charlotte Brontë, señorita Martin. Supongo que usted lo sabrá todo sobre ella. Tenían un perro que se llamaba Keeper, y Emily (la malhumorada) se portó como una bestia con él una vez, y me he hartado de todas ellas. ¿No es Keeper un nombre muy tonto para un perro? Es tan malo como Tray o Fido. Crellie también sería tonto, si no fuera porque es abreviatura de Creilah, la palabra gaélica para «avispa».

— ¡Que se vaya usted a dormir!

Agatha notó que se le quebraba la voz. Sheil la miró, asombrada.

— Señorita Martin, ¿cuándo van a volver madre y Deirdre?

La voz sonaba apremiante.

— ¡A mí no me pregunte! Capaces son de decidir irse a Bradford con ese tal señor Pipson.

Sheil se tumbó. Estaba empezando a intranquilizarse, así que se puso a cantar para conservar la valentía.

— ¡Soy el capitán de los Fieles Guardacocinas!

La señorita Martin oyó eso también y volvió a entrar.

—Sheil, sé cuánto me detesta usted. Supongo que toda esta desobediencia se debe a eso. Cállese de una vez.

¿Estaba llorando la señorita Martin? Nunca había visto a una persona adulta hacer tal cosa, y, una vez que superó la parte del miedo, le apenó haberla hecho sentirse mal.

—Ay, señorita Martin, está usted muy cansada, y yo la he mantenido despierta. ¡Lo siento mucho, mucho! ¿No cree usted que, a lo mejor, si se vuelve a la cama y piensa en alguien a quien aprecie mucho, esa persona estará ahí con usted de algún modo? Eso siempre hace que me quede dormida. ¿Tiene a alguien especial?

—No sea impertinente.

—De verdad, no pretendía serlo. Solo le estoy diciendo las cosas que nos ayudan a nosotras.

Agatha Martin se convirtió singularmente en algo parecido a un ser humano.

—Estoy harta de sus historias. No tienen ningún sentido. Debe usted aprender a ver las cosas tal y como son, querida niña. Todos esos inventos sobre *sir* Herbert Toddington la están convirtiendo en una estúpida de los pies a la cabeza.

Sheil parecía desconcertada.

—Pero... ¿quiere decir usted que no llamó anoche? Pero... si yo misma lo oí.

La señorita Martin se mostraba tan segura que la hacía a una casi dudar...

—Con respecto a eso, quizá fuese verdad, pero quiero que se acabe definitivamente el tema de Saffyn. Es desagradable. —Agatha estaba empezando a disfrutar. Tenía la libertad a la vista—. Dígase a sí misma que nunca lo ha conocido y que está muerto.

Sheil se echó a reír.

—¡Ay, pobre Saffy! ¡Usted lo odia tanto como Toddy! Es una persona viva, de verdad, que lo sepa. Quiero decir que no es como Caralata. Tiene un despacho en Leicester Square. Deirdre lo ha visto.

La señorita Martin aprovechó la oportunidad.

—Puede ser, pero de todas maneras la realidad es que murió en verano de un ataque al corazón, después de una gripe. Vi la noticia con mis propios ojos. Y ahora, váyase a dormir, por favor.

Sea como fuere, Sheil la había seguido hasta la puerta y en ese instante lo había visto todo. Se suponía que delante de las visitas una no debía mostrar nada, y menos ante las amistades de la señorita Martin. La habitación estaba demasiado a oscuras. Si encendía la luz, la señorita Martin se daría cuenta y volvería. Sheil se encogió. La habían mirado y le habían hablado de un modo nunca antes experimentado, de un modo que la heló por dentro. Madre y Deiry no estaban ni siquiera a la vista. La calle seguía vacía, salvo por un carruaje con un caballo en los postes que se había detenido ante la puerta principal y del que bajaba otra señora. La señorita Martin estaba hablando con la primera, aunque al poco entraron en su dormitorio y cerraron la puerta.

¡Crellie! A lo mejor subía antes de que madre lo llevase a la cama, en la biblioteca. En la antesala, oyó el gruñido del perro.

—¡Crellie, Crellie! ¡Ay, Crellie!

Hubo cierto ajetreo abajo.

—Tienes que aprender a no morder.

Y un gañido.

Alguien le había pegado a Crellie, y con fuerza. Las uñas de las patas del animal hicieron ruido en las escaleras. Crellie se unió a Sheil en el descansillo, con el pelo erizado, enseñando todos los dientes que tenía en el hocico.

¡Qué cosas tan horribles hacen las compañías teatrales! Y Katrine estaba empezando a formar parte de una, así que permanecemos muy cerca de ella en el andén y tratamos, de ese modo, de posponer su pérdida. Imitamos a Pipson en defensa propia.

— Oh, vaya, querida, hoy estamos aquí, y mañana cualquiera sabe, como quien dice.

— Bueno, adiós, gallinitas, ahora me largo de casa y a probar suerte.

Entonces, madre, con una frase que habíamos salvado de Corney Grain y que nos guardábamos para las partidas, dijo¹⁴:

— Adiós, adiós, cariño. «Dile a madre que no voy a querer la falda».

Estábamos animadas y de lo más entretenidas. La punzada de desolación llega antes y después, nunca en el mismo momento. Vi a la arpía de la compañía tres vagones más allá; bajo las luces del arco, parecía un objeto hallado en el Támesis, porque el maquillaje se le había vuelto azul. Solo uno de los comediantes tenía ánimos para bromear a esas horas. El pobre renacuajo contaba con un número propio, en el que medio cantaba.

— ¡Cuando me muera quiero enterarme!

Entonces, apareció Pipson, y el mundo ganó en sensatez. Se detuvo, con la cabeza descubierta, a hablar con nosotras.

— Qué horas estas, ¿eh, señorita Carne? ¿Por qué hará uno estas cosas? — Y, luego, se dirigió a madre—: La llevaré hasta su alojamiento, señora Carne; no tiene que ocuparse ni de lo más mínimo... ¡Ya sabe lo que quiero decir!

Madre lo sabía, y se miraron, y todo se volvió de repente una divertida excursión.

No sé si fueron imaginaciones mías, pero tuve la impresión de que Pipson miraba a Katrine de un modo extraño. Es complicado decirlo, con un carácter como el suyo, que es una joya y que protegería a la mujer menos atractiva de la tierra si pensara que esta lo necesitaba.

— ¡Hola, muchacho!

— ¿Cómo está el único e inigualable Ojitos?

— Buenas noches, señor Pipson.

— ¡Cuando me muera quiero enterarme!

Madre había sonreído ya todo lo que podía. Empezaba a mostrar ciertos signos de inquietud.

— ¿No crees que deberíamos...?

La miré y vi que no era el anticlímax de la partida o el tema de la mala suerte lo que había sobre la mesa. Quería irse a casa.

— Sí, claro — dije—. Vamos.

Le estreché la mano a Pipson.

— Bueno, les deseo muchísimo éxito y que ambos vuelvan pronto.

— Los dos debemos intentar dar la campanada, señora Carne, como dice el dicho. Vea

esto solamente como un principio. —Y a mí me dijo—: Que Dios la bendiga. No trabaje demasiado.

—Adiós, cariño. Escribe pronto.

—Sí, sí.

Pero madre se alejó rápidamente, a pesar de que quedaban varios minutos aún.

—¿Por qué esas prisas, cielo?

—Nada, pensé que era mejor que nos marcháramos.

Conocía ese tono. Significaba que madre tenía sus motivos.

Cuando doblamos la esquina para entrar en nuestra calle y vimos un carruaje, madre dejó las prisas.

— Ya no tiene sentido darse prisa. Han llegado.

— ¿Quiénes?

Me cogió por la muñeca, pero con suavidad.

— No pasa nada. No apartes la mirada de la puerta. Quizá no vuelvan a dejarse ver por aquí. Rápido. ¡Mira!

Había una silueta en los escalones.

— Emily, te has portado mal.

— El perro está muy consentido y a veces tiene carácter de malcriado.

— La familia no ha vuelto. Vamos, cielito huesudo.

La luz de la farola nos mostró, durante unos cinco segundos, a una mujer menuda que llevaba la falda de largo nuevo, y a una silueta más alta, mal vestida, con mangas mal hechas que se abultaban en los hombros. Ocuparon sus sitios, la primera después de echar una mirada miope.

— Bueno... — dijo madre, y suspiró.

Estaba blanca, pero tensa de la emoción.

Por supuesto, cuando entramos en la antesala, cualquiera habría podido percibir que allí había habido extraños. La casa sencillamente zumbaba de personalidades desconocidas. Abrí la puerta de la biblioteca, pero padre no estaba. Madre ya había subido la mitad de las escaleras.

En el descansillo, Crellie avanzaba para reunirse con nosotras, sonriendo y bailando, como hacen los terriers. Le di unos calurosos golpecitos en el lomo para felicitarlo en nuestro regreso y me percaté de que se estremecía.

Nosotras éramos las únicas que hacíamos ruido. Al otro lado de las puertas cerradas de Sheil y la señorita Martin no se oía nada.

— Gracias a Dios — dijo madre.

La seguí a su dormitorio y las dos nos tomamos un *whisky* con soda.

— Fue Yorkshire, claro — añadió.

Lo entendí. Eso explicaba gran parte del comportamiento de madre.

— Bueno, ¿cuál es tu teoría?

— Posiblemente, convencerse de que Sheil ya se encontraba mejor...

Negué con la cabeza.

— Eso para mí no cubre todos los vacíos.

— ¿Y entonces?

— Cariño, creo que han venido a por la señorita Martin.

Estuvimos hablando, imagino, alrededor de media hora, y luego me marché. En mi

cama estaba Sheil y con solo mirarla me sentí mal.

— Pero, ¡bueno, cachito perdido!

Había estado llorando hasta reventar y tenía marcas alrededor de los ojos.

— ¡Sheil, pajarito!

— ¿Madre está en casa?

— Sí. ¿Quieres verla?

— No... No quiero preocuparla, así que me he prometido que no intentaría verla.

— Dices bien, Sheil. ¿Qué es lo que ocurre?

— Deiry, la señorita Martin dice que Saffy ha muerto.

Me encendí de rabia y eso me impidió pensar rápido. Me oí a mí misma decir:

— Ay, cariño, ha muerto, en cierto modo. Cogió un resfriado malo, el pobre Saffy, y espero que le ocurriese cuando salía del muelle con Pauline y Ennis. — Para mi inconmensurable alivio, se lo tomó con tranquilidad—. Pero, después de todo, eso en realidad no importa. Sigue estando con nosotras como cuando estaba vivo, Sheil. Nunca lo vimos en Londres, ¿verdad? Y creaciones como Saffy no se desvanecen, ¿no? Él mismo dice: «El cielo es terriblemente lento, y los malditos ángeles no paran de tocar piezas antiguas con las arpas, y odiaban que me pusiera a entonar *Melodious Memories* y *Singing in the Bathtub* con el banjo».

Hundió la cabeza rojiza en mi hombro.

— ¿Y dices que seguirá viniendo y hablando con nosotras de todo?

— Claro que sí, bendita. ¡Ah! ¡Y anda que no habrá encontronazos entre Toddy y él! ¡Duelos, por lo menos, bizcochito! Y tendremos que meternos para separarlos, con el tafetán y los tacones rojos, y decirles: «No, señores, protesto y no merezco esta reyerta descortés. ¡Vamos, enfunden sus espadas!» y cosas así.

— Deiry, esas señoras...

¿Así que las había visto? Arriesgándome por el modo en el que se había tomado la debacle de Dion Saffyn, le respondí:

— Ah, sí. Eran como Saffy, ya me entiendes.

Entonces, ocurrió algo horrible. Sheil se hizo pequeñita del miedo, pareció encoger ante mis ojos. Supongo que los niños son todos impredecibles.

— ¿Quieres decir que... que están muertas también?

— Nunca se morirán, cielo. Entiende que han hecho algo que va a durar para siempre, para todo el mundo, no solo para nosotras, como Saffy...

— Deiry, ¿está todo el mundo muerto?

Era un lamento.

— Ni yo, ni madre, ni Katrine, ni Toddy, ni *lady* Mildred, ni Freddie Pipson, ni Crellie, quienes más te quieren. — Se me ocurrió una idea—. ¿Qué te ha hecho pensar que esas señoras estaban muertas?

— Una le pegó a Crellie, y la otra, la de los anteojos, la llamó «Emily»... ¿Van a volver más? Todo daba una sensación horrible y de mal humor, y en la casa estaba todo mal, y entonces llegaron ellas.

— ¿Cómo que todo mal?

— La señorita Martin.

Volví a encenderme. Me armé de valor para tener unas palabras con la señorita Martin por la mañana.

—¿Qué pasó entonces?

—La de los anteojos entró en el dormitorio de la señorita Martin y estuvieron hablando.

(Desde luego, la señorita Martin no se merecía eso, maldita sea).

—Entiendo.

—Y no las oí venir. Estaban justo ahí. Deiry, creo que Emily fue la que le pegó a Keeper.

—Probablemente se lo mereciese. Mira, bichito, ¿te complacería dormir aquí esta noche? Me darás mucho más calor que la bolsa de agua caliente, ¡y, si te enfrías, volveré a echarte en el hervidor de agua!

Cuando llevábamos el desayuno a la mitad, empecé a darme cuenta de lo tranquilas que estábamos y entonces me sobrevino el motivo de forma repentina: la señorita Martin no se encontraba a la mesa. En mi fuero interno, seguía rabiando, pero ¡qué terrible debía de ser que nadie te quisiera! Madre y yo estábamos exhaustas, a juzgar por nuestros rostros, y Sheil no tenía nada con lo que contribuir. El vacío que había dejado Katrine dolía.

—La señorita Martin llega increíblemente tarde — dije.

Entonces, madre empezó a darse cuenta también.

—Ve a llamarla, Sheil. — Pero, al ver la mirada de Sheil, se dirigió a mí—: Bueno, ve tú, cariño, ¿quieres? Que ya has terminado.

Llamé a la puerta, esperé y abrí. La habitación estaba vacía. Me quedé quieta y lo asimilé todo. La cama estaba hecha, aunque parecía que alguien se había tumbado encima, porque el centro estaba aplanado. Todas las fotografías habían desaparecido; el baúl, con las iniciales A. E. M., tenía las correas cerradas. Incluso en ese momento me detuve a pensar a qué correspondería esa «E.». Eleanor, seguramente. Es desde luego la clase de nombre anguloso que tendría la señorita Martin como segundo. ¡Y ahora ya no hacía falta montar ninguna escena! Me sentí agradada, sin más. Lo siguiente era pensar en cómo decírselo a madre, a solas, aunque ya estaba fuera, en el descansillo.

—Se ha esfumado —murmuré, y abrí de nuevo la puerta de la señorita Martin—, y debo contarte algunas cosas.

—¿Y Sheil?

Bajé y le expliqué que la señorita Martin se había marchado. Yo misma la llevé al aula. La cara de Sheil estaba impasible. Claro, encontraría algo que hacer, gracias, Deiry. A continuación, me reuní de nuevo con madre en la habitación de la señorita Martin y le conté todo.

—Pero ¿adónde se ha ido? —Madre echó un vistazo a la habitación—. ¿A Cheltenham?

—¿Le mandamos un telegrama a su familia?

—No. Seguro que recibiremos noticias más o menos pronto. Ahí está el baúl.

—¿Sientes que se haya marchado?

Madre dudó.

—Bueno, en cierto modo, sí, supongo. Siempre está el problema de enseñar a una nueva.

Me eché a reír.

—¡Pobre Martin! Y eso es lo mejor que puede hacer una por ella... — dije.

—Supongo que fue por puro miedo, y sin duda se puede entender su punto de vista... Para ella era bastante terrible — meditó madre.

—¡Y qué propio de la Martin hacer las maletas lo primero! «Con dientes trémulos, se enfundó las botas con el *Daily Mail*» — me mofé.

Sin embargo, a ninguna de las dos nos hizo gracia. Nunca había ocurrido algo así antes, salvo a veces en el caso de cocineras y criadas del hogar que, clase de personas que considera cosa cotidiana el hecho de pasar la noche fuera, o incluso el que la policía las reprenda; no obstante, al tratarse de la señorita Martin, parecía casi increíble. Y, entonces, empezaron a brotar sin parar aspectos desagradables. Quizá fuese una de esas personas cuyo cerebro se veía afectado por la más mínima experiencia psíquica. El materialista suele ser el primero en agarrarse bien cuando llegan curvas.

— ... Y a saber cuándo se habrá ido.

Me encogí de hombros.

— Pregúntame otra cosa.

— Mira, cariño, vamos a tener que ocuparnos de Sheil nosotras mismas hasta que pase todo esto.

— Sí, claro. ¿Qué le vamos a decir, entretanto?

— Hasta que tengamos noticias, creo que la señorita Martin va a estar en casa de unos amigos...

— ¡Ah, no! Estás mezclando totalmente las cosas. Eso es para los divorcios.

— Bueno, pues que está echando el día con una amiga que ha pasado por Londres.

Y así tuvo una que seguir adelante, haciendo bromas de segunda clase para que madre la pudiese proteger, y viendo cómo madre se mostraba prosaica y algo dura para no perturbarla a una.

Había un escritorio en el salón común de la Colonia de St. Agnes. Agatha Martin, tras asomarse con cautela por la puerta, se sentó ante él, cogió una hoja de papel timbrado y se paró a pensar.

Canning Town era un sitio extraordinariamente ruidoso, ¿o sería que se lo parecía por contraste con la casa de las Carne? Madre de Dios... Iba a ser extraño escribir esa carta, mucho, y de algún modo le resultaba muy complicado ordenar sus ideas. Arthur la había recibido al llegar, sin previo aviso, esa misma mañana sobre las diez. Agatha veía su reciente hazaña con auténtico asombro. ¿Cómo había reunido el coraje para hacerlo? El miedo a que el servicio la oyese marchar, o a encontrarse con alguien en las escaleras... Terrorífico. Pero Arthur le había dado una bienvenida cálida, le había hecho un lugar en su vida. («¡No puede ser! ¡Agatha! ¡Querida mía, pasa, pasa! ¡Menuda suerte la mía; más de la que podría esperar!»). Y, cogiéndole las manos, Arthur se había inclinado hacia ella, hasta que Agatha casi había pensado que...

Luego, la charla en el estudio de Arthur. «Estarás mucho más feliz aquí, seguro. ¿Trabajo? Te garantizo que te hartarás de trabajar, alma mía».

Y había sido él quien le había mandado el telegrama a padre, él quien había dispuesto que un mensajero enviase la carta a la señora Carne y trajese el baúl con la furgoneta de la colonia que recogía trastos para montar mercadillos benéficos y ropa para los pobres de Arthur. Se había ocupado de abordar la cuestión dineraria, casi eliminando por completo cualquier situación embarazosa. «No nos podemos permitir pagar a nuestros trabajadores, por lo general. Les damos pensión completa, un sitio para quedarse y para lavarse. Pero tú te ocuparás de ser mi secretaria, e irás normalmente detrás de mí, lavando botellas, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! Podría ofrecerte diez chelines por semana, aparte de eso. Te lo mereces de sobra, en mi opinión. Ahora ve a escribir esa carta y luego te presentaré a tus compañeros. Algunas son unas mujeres bárbaras». Y a continuación, con la mano en el brazo de ella, añadió: «La vida no es fácil; eso ya lo sabes. Es pisar siempre la misma tierra lo que a veces puede con uno».

¡Como si no supiera ella que Sheil...!, aunque había mandado lo ocurrido la noche antes al fondo de su cabeza, el recuerdo no dejaba de deslizarse hacia el frente.

Agatha equilibró la pluma sobre el papel. ¿Debía concluir dándole una pista a la señora Carne de que la criada se había mostrado increíblemente negligente con respecto a la tal señorita Bell? La mujer había estado esperando en la biblioteca, así que debía de haber llamado mientras las Carne estaban en la estación. Y Muriel no la había informado. Agatha se lo había explicado todo en su dormitorio. ¡Ay, aquella librería helada, sin chimenea!

Qué mujer tan curiosa, la señorita Bell. Muy categórica su respuesta a la disculpa de Agatha: «Señorita Martin, por mi experiencia, la institutriz es poco más que una criada superior». Evidentemente era amiga de Deirdre. Había admitido que escribía, un poco.

Al fin, Agatha había tenido que preguntarle el nombre y a la mujer no le había gustado. Los periodistas deben de ser susceptibles. Y la respuesta fue: «Pero si me esperaban. Su señora me informó de que podía visitar a la familia». Sería la marcha de Katrine lo que había hecho que se les olvidase todo. De todas maneras, en general, era una mujer agradable. Bastante comprensiva, cuando se alargó la conversación. Se había interesado por las fotografías de Arthur y de padre. Señalando a Arthur, dijo:

— ¿Recibe a menudo cartas de él?

— Bueno, a veces.

— Pero no tan a menudo como a usted le gustaría. ¿La hora del correo también la atormenta?

Qué presuntuosa. Agatha había respondido muy cortante:

— Nada de eso.

A continuación, le había ofrecido a la señorita Bell un cacao, que esta rechazó educadamente. Hablaron sobre la enseñanza, y la señorita Bell aseguró, en tono bastante violento:

— ¡Es un trabajo detestable!

Seguidamente, miró el reloj de cerca y dijo que ya no podía seguir esperando, le rogó a la señorita Martin que no se aventurase a la fría antesala y se marchó.

Agatha cerró los ojos. Entonces, en el silencio, le llegaron aquellos llantos de Sheil que parecían no parar nunca, y las voces de la señora Carne y de Deirdre en la antesala. A la mañana siguiente habría que hacer frente a todo aquello y a una desavenencia segura — toda nimiedad convertida en tragedia por Deirdre y quizá también por la madre de la niña—. Estaba cansada de todo aquello hasta lo más hondo de su ser. Sheil había dejado de llorar, aunque quizá aun así apareciese y la hiciera sentir como una desgraciada a base de acusaciones fantásticas. Ya estaban subiendo las escaleras. Agatha de inmediato apagó la luz. En esos momentos, casi no sabía cuándo había tomado la decisión.

¿Consideraría Arthur que había sido poco amable? Sería terrible resultar poco amable. Aparentemente había hecho algo de daño, pero ¿y qué? Una niña como Sheil y una familia como aquella no eran una prueba justa para medir sus capacidades.

Estimada señora Carne:

Desde hace algún tiempo, siento que no hago con Sheil los progresos que esperaba. En cierto modo, es una persona poco usual y nada fácil de manejar, me parece a mí.

He de decirle que he aceptado un puesto de secretaria y trabajadora social en la dirección arriba indicada, trabajo que se me ofreció de manera muy repentina. Confío en que haga la vista gorda ante mi abandono y le ruego que se quede con cualquier salario que se me adeude a modo de leve compensación por los inconvenientes que, sintiéndolo muchísimo, haya podido causarle.

¿Sería tan amable de permitir que el mensajero recoja mi baúl? (El nombre de la colonia está en la furgoneta).

Una tal señorita Bell se presentó de visita anoche...

Iba a ser feliz allí. Iba a ser un trabajo duro con fines concretos, junto a Arthur: decorar entre todos los muros al temple para la Navidad; hacer guirnaldas con matas

compradas a los vendedores ambulantes; comparar las notas recibidas en torno a la estufa...

Cuando llegó la carta de la señorita Martin a última hora de la tarde, madre se sintió tan aliviada que dijo:

— ¡A la hoguera con esa mujer!

A continuación, le extendió un cheque por el tiempo que había estado con nosotras, incluso la fracción de días. La carta que acompañaba el cheque iba en la línea de: «Pues claro, si usted consideraba que debía irse...», con muchos «esperaba» y «creía» y «sentía»... Se despedía saludando muy afectuosa a la señorita Martin.

— Y ahora, ¿intentamos que vuelva la señorita Chisholm? Era tonta, pero no tonta de remate.

— ¿No darías cualquier cosa por saber si la Martin habló con Emily?

Madre sonrió agradecida, pero su determinación era firme.

— No removamos más eso.

— ¿No podría alguien escribirle por alguna otra cosa y preguntarle, de pasada?

— No, por favor, cariño. Ya vamos a tener suficiente con Sheil.

— También te has dado cuenta, ¿no?

— ¡Zoqueta! — Madre soltó la carta de Martin —. Lo que se me escapa es por qué Sheil les tiene tanto miedo. Al fin y al cabo, sabe lo de papá...

— No es lo mismo exactamente. — Me costaba expresar cómo me sentía —. Además, ya sabes que pasó justo después de lo de Saffy... y de lo que le dijera la señorita Martin. Esta tenía su buen genio.

Madre hizo una mueca.

— Pero Sheil sabía bien que Charlotte y Emily estaban muertas.

— ... si no, yo no se lo habría dicho, claro. Pero fue lo repentino de la situación...

No servía de nada. Simplemente, era incapaz de dar con el modo de ayudar a Sheil. La solución estaba ahí, esperando, y eso era todo lo que yo sabía. Madre y yo nos vimos de pronto en las escaleras, camino del aula. Sheil estaba sentada ante el teatro de juguete, dando golpecitos en el escenario con uno de los personajes y la cabeza perdida en otra parte.

— Bichito, la señorita Martin ha conseguido otro trabajo y no volveremos a verla nunca más. Vamos a divertirnos un tiempo hasta que empiecen de nuevo las clases.

En la mirada de Sheil había alivio, pero supuse que la marcha de la señorita Martin pronto acabaría con eso, porque seguramente no se creyese una verdad tan fácil. Se veía que estaba haciendo cálculos mentales...

El almuerzo y el té fueron comidas terribles: dos sitios libres en la mesa, madre bromeando ansiosa, Sheil casi en silencio absoluto, Caralata sin mostrar ningún interés (aunque su avión se había estrellado cerca de Valenciennes y era la comidilla de París) y Dion Saffyn nada seguro de su acogida, cerniéndose entre el cielo y la tierra, como un

pobre náufrago. No podía encerrarme en mi habitación para escribirle a Katrine porque debía estar con Sheil, y, cuando ya no lograba soportarlo ni un segundo más, dije:

—Toddy va a venir esta noche.

Madre me miró con ojos de reproche, y la breve mirada de Sheil me acusó de traición, con algo de desprecio. Cuando llegó la hora de que se acostara Sheil, madre preguntó:

—¿Qué vamos a hacer? Si la metemos en su habitación, a lo mejor se siente sola y asustada, y, si la llevamos a la tuya, pensará que hay algo de lo que tener miedo. ¡Cómo! ¡Te has puesto el sombrero y el abrigo! ¿Es que vas a salir?

—Voy a casa de los Toddington.

—¡Querida, no puedes hacer eso!

—Por Sheil.

Madre se quedó parada, pensando, y me dejó ir sin decir nada más.

Ethel me permitió pasar. La señora no estaba, aunque llegaría al poco, para la cena. Sí, *sir* Herbert sí se encontraba en casa.

— La señorita Deirdre Carne.

Estaba en el estudio y levantó la mirada con una expresión que yo conocía.

— He venido porque pensaba que lo encontraría aquí, a esta hora. *Sir* Herbert, se trata de Sheil. No sé bien por dónde empezar.

— Un momento. No estará enferma, ¿verdad?

— No, no es eso. No sé si va a creerse lo que le cuente.

Se quitó los quevedos y me sonrió con esos ojos suyos cansados y viejos.

— Querida, ya he llegado a una edad en la que puedo creerme hasta tres cosas imposibles antes del desayuno.

— Pero es que es bastante inverosímil...

— Deirdre, en la guerra hubo dos jóvenes pilotos que, a cierta altitud, encontraron una nueva raza en el cielo: dragones. Nunca pasó a ser de conocimiento público por las razones obvias, pero se filtró en la *Occult Review*, si no recuerdo mal. Se lo ruego, continúe¹⁵.

— Entonces, ¿se lo creerá...?

— Vayamos al grano.

— Bueno, pues... cuando estuvimos en Yorkshire, este verano, nos sentíamos deprimidas. Sheil enfermó. A ese lugar, que estaba cerca de Keighley, no le caíamos bien.

— ¿Que no le...?

— Algunos sitios van en contra de una, desde el principio.

— Entiendo. Sí. Sé a qué se refiere.

— Una noche, estábamos haciendo espiritismo y entramos en contacto con las Brontë. Aparecieron de golpe. Charlotte dijo: «Recuerden a Anne, recuerden a Elizabeth, recuerden a Maria»... y luego: «Sheil, vuelva a tiempo». Y nos fuimos, al día siguiente. No sé por qué no relacioné a Anne y las otras dos con Charlotte y Emily...

— Eran las hermanas mayores. Murieron casi cuando iban a la escuela—murmuró *sir* Herbert, ausente—. Anne, la más joven, falleció en Scarborough muchos años después.

— Sí, me acuerdo. Charlotte dijo que había muerto «junto al mar del Norte», y la señorita Martin, la institutriz, pensó que eran las reinas de Inglaterra...

— Tómese su tiempo, chiquilla. Después de todo, estaban ustedes en territorio de las Brontë. Podría citar ejemplos similares en otros sitios. Como el caso de un amigo mío, que se metió en plena Revolución francesa en un pueblecito llamado Marquis, cerca de Wimereux. Vio los tumbreles y las *tricoteuses*... Pero la estoy interrumpiendo. ¿Fue la sesión de espiritismo lo que perturbó a Sheil? Supongo que es demasiado joven como para darse cuenta de ese privilegio único...

— Ah, no, Sheil estaba acostada. A nosotras no nos parece tal cosa, porque ya sabe

usted que el espiritismo normalmente consiste en recibir mensajes falsos de John Bunyan y del cardenal Newman, y así...

—Pese a todo, ¿se marcharon al día siguiente?

—Sí. Cualquier advertencia sobre Sheil, incluso procedente de un espíritu... —Al oír aquello, *sir* Herbert asintió, abruptamente—. Tenía además una de esas fiebres ligeras.

—Bueno, bueno...

—Yo me había llevado mi novela...

—Disculpe, pero ¿eso abunda en el problema?

—Creo que sí. *Sir* Herbert, aparecieron comentarios anotados a lápiz en la novela que no estaban allí antes.

—¿Recuerda alguno?

—«Su idea, aquí, es confusa... Notamos lo inherentemente inútil de una naturaleza como la que describe usted... Su señor francés es, desde luego, una criatura irrisoria...».

Sir Herbert me miró.

—Creo reconocer el toque de Charlotte.

—Eso creo yo también, pero, cuando llegamos a casa, las notas a lápiz habían desaparecido.

—De verdad, Deirdre, ¡la envidio profundamente! Continúe.

—Charlotte preguntó si podía venir a vernos. Y Emily y ella aparecieron el Día de Todos los Santos. Nosotras habíamos salido, y Sheil las vio. Toddy... *Sir* Herbert, la señorita Martin había estado asustando a Sheil. La noche de antes, había intentado pegarme. Perdió la compostura porque pensaba que seguíamos con la saga sobre usted y que yo estaba riéndome de ella al contar que usted nos había llamado... La tomó con Sheil cuando madre y yo estábamos fuera. Le contó que Dion Saffyn había muerto... Y entonces Sheil vio a Charlotte en el descansillo. Sheil supo instintivamente que era Charlotte y se quedó aterrorizada. Y, ahora, no sabemos qué hacer para ayudarla.

—Deirdre, ¿por qué me está usted pidiendo ayuda?

Encaré la pregunta de frente. Nada parecía importar demasiado.

—Porque es lo que he hecho siempre. ¡Desde hace más de dos años!

—¿Y nunca le he fallado?

—No.

—¿Cómo he ayudado?

—Bueno... Me felicitó por mi novela y me llevó a cenar al Ritz, y condujo desde Bristol para estar con nosotras cuando me la rechazaron. Vino a la función de fin de trimestre de Katrine en la escuela de arte dramático... Cosas así.

—«El primero en saludar, el más temprano defensor», en resumen, ¿no?¹⁶

—Así es.

Me puso la mano en el hombro.

—Y ahora, al fin, la casualidad (llamémoslo así) me ofrece la tardía oportunidad de dar la talla... Esta señorita Martin... ¿también ella estaba molesta?

—Nos ha abandonado. Ha conseguido otro trabajo. Odiaba Yorkshire, ¡maldita sea su estampa! Y me alegro de decirlo.

—¡Bueno, bueno!

—Pensaba que era un sitio «raro» y se tomaba a mal que los aldeanos nos mirasen, y lo mismo con un muchacho pelirrojo que, lo admito, siempre estaba borracho.

—Branwell Brontë — musitó *sir* Herbert.

Me quedé perpleja.

—Branwell. Claro. Nunca se me ocurrió pensarlo.

—¡Debería echarle una reprimenda! Tengo que ir a esa posada el verano que viene.

—Bueno... Pues eso es todo. Madre cree que Charlotte y Emily vinieron a ver si Sheil estaba recuperada de nuevo, pero yo diría que las atrajo la señorita Martin. Ella tampoco encajaba como institutriz.

Toddy unió las manos por los dedos índices.

—Existe una tercera posibilidad.

—¿Sí? ¿Cuál?

—¿No se le ha ocurrido que Charlotte y Emily se viesen atraídas por ustedes, por la familia, por una felicidad que ellas nunca tuvieron?

Quizá fuese su voz, suave aunque plañidera, o la tensión de acudir a él en busca de ayuda, pero noté que me sobrevenían las lágrimas de una manera bastante terrible.

—Emily le pegó a Crellie —espeté—. ¿Es acaso imaginable que regresara para hacer eso?

Sir Herbert se giró.

—Creo que eso es exactamente lo que haría. Nunca la he perdonado por el modo en el que le pegaba a Keeper. —Se paseaba yendo y viniendo por la habitación para no verme la cara—. Las personalidades muy fuertes no cambian con la muerte, Deirdre. Al menos, esa es mi teoría. Si usted cree que sí cambian, deberá creer también en la extinción del bien. La extinción... hum... No puedo aceptar la extinción...

Lady Toddington llamó a la puerta y entró.

Se hizo cargo de nuestra presencia en un segundo y adoptó gesto de esposa, hasta que *sir* Herbert dijo:

—Queremos que pases, Mildred.

Tuve que mirarla mientras se cumplían los protocolos de cortesía, y después de eso me cogió la mano y nos sentamos.

Sir Herbert le contó la primera parte. La relató, como si dijéramos, en lenguaje llano, y a Mildred se le fueron abriendo los ojos. Al final, la mujer dijo:

—¡Vaya, estoy desconcertada! Aunque en las casas viejas puede pasar de todo.

Eso me hizo soltar una risa histérica ahogada, sin atreverme a mirar a Toddy. Entonces, me tocó hablar de nuevo.

Me resultó increíblemente difícil. El miedo de una niña era natural.

—Pero Sheil sabe que la gente a veces regresa. Como ocurrió con padre. Fue lo más natural del mundo... Ella lo aceptaba... Dion Saffyn... La señorita Martin disgustándola...

—¿No puede decirle que el resto lo ha soñado? —preguntó *lady* Toddington.

Su marido sonrió en gesto seco.

—Pero ¡Mildred, querida! ¡Se trata de ayudar!

En el rostro de *lady* Toddington apareció la mirada del bebé herido, el apagamiento que yo había visto antes, y adivinado aún antes de eso. A continuación, pareció recordar algo —es la única manera que tengo de describir su expresión— y, tras

soltarme la mano, se inclinó hacia delante y le pellizcó la oreja a *sir* Herbert, que parpadeó y se retorció. Al verlo en retrospectiva, creo que fue la felicidad la que la inspiró, porque Mildred se dirigió a mí y dijo:

— ¿Cómo se llamaba ese pierrot, el que Herbert no aprueba?

No pude hacer otra cosa que reírme.

— Dion Saffyn.

— Hum... A ver, Deirdre (la llamaré así, si no le importa), ¿no pueden hacer que las Brontë sean como él, como Bottles? ¡Ay, qué mal me estoy explicando! — Pero la mayor audiencia de su vida la escuchaba—. Quiero decir que las metan en el mismo saco. Que participen ellas también. Si no pueden rehuir las, únanse. En el fondo, la pequeña seguro que sabe que las aventuras de Comosellame y Bottles son todas inventadas, y podemos hacer a las Brontë igual de reales y quitarle hierro al asunto del miedo... ¡Calla, Herbert!...

— No estaba ni soñando en interrumpirte, querida — respondió el señor juez Toddington humildemente.

— Creo que ahora nos vamos a tomar unos cócteles, porque mi inteligencia no aflora a menudo y, cuando lo hace, nunca durante mucho tiempo, ¿verdad, Herbert?

— Querida, me quito el sombrero ante ti — respondió él, y se dirigió a mí para añadir —: Si he interpretado bien a Mildred, lo que quiere decir es que el miedo de la chiquilla se debía al hecho de que, por lo que ella había experimentado, Charlotte y Emily no tenían pasado. Y que, en resumen, debemos darles uno.

— Y también un presente. No lo olvides, Herbert.

— Y un presente. Bien... hum... Vaya, Londres se está empezando a llenar, ¡como dicen los escritores de cotilleos! Confío en que Emily no trate de controlar mi dieta. Sus desvaríos verbales con el pobre Mathewson van a ser épicos.

Nos sentamos, saboreando aquello durante un momento, y luego tuve que decir:

— *Sir* Herbert, hay una cosa más. Lo siento mucho, pero... usted va a venir esta noche a casa.

— ¿Hum? Bueno, ya entiendo lo que quiere decir. — Me dedicó una sonrisa gélida—. ¿Lo acordamos por teléfono?

— ¿No puedo ir yo también?

En el rostro de *lady* Toddington se vio el desánimo.

Con mucho atrevimiento, apoyé mi brazo en el suyo.

— Hay todavía una cosa más — aventuré—. Ahora que todos sabemos qué hacer, ¿podría... quizá... ayudaría si le ofrezco algunos consejos?

Me dio unas palmaditas en el brazo.

— ¡No, no lo haga, querida! Mejor, cometamos nuestros propios errores; no los de otros.

Sir Herbert se había quedado pensando.

— Pero, Mildred... Las Brontë... Podría instruirte sobre ellas...

— ¡Míralo! ¡Habrás visto! ¡Instruir nada! Creo que eran un par de pesadas y aburridas. ¡Diré lo que se me antoje!

Se bebió de un trago el cóctel y parecía maravillosamente joven.

Katrine y Freddie Pipson están enamorados. Me llevo a Crellie casi todas las tardes a los jardines de Kensington para que pasee y a cada tanto vuelvo a leer sus cartas.

Hermanita mayor:

De nuevo tengo la pluma en la mano, y espero que tú también. Las provincias son un puro infierno, y las niñas son tan perras conmigo que anoche me puse a aullar en el camerino, y cogí mis cosas y me maquillé en el aseo de al lado. Y ni siquiera el poco divertimento que podría tener Freddie Pipson me deja tenerlo. Soy tan pura que acabaré explotando. (Me refiero a cosas como comidas en hoteles con fiestas, del todo inocentes). De algún modo, vaya donde vaya, F. P. también está allí para sugerirme que no lo haga.

Y

Es que es terrible que la vigilen a una tanto. Anoche, un grupo de oficiales navales ocupó el palco de proscenio y nos envió un par de botellas de cerveza a cada una (yo le di las mías al ayudante de camerino), y nos invitaron a salir *en bloc* y yo quería ir. De repente, F. P. salió por la entrada de artistas y me metió en su coche sin pedirme permiso ni nada, y así todo. Luego se disculpó en el camino a casa y soltó sus celestiales pipsonismos, uno tras otro (debería guardarlos para decírtelos luego). Una de las joyas de la colección fue: «Soy muy consciente, señorita Katrine, de que donde fueres haz lo que vieres, pero, si me disculpa, usted es una excepción». Le respondí: «Ni lo miente, señor Pipson. Las muchachas creen todas que vivo con usted; así están las cosas». Y me dijo: «Vaya. Temía que acabaran creyéndolo», cosa que me dejó bloqueada. No podía responderle «¡Qué grosería!», ni «El placer es mío». Entonces suspiró y miró por la ventanilla, y fue como si su corazón expresara los pensamientos que le vinieron a la mente. Tennyson.

Y

[...] He seguido tu consejo y ahora a menudo suelto cosas propias del lenguaje de las muchachas. Freddie Pipson me oyó entre bambalinas y se me acercó por detrás del telón y me dijo que sabía que no era asunto suyo, y que se estaba tomando la libertad, pero que le agobiaba oírme hablar así, y que estaba seguro de que a mi querida madre no le gustaría y que se sentía culpable por haberme metido en un ambiente como ese. Me sentí tan mal que le conté por qué lo hacía, y me agarró de la mano y me la apretó y me dijo que lo sabía, y me llevó un ramo enorme de crisantemos, de los preciosos, con capullos como pompones. Me estoy enamorando de él hasta las trancas.

P. D.: En un momento del espectáculo, hay un apagón de tres minutos, y mi sitio está junto a Freddie para el siguiente número, y, si fuese de esos, quizá a estas alturas yo estaría ya a las puertas de ser feliz madre de mellizos. ¡Qué desperdicio de maravillosa oscuridad!

Lo peor de todo es que no solo tengo el hábito de sentir compasión por Katrine, sino que en muchos aspectos somos iguales y pensamos del mismo modo, así que no tiene sentido escribirle y decirle que deje el espectáculo y que no vea más a Pipson. Yo no lo

haría, desde luego. Huir del amor nunca le trae nada bueno a gente como nosotras. Solo ahonda en el sentimiento, y es mejor quedarse y desgastarlo.

De verdad, Deiry, querida mía, la racha de buena suerte se me ha acabado. Freddie se cruzó conmigo la otra noche en el pasillo, y te confieso con toda tranquilidad que yo estaba radiante —me habría dado un beso al instante a mí misma de haber sido un hombre—, y entonces surgió una de esas *crises*, como las llama Caralata. El lugar entero se volvió borroso y estábamos los dos a solas, y me miró de ese modo inconfundible y dijo, más para sí que dirigiéndose a mí: «Querida», y se metió en su camerino. (Llevaba una peluca de pelo corto y un lunar de comediante en cada extremo de la boca, pero aun así hay hombres que nunca están ridículos). Soy el capitán de los Fieles Guardacocinas, de verdad. ¡Ay, querida! Las Brontë: ¡Menudo momentazo! Cuéntame más sobre ellas. ¡Pobre Martin! Ella sí que respondía completamente al estereotipo de la típica institutriz, ¿verdad? Creo que, si alguien la sedujese con decisión y con educación, se sentiría mucho mejor. Hay rumores de que estaremos en la ciudad para Navidad.

Si esto sigue así, tendré que ir yo misma a Chatham o bien hablar con Toddy al respecto. No es que no confíe en Freddie Pipson, ¡bendito sea! En realidad, Katrine no entiende para nada a los hombres, y les daría infinitamente más a cambio de menos que cualquiera que sea más inmoral, por pura felicidad para su corazón, y solo porque ella quiere muy poca cosa, cuando ese otro tipo de mujeres se lo guarda todo, para al final conseguirlo todo.

[...] Deiry, ¿podría casarme con Freddie de verdad? Veo que es mío por completo, sin ninguna duda. La cosa es que es tan deseable... muy poco parecido a los hombres típicos con esposas enfadadas que tengo en perspectiva. Y, mirando el aspecto más prosaico, está sacando su buen dinero [...].

Me daba cuenta de cómo Pipson le copaba la cabeza por el modo en que apenas aludía a los Toddington. Y he hecho algo mezquino: he traicionado a mi buen amigo, que sería el primero en darme la razón. Le escribí a mi hermana:

Katrine, boba mía, eso no puede ser. Las dos hemos nacido siendo unas esnobs y no creemos en casarnos con alguien que no sea de nuestra misma clase, y, antes o después, empezarías a arrepentirte de la situación. He visto algunas de las relaciones que ha tenido Pipson, en el camerino, ya me entiendes. Una de ellas se llama Sydney, y tiene pinta de irle bien el nombre. Además, Pipson dice «ahore» y «cóomo» y vive en Herne Hill¹⁷. ¿Puedes concebir la idea de que te llame cariñosamente Katrine? ¿O de oírle decir «Sheil» «Sheil»? Estaría en su derecho de hacerlo. Pipson tiene una cuñada que es un poco retorcida y una garrapata pestilente. Irían a pasar los domingos contigo. ¿Podrías soportar llamarte Pipson de apellido? ¿Katrine Pipson?

Con tus hijos habría un funesto cincuenta por ciento: quizá fuesen como nosotras, pero ¿te ves con una hija que tenga la nariz de Freddie? Podría perfectamente parecerse a él, lo sabes; se supone que las hijas siempre «salen» a papá (tú eres como padre). ¿Cómo se llevaría él con nuestros amigos? Es un cielo y un ángel, y a nosotras nos encantaría tenerlo, pero ¿y a ellos? Intenta imaginarte los comentarios de tía Susan y de tío Noble. Y las cenas juntos.

Y otra cosa: Freddie casi nunca estaría en casa. Pasa tres cuartas parte del año de gira, y tú ya has empezado a despoticar acerca de las provincias después de llevar solo tres semanas aguantándolas.

¡Por todos mis cerdos; es imposible! Conozco a Pipson desde hace mucho más tiempo que tú, y le tengo tanto cariño como le tienes tú, y no me importa decir que, si no hubiese habido tantos «y si» por ambas partes, hace tiempo me habría encantado pasar una semana con él en la soleada Bognor Regis. Habría disfrutado todos y cada uno de los minutos del día, aunque a veces tengo mis dudas (digamos sobre la noche. (¿No son terribles las chicas moderrnas?).

Sé perfectamente lo que sientes y pienso, espero y creo —como solíamos decir en la escuela cuando luchábamos por definir *doch*— que se te pasará.

Pues eso. He sacrificado a mi querido amiguito a los dioses, y solo confío en no estar equivocada. Yo podría soportarlo, pero están madre y Sheil... No puedo dejar que esas cosas les afecten. ¡Ay! ¡Qué alegría casarse con Freddie! Pero no debe hacerlo. Qué marido, qué padre y qué amante hay ahí. Estoy segura de que Toddy estaría de acuerdo conmigo en los últimos aspectos. Toddy es un hombre de lo más justo, incluso fuera del estrado.

Sé que tienes razón, Deiry, maldita sea tu estampa. Había pensado ya mucho de lo que dices, aunque no todo. Es curioso cómo las nimiedades zanján las cosas, pero cuando he leído tu carta de repente he visto a «Sydney» en nuestro césped, tomándose un *whisky* con soda y llamándose «K'trin». Sé que debo ceñirme a los caballeros, pero por lo general son terriblemente lentos, ¿no crees? Toddy parece ser muy vivo, y luego estaba padre, claro...

Me sentí tan aliviada que le eché una carrera a Crellie por toda nuestra calle y le grité «¡Epa, bonito!», y el agente de la esquina me dijo: «Mucho ruido... mucho ruidito».

Dios te bendiga, K. Todas las criaturas creen que has hecho lo que Toddy expresaría como «lo más prudente... hum... sí», y Saffy, que piensa que está unos escalones por encima de Freddie Pipson porque él pone los ojos en blanco y hace pompones en vez de aparecer con una peluca de pelo corto, está que trina, indignado porque «el tipo» tenga el atrevimiento de aspirar a ti. A Caralata ni siquiera se lo hemos contado. Es tan *crème de la crème*, de los pies a la cabeza, que no podría ni concebir la mera posibilidad de una *mésalliance* como esa. En la escena francesa, todo es *canaille*, salvo que una sea *Sociétaire* de la *Comédie*. Sería muy propio de ella pasar por alto el hecho de que cantó la *Belle Mondaine* en la *Salle des Odalisques*. El otro día, le dije a Sheil muy de pasada: «Imagínate que Katrine se casa con Freddie Pipson», y me respondió: «¡A Austen Charles le parecería horrible!». Emily, por cierto, trata el tema con un desprecio marmóreo, pero Charlotte dice que, cuando una ama, ahí se queda. (Evidentemente, ha encontrado a su Héger en el otro lado). N. B.: Sheil dice «Hagar» y parece creer que es Agar, la de la Biblia, así que la hemos puesto a leer *Villette*.

El aula está empezando a adoptar su aspecto invernal y a estar en todo su esplendor. La hora de encender es más temprana, y el aire huele a humo de leña. Mañana, voy a llevar a Crellie por los jardines y a cruzarme con Toddy en su camino a casa. Solo se cierne una sombra en el horizonte, poco más grande que la mano de un hombre, como decía padre: la nueva institutriz llega al día siguiente (la señorita Ainslie).

No es ninguna broma tratar de mantener las manos alejadas de Freddie, y creo que a él le está costando tanto como a mí. Resulta muy difícil pensar en Sydney constantemente al ver de repente a Freddie entre bastidores o por las escaleras. Solo sé que tienes razón cuando estoy sola en mi dormitorio. A lo mejor todo esto es una señal de que en realidad no estoy enamorada de él, pero que me corten la cabeza si es esto lo que se siente. Lo más extraño es que no podría de ningún modo casarme con nadie a quien Saffyn, Pauline y Ennis (e incluso Caralata) no diesen su aprobación. Y no creo que tú tampoco pudieras.

¿Qué es eso de Emily y Charlotte? ¿Es que se han unido a nosotras también? ¡Qué impresión! Siempre he creído

que Emily estaba algo loca. ¿Qué le hemos parecido?

Cuando Katrine volvió, la llevé directa a casa de los Toddington. Tiene que compartir todo aquello en lo que estamos ahora. Habíamos acumulado tanto que contarnos que apenas podíamos parar a coger aliento.

—¿Cómo la llamamos?

—«*Lady Mildred*», con bastante firmeza.

Katrine sonrió.

—¡Pues sí que me quedo pasmada! Y pensar que ha pasado de verdad...

—Lo sé.

—Y nos cae bien, ¿no?

—De maravilla. Además, está lo que hizo por Sheil. Aquella noche, te conté.

—¿Y es verdad que siente ese respeto perplejo hacia las mentes que la deja siempre sin aliento, como decíamos nosotras?

—Sí y no. No es tonta. Antes temía que Toddy no la apreciase. Para la gente brillante es difícil ser tolerante. Su cabeza funciona demasiado rápido. Ninguna de nosotras tiene nada que hacer cuando Toddy se pone a analizar sentado a la mesa, o cuando cierra los ojos y suelta leves siseos de angustia porque Mildred o alguna hemos metido la pata. Cosas como que, «dadas las circunstancias»... a veces, Mildred apela a mí para que yo la defienda, pero Toddy es capaz de derrotarnos a las dos. No tenía ni idea de lo ilógica que era mi mente hasta que lo conocí. Madre y yo le tomamos el pelo, y cuando está a buenas conmigo me llama «chiquilla», y cuando se enfada me dice: «¡Vamos, vamos!».

—¡Es ideal! Supongo que tienes infinidad de datos, detalles de entre bambalinas y cosas así.

—A millones.

El famoso *sir* Horatio Sparrow es uno de los amigos más antiguos de los Toddington. Toddy y él son capaces de empezar la noche en un ambiente formidable de colega a colega y terminar riñendo sobre los temas más inconcebibles, plácidamente arbitrados por Mildred. En las riñas, Toddy se convierte en alguien distante, de carácter forense, mientras que *sir* Horatio hace un montón de aspavientos, como una gallina, y yo me estremezco de la risa en un rincón. La cara de *sir* Horatio, malhumorada y menuda, se ilumina con el disfrute de la discusión, y la boca se le convierte en un hoyo arrugado de exasperación.

Escribe poesía. *Lady Mildred* tiene un libro de visitas tanto en su casa de Londres como en la del río, porque su madre también lo tenía siempre. Toddy odia ese libro. *Lady Mildred* me contó que una vez Toddy le dijo que era que ella tenía alma de casera, y a decir verdad hay una nota en el libro que reza: «Espero regresar. Las habitaciones estaban limpiísimas y eran muy cómodas, y, en cuanto a la atención, no se puede pedir más». Dicha observación es de un pequeño dramaturgo inteligente y notable que había oído el comentario por ahí y disfrutó durante una semana de la hospitalidad de los

Toddington en Molesey. La contribución de *sir* Horatio (de 1889) incluye abundantes referencias al Támesis y empieza así:

A mi parecer, la sombra de Sheridan allí estaba, y la de Tilburina, con su pelo de náyade

Incluye además un montón de cosas en latín y compara el atardecer en la esclusa de Molesey con manifestaciones similares sobre la Acrópolis («Se me antoja que aquí podría hallar la paz»), y, hacia el final del poema, Sheridan se queda en mangas de camisa. Toddy estaba mirando cuando Mildred me enseñó el libro, y se estremeció de la risa y dijo:

— Los pobres versos de Sparrow no tienen ni pies ni cabeza.

— Risas en el tribunal — repliqué.

Y me dedicó una de sus muecas y me dijo que habría ordenado al oficial del juzgado que me echara.

Sir Horatio a veces le da un beso a Mildred al llegar, y Toddy lo mira por encima de los quevedos y le dice:

— Cuando hayas acabado con mi esposa, Horatio...

A lo que *sir* Horatio responde:

— Todavía no he empezado con ella, camarada. Danos tiempo.

Y la semana pasada, Mildred replicó: «¿Qué tiempo, fantasma? ¡Si has tenido veinticinco años!».

A menudo, *lady* Mildred y yo nos quedamos observando a las dos criaturitas mientras se marchan juntos a su club, y yo digo: «¡Qué ricuras!», conforme las siluetas, apergaminadas y argentinas, menguan y desaparecen de la vista.

Lady Mildred se ha acordado de Crellie y de las confesiones en St. Albans (en Teddington), y, tras descubrir que vivíamos cerca de allí, en Hampton Wick, me ha terminado de acoger por completo en su regazo. Forma parte de un pasado que, según madre, estamos poco a poco logrando que se olvide, pero por Mildred yo pienso rescatarlo del fondo del armario.

Mis primeros recuerdos son de expediciones bañadas por el desolado hedor de los juncos perfumados, y la visión de la residencia de Pope desde el camino de sirga; y la parafernalia de julio, con tazas plegables y la chirriante cesta con la merienda, y las noches de primavera en el Home Park, con un tinte claro y maligno, como los ojos de una cabra. Mildred pasó su infancia en Molesey. Su madre le dejó la vieja casa, así que Mildred saca agua de las piedras y, en sus ansias por recrear el pasado, a veces me pregunta si me acuerdo de los niños de los Tatham, o de los Freer, o de otras personas que se casaron y tuvieron hijos cuando yo todavía me sentaba en una silla de bebé. A estas alturas, los niños de los Tatham son mucho más reales para mí que si los hubiese conocido o hubiese recibido sus besos bajo las lilas de las afueras...

Lady Mildred no logra entenderlo. Como ocurre normalmente, habíamos estado enfrascadas en una discusión sobre alguna familia del río que su gente conocía y de pronto me vi soltando detallitos sin importancia sobre sus vidas. Por ejemplo, de Malcolm Cotton, que hundió su batea en el agua bajo el puente de Kingston, y al minuto Mildred cayó en la cuenta de aquella vieja *cause célèbre*. Y entonces dijo:

—Pero ¿no has dicho que no los conocías?

—Mire, *lady* Mildred, no sé explicarlo, pero a veces recuerdo cosas que nunca he visto, igual que se puede sentir nostalgia de lugares en los que nunca se ha estado. —Sin embargo, ahí di en un punto muerto. Me fui debilitando y comenté—: Cuando a una le interesan tremendamente las personas, empieza a saber cosas sobre ellas.

Negó con la cabeza y me dijo que era muy graciosa... A menudo, pienso que a lo mejor solo hay una cantidad limitada de memoria en el mundo y que, cuando un recuerdo quiere revivir, roba el nido, como un cuco.

Mildred me ha contado que, de joven, Toddy iba desde su casa, en Fountain Court, hasta Molesey a pasar el fin de semana, y ha añadido: «Por supuesto, conocíamos a toda la sociedad de Molesey, y Herbert estaba loco de celos por mis jóvenes Sunbury». Toddy, sumido en el *Athenaeum*, emitió un leve siseo y yo traté de no ahogarme con las risas. Parece que la señora Brockley montaba grandes fiestas en el césped de su jardín y tenía una batea y un pequeño yate. Lo veo todo con claridad. Y así, con pantalones de franela, y me temo que un sombrero de paja e incluso con una chaqueta de *sport*, y con el acompañamiento de los toncli-ti-blips de las arpas de los barcos de vapor que pasaban, y la ligera y afable conversación que era usual en los ochenta, el joven y prometedor abogado se declaró a Mildred Brockley.

A veces, nos preguntamos con quién se habría casado si...

De todos modos, a mí me encanta Mildred.

Katrine, con el brazo enganchado al mío, se lo tragó todo. Entonces, de repente miró a su alrededor y dijo: «¡Ey, hola! He visto esta plaza antes». Habíamos pasado por allí Dios sabe cuántas veces. Nos habíamos dejado atrás la puerta de los Toddington, hablando.

Desde la sala de estar Mildred preguntó:

—¿Ha venido mi niña? —Y luego añadió—: Querida, ahora mismo iba a llamarla para hablar de esas tarjetas de Barker, que sirven para poner los nombres en las mesas.

Aceptó a Katrine de inmediato («No me canso de conocer a cosas bonitas como ustedes»).

—Bueno, Deirdre, ¿cómo va la pasión por Herbert?

—Ah, enorme, gracias, *lady* Mildred.

—¿Y Katrine? (Voy a llamarla así antes o después, así que mejor que sea antes).

—Debe darle tiempo, como a *sir* Horatio —respondí.

Se echó a reír, cogió un cigarro e inclinó la cabeza hacia la cajetilla en gesto de invitación.

—¿Y la pequeña? No la veo desde hace una semana. ¿Alguna noticia de las Brontë?

—Bastantes. Emily está escribiendo un libro nuevo que se titula *Simas angustiosas*.

—¡Madre mía! ¡Qué mujer!

—Y, además, sale en primavera. Lo editan Entwistle, Lassiter y Morhead.

Lady Toddington vaciló un segundo.

—¿Son una nueva editorial? ¡Ah, ya entiendo!

Katrine soltó un gritito y dijo:

—¡Vaya, es usted un encanto!

—Repítalo. Tengo que memorizarlo.

—Entwhistle, Lassiter y Morhead —entonamos juntas.

—Me gusta Lassiter —decidió *lady* Toddington—. Él es el cerebro de la empresa, sin duda. Lo invitaremos a cenar. Dígaselo a la pequeña. Y ahora, cuéntenme, la nueva institutriz...

—La señorita Ainslie.

—¿Cómo se está desarrollando?

Mildred me miró intensamente.

—Bueno —empecé a decir—, creo que tiene buen corazón.

—Eso significa que es un poco imbécil —añadió Katrine—. ¿Es una imbécil, Deirdre? Cuando la gente dice que alguien tiene buen corazón, suele significar eso, como cuando un profesional te dice que tu voz es de *mezzosoprano*, y es solo una manera educada de insinuarte que no sabes cantar.

Tuve la típica lucha interna que experimento cada vez que intento describir a las institutrices.

—Es más joven que la señorita Martin y usa métodos «actualizados». Tiene la cara típica de la gente que se llama Gladys, según madre. Una especie de *blonde manquée*. Es alegre. Llama a la veranda «varanda»... Bueno, es que hemos tenido muchas, *lady* Mildred. En Hampton Wick estuvieron la señorita Baines-King y la señorita Easton, luego vino la señorita Chisholm, luego la señorita Martin...

—Y Lukin, Mogley, Tipslark, Cabbery, Smifser —murmuró Katrine.

En ese momento, se asomó Toddy y tuve que presentárselo de verdad a Katrine, al fin. Pude distinguir, por la mirada breve e inclinada de interrogación que él me dedicó, que quería que le diese alguna pista sobre qué papel desempeñaban Katrine y él, así que le dije:

—Toddy, querido, esta es mi hermana Katrine, con quien discute usted bastante.

Y todos nos echamos a reír. Toddy se ajustó los anteojos.

—Una pena. Parece que estoy en muy malos términos con demasiadas personas de su círculo.

—Son solo brisas temporales —explicó Katrine—. Creo *au fond* que nos tenemos bastante cariño el uno al otro. Pero yo le tomo el pelo y entonces tienen que presentarnos de nuevas constantemente.

—Ah... Presénteme a esta dama, Deirdre.

—*Sir* Herbert Toddington, la señorita Carne. *Sir* Herbert es el famoso juez, Katrine. Katrine inclinó la cabeza.

—Ah, ¿sí? Qué profesión tan interesante, diría. Seguro que le ocupa mucho tiempo.

—Oh, no, en absoluto, necesito tener algún *hobby* —respondió Toddy en tono mordaz.

—A lo mejor puedes enterrar el hacha con Katrine ahora, Herbert —sugirió Mildred. Toddy se dirigió a Katrine:

—Estaría encantado, la verdad. Pero ¿a Sheil le parecería bien?

Todos nos paramos a pensarlo.

—A lo mejor deberíamos tener algún ligero desacuerdo de cuando en cuando, *sir* Herbert —dijo Katrine.

—Con reconciliaciones repentinas y anodinas —murmuré.

Al poco, tuvimos que irnos, porque la compañía de Katrine está actuando en el Hammersmith Palace y ella tiene que asistir a una comida horrible y asexual sobre las cinco y media, demasiado vieja para considerarse un té y demasiado joven para considerarse una cena.

Helen Ainslie colocó la última de sus fotografías, puso los palos de golf en un rincón y se sentó ante la mesa, junto a la ventana.

Querida madre:

Te escribo desde mi habitación, que es bastante bonita y alegre, y el colchón es de muelles (¡acabo de tocarlo!). Estoy mirando el jardín, lo que queda de él.

Se llama Sheil, no Sheila. Parece que es un sitio de Skye en el que nació el padre (que ya ha muerto); con Katrine, igual. En apariencia, mi predecesora eliminó todo tipo de ejercicio del calendario, pero Sheil y yo hacemos juntas nuestra «docena diaria». La niña es divertidísima, y yo la sonsaco para echar unas risas. Cuando llegué, al principio, pensé que la familia entera estaba algo loca, pero he examinado bien el asunto y es pura diversión. Bromas aparte, me hicieron creer en un tal señor Baffin (o algo así), pero, cuando la señora Carne vio que yo pensaba que era una persona viva, me contó cómo eran las cosas, y me reí muchísimo con eso también.

¡Creo que estoy dando en el blanco! Siempre que hago alguna broma estando a la mesa, se desternillan.

Van a dar una fiesta en Nochebuena y no te lo vas a creer, pero el señor juez Toddington y su esposa asistirán. Como no me iban a pillar otra vez, les dije, riéndome: «¿Él también es de mentira?», pero viene de verdad y quizá también un tal señor Mathewson y otro señor Nicholls, y un par de muchachas amigas de las Carne, Charlotte y Emily Bell. Cuando lo comenté y le recordé a Katrine que así se llamaban las Brontë, le hizo muchísima gracia y admitió que era una coincidencia ideal. Las Carne están siempre rodeadas de casualidades. Las Bell son amigas de los Toddington, y entiendo más bien que las conocieron a través de ellos.

Supongo que debo hacerles a las Carne algunos regalillos de Navidad. Es un fastidio, desde luego, porque una lleva aquí poquísimos tiempo, pero parece que le dan una importancia tremenda a la Navidad. El aula ya está decorada con cadenetas y ha llegado el árbol, y ayer nos dimos un buen trabajo con el acebo y el muérdago y nos lo pasamos de maravilla, ¡conmigo en la escalera, la valiente! Coloqué un buen ramillete de muérdago en la antesala y les dije a las niñas (de broma): «Tengo intención de besar a *sir* Herbert», y Deirdre me respondió que el juez me arrestaría por asalto indecente, así que la mandé callar. Bromas aparte, Deirdre a veces llega demasiado lejos, aunque es una muchacha bastante excepcional, pese a todo, pero desearía que leyesen todas menos y jugaran a algo. Aun así, el estudio de personalidades nuevas siempre me ha fascinado, bien lo sabes.

Creo que le regalaré a Sheil *Peter Pan en los jardines de Kensington*. El otro día vi ejemplares dedicados a precio reducido en Boots, y a lo mejor me decido por un cepillo para el pelo para Katy y una caja de chocolatinos para Deirdre. Y, para la señora Carne, flores.

Ayer entré en el aula y me encontré a Sheil envolviendo regalos, y vi que había puesto en uno: «A mi queridísima señora Carne, de Saffy, Gabriel y Michael» y cuando estallé en risas se puso muy colorada, así que hice una bromilla, no recuerdo cuál, y no mencioné nada más al respecto. Por supuesto, se trata de un caso que necesita tacto y conocimiento de la psicología infantil, y ya he trazado un planecillo para ganarme su confianza. «Trabaja siempre con, no contra», es una norma de lo más sensata que saqué de Pridhoe. Di por sentado que la chiquilla cree en Papá Noel, pero, cuando me ofrecí a disfrazarme de él el día de Navidad, la señora Carne me dijo que ninguna de ellas había creído nunca en él...

Desde la planta de arriba llegaban las voces penetrantes de Katrine y Deirdre hasta los oídos de la señorita Ainslie mientras esta rondaba entre su habitación, el aula y el dormitorio infantil, haciendo tiempo hasta que llegaran los invitados y sonara la campanilla que convocaba a la familia a cenar, y controlando con indulgencia a su pupila, que corría con los ojos iluminados de habitación en habitación y se asomaba por la barandilla. Era un trabajo de mucha presión que le exigía aplicar todas sus dotes intuitivas.

—¿Quiénes llegarán primero? —(Esa era Katrine)—. ¿Toddy y *lady* Mildred o Charlotte y Emily?

—Los Toddy, creo yo. Ya sabes cómo es Emily. No le importa un pimiento su aspecto y Charlotte quiere que cause buena impresión, así que estará ocupándose de ella hasta el último momento.

—Pero espero que *lady* Mildred le haya regalado un vestido de seda nuevo con flecos para las fiestas —gritó Sheil, de repente.

(*¡Madre mía, no estamos sordas!*).

Deirdre se asomó por la barandilla de arriba.

—Sí, aunque ya sabes cómo son con los regalos. Emily es muy capaz de devolverlo.

—¡Ay, no! ¡A *lady* Mildred le dolería mucho!

(*¡No tan alto, querida!*).

—¡Vaya, creo que Emily es una bicha!

(*¿Una qué? Mire, la felpa la lleva ya encima de las cejas*).

—Shakespeare, señorita Ainslie —respondieron Katrine y Deirdre de forma simultánea desde arriba.

—Sí —intervino Sheil—. «¡Arredro, bruja!, exclamó la bicha culona». ¿No es «bicha» una palabra preciosa, señorita Ainslie? Casi la hace a una desear ser una misma una de ellas.

—¡Por Dios! ¡Cuántas «unas»! A ver si pudiera mantenerse apartada de las corrientes del descansillo, señorita.

Pero entonces sonó el timbre y Sheil salió como un rayo de satén verde hoja, con el pelo cobrizo abombado en torno a la cinta dorada.

—¡Ay, Toddy, mi amor! ¿Está usted aquí de verdad, con *lady* Mildred?

—Sí, querida, estamos aquí de verdad.

—Entonces, vamos a besarnos de inmediato, antes de que nadie más aproveche para tener una oportunidad con usted.

(*De verdad...*).

—Bueno, será maravilloso. Pero ¿va a haber mucha competencia?

—No. Solo juegos, a no ser que eso les moleste, y algún dragón, si la llama del brandi aguanta¹⁸.

—¡Qué granuja!

Sonidos de besos.

— ¡Ay, Toddy, seguro que su casa en Nochebuena está llena de perlititas de plata colgadas! Qué amable que hayan salido por la puerta. ¿No está muy guapo hoy, *lady* Mildred?

— Querida, ahórreme el bochorno. ¡Qué tontería! Vamos, vamos.

— ¡Ay, no lleva la peluca! Habría quedado encantadora con una estrella de oropel en la parte de delante.

Los hicieron pasar rápidamente a la sala de estar, y Helen Ainslie oyó a la señora Carne decir que esperaba que «el bichito» no los hubiese estado importunando. La señorita Ainslie, una vez desocupada, se preparó para bajar con su tafetán de gala y la charretera de pensamientos de terciopelo.

Sir Herbert: un hombre mayor, menudo y de pelo blanco, con una cara sombría, muy parecido a como salía en las fotografías. *Lady* Toddington: muy elegante, con un lamé plateado y una cara larga de buen carácter.

Deirdre y Katrine, en las escaleras. La autopresentación.

— Muy feliz Navidad para usted y para la señora. — De Katrine.

Sir Herbert se inclinó rígido.

— Es usted muy amable. Déjeme que le dedique los cumplidos debidos de mi parte. (¿Conozco a esta señorita, Sheil?).

— Sí. *Sir* Herbert Toddington, la señorita Carne.

Katrine y *sir* Herbert se dieron un apretón de manos.

En la cena, Helen Ainslie acabó sentada junto a *sir* Herbert, que ocupó el lado opuesto a la presidencia de la mesa y se encargó de trinchar, muy limpiamente, aunque ¿no debería haberlo hecho la señora Carne? En cualquier caso, claro, era el único hombre presente... No había anfitrión... Un viejo amigo de la familia.

La señorita Ainslie se dio cuenta, sorprendida, de que Deirdre esa noche estaba guapa. Por lo general, una se decantaría por las regularidades de marfil de Katy, de tono oscuro y marfil, o por los modos élficos de bronce de Sheil... El aspecto de Deirdre, determinó Helen Ainslie, dependía de su expresión, y se dispuso entonces a dar cuenta de la cena.

Al mirar la mesa mientras se servía el pavo, se percató además de qué era lo que fallaba en la fiesta.

El resto de invitados no había llegado.

Se dirigió entonces a Katrine:

— Las señoritas Bell no están.

Katrine vació su copa.

— ¿Seguro? — Y se echó a reír.

La señorita Ainslie dudó. Era Navidad, pero aun así...

— ¿Va a tomar más borgoña, Katy? Esa cosa se sube a la cabeza fácilmente, téngalo en cuenta.

— No me importa que me tachen de dipsómana, pero lo de Katy sí que me afecta. La señorita Ainslie dice que estoy achispada — anunció Katrine a la mesa—. ¿Voy achispada, Deiry? ¿Con una copa?

— No si eres capaz de decir: «¿Estás enladrillando esa pared de ladrillo, niño? No, la estoy enlosando de losas, madre» — respondió Deirdre—. Dígalo rápido, señorita Ainslie.

Algo sonrojada, Helen Ainslie obedeció y se apagó entre las risas generalizadas. Le habló a continuación a *sir* Herbert:

—Siento mucho que el señor Mathewson y el señor Nicholls no hayan podido venir esta noche.

El juez soltó los cubiertos de trinchar cortésmente.

—Ah, ¿es que estaba invitado?

—Sí. Los dos lo estaban.

—Hum...

—Pero ¡a lo mejor no pone usted objeción a ser el único hombre!

—Ni la más mínima.

Algo en el tono de la voz del juez hizo que a la señorita Ainslie se le cayese una almendra salada. Crellie se la comió de inmediato, haciendo ruido.

—Toddy, mi amor —gritó Sheil—, ¿qué les han regalado a Ethel y a la cocinera? Nosotras creemos que unos largos para vestidos de parte de *lady* Mildred, y una libra a cada una de la suya.

—Ni un acierto —respondió *lady* Toddington—. Yo les he regalado a cada una un pichi, y Toddy les ha dado diez chelines.

—¿Y al querido señor Nicholls?

(*Sheil, no está muy bien preguntar...*).

—Querida, no estamos en términos de hacernos regalos, me temo.

Ante eso, hubo un lamento coordinado de parte de las niñas Carne.

—Al traste con los palos de golf —dijo Deirdre.

—Lo que ocurre es que por Navidad los jueces contribuimos a un fondo general destinado a los funcionarios, aparte de a una serie de organizaciones benéficas jurídicas.

—¿Como los Abogados Intimidados? —imploró Sheil.

—Algo así, sí. He sido el tesorero de la... ah... la Fundación de Abogados Intimidados.

Conforme la cena llegó a su punto álgido de almendras, pasas y fruta confitada, los esfuerzos de la señorita Ainslie por coger el hilo de la conversación se fueron haciendo más enfervorecidos. Casi parecía, a veces, que la noche iba a degenerar en un intento de entrometerse en cualquier punto. Y, aun así, se dirigían a ella de manera constante y sin reservas.

Volvió a comentarle algo a *sir* Herbert, hablando de Sheil.

—Esta noche andamos un poco sobreexcitadas. Pero somos muy divertidas, ¿no cree?

—¿Quiénes? Ah, se refiere usted a Sheil. Pero... la fiesta de los críos... usted sabe.

Katrine lo escuchó y lo usurpó.

—Querido *sir* Herbert, ¡menuda perogrullada! —dijo alargando las palabras.

—Vamos, ¿no quiere tomarse un confite?

Le ofreció el plato.

Se hizo la luz y la señorita Ainslie se entusiasmó, de nuevo.

—¿Es una pelea en broma? ¡Ay, qué magnífico!

En el silencio que se impuso, llegó a pensar que había metido la pata. Katy miraba fríamente a *sir* Herbert, que le devolvía la mirada con una sonrisa cortés. La señorita Ainslie inclinó la cabeza hacia las pasas. Al menos, podía limitarse a escuchar. Deirdre, enfrente, con el brazo sobre la mesa, decía:

—... ¿Sabe a lo que me refiero, Toddy? No es que la Navidad tenga un anticlímax, pero sí se nota una tristeza indiscutible... No poder estar en dos o tres sitios a la vez para ver lo que hacen los amigos en sus casas... Y el modo en el que el rostro de la casa se hunde si una sale a pasar la noche fuera. Es como una traición...

—La edad sirve de escudo, Deirdre. Lo «alecciona» a uno para tomarse las cosas tal y como vienen. Es, y no se lo tome de manera personal, típico de la juventud adoptar...

Entonces, Katrine le dijo a *lady* Toddington:

—Espero, de verdad, que, a pesar de mi compleja relación con *sir* Toddy, usted me adopte a mí también.

—Querida, yo la adoro. Pásese por casa siempre que algún enamorado la rete a duelo y veremos si podemos trabarle las armas, entre las dos. Tengo innumerables jóvenes apuestos en la manga, esperando a caer rendidos a los pies de usted y a los de Deirdre. Solo una cosa: intente no casarse con todos ellos demasiado pronto, ¡porque yo también quiero hacerme notar!

—¡Qué cosas dice!... Pero si acabo de terminar con un farandulero...

—¿Se refiere a ese como se llame al que vimos en su revista la otra noche?

—Sí. ¿Soy una canalla por contarlo? En cierto modo, siento que una puede sacar las cosas delante de usted. Deiry, madre y yo nos entendemos a la perfección, pero, con usted, una percibe nuevos puntos de vista sobre la vida...

Incrédula, la señorita Ainslie levantó con cuidado la cabeza y vio que los ojos de *lady* Toddington se humedecían de manera inconfundible. Lo dejó correr.

—¡Herbert! Acabo de recibir el mayor cumplido de mi vida.

—Bien, querida. ¿Podemos saber cuál es?

—No. Cómete tus almendras.

(«Y, a pesar de todo, es una fiesta animadísima», se dijo Helen Ainslie. «Están todos los ingredientes necesarios...»).

—... ¿no está usted de acuerdo conmigo, señorita Ainslie?

—¿Disculpe, *lady* Toddington?

—Estaba diciendo que considero que todas las muchachas, todas ustedes, deberían conocer el amor antes de sentar la cabeza, y con hombres de todas las profesiones, desde condes hasta «damas» de pantomima. Es el único modo de aprender.

—¡Querida Mildred! ¡Espero que nadie condene tu educación en ese aspecto!

Sir Herbert se recostó en la silla, con los ojos arrugados en gesto de divertido sarcasmo.

—Cómete tus nutritivos frutos secos, Herbert. Lo que quiero decir es que una persona seguro que termina siendo parcial si solo recibe besos de caballeros.

—A mí me encantaría tener una aventura con una dama —coincidió Deirdre, gritando por encima de las risas.

—Pásale los chocolates a la señorita Ainslie, Sheil, cielo —intervino la señora Carne.

—Yo he besado a Freddie Pipson y también a Toddy —dijo Sheil con voz aguda mientras obedecía.

—¡Qué bichito! —replicó *lady* Toddington lanzándole un beso.

—Cuénteme, señorita Ainslie, ¿cree en los métodos de Montessori? Mi esposa me ha dicho que es usted muy moderna...

Herbert Toddington se inclinó hacia Helen Ainslie. Pero la mujer se estaba

recuperando ya. Ese «todas ustedes» de *lady* Toddington y la sana camaradería de las bombitas de Navidad la volvieron a su ser, y al poco se había colocado un sombrero chino y, poniéndole una cara graciosa a Sheil, exclamó¹⁹:

— Soy doña Confitura de Tartaria. ¡Alabada!

— No creo que eso se parezca mucho a una tarta con confitura —respondió Sheil, interesada—, tiene más forma de magdalena.

Sir Herbert se estremeció de la risa en privado y su esposa masculló:

— Me muero.

Y entonces Katrine, ajustándose un sombrerito de paja, le dijo a *lady* Toddington:

— Le presento al señor Lassiter.

— ¿Qué tal está, señor Lassiter? Siempre he querido conocerle.

— Vaya, ¿quién...? —empezó a decir la señorita Ainslie, pero Deirdre ya la había callado con un gesto de la mano.

— Emily dice que es «un hombre justo pero superficial» y, cuando le preguntamos a Charlotte si le caía bien, respondió, sopesando sus palabras: «Sí y no. Sus principios son impolutos, pero es un poco bicho raro».

— ¿Y su novela, Deirdre?

— Bueno, Toddy, he tenido el valor de quebrarla en dos, gracias a Charlotte. ¿Se acuerda de los comentarios escritos a lápiz?

— Claro. Me interesó mucho aquello.

— Bueno, pues he hecho todo lo que me sugería Charlotte en ellos. ¡Ay, ojalá se hubiera lanzado a escribir más...!

— ... ¡Tiene que abrir una bombita conmigo, señorita Ainslie!... ¡Ahí está! Este sombrero le va mucho mejor a su pelo. ¡Cómo la envidio por ser rubia!

Lady Toddington apartó a un lado la bombita abierta y asintió, sonriendo. Sheil soltó un gritito ante el bang y luego, abriéndose paso hasta donde estaba Toddy, con una reverencia le puso una gorra de *jockey* al juez en la cabeza, le puso un anillo de serpiente en el dedo, lo besó en una ceja greñuda y anunció leyendo de un trozo de papel que llevaba en la mano:

*Oh, de todas las flores que brotan, la más bella,
tu jubilosa mirada ha sellado mi feliz condena.*

— Eso es bigamia, Herbert.

— No, Mildred. Como mucho, es alienación del afecto.

— Vaya cosa extraordinaria ha logrado Charlotte —anunció Deirdre.

*No temas, amado corazón, el amor llegará
y allá donde estés tu presencia reclamará.*

— ¡Serpientes!

— — Bueno, no es mucho peor que su poesía...

— — Hagamos una para todos.

A la mesa, en el extremo, tiene Toddy su sitio...

*Lleva pantalones de lana mala...
... y la camisa, de lino.*

—Gracias, gracias, señorita Carne. Muy cómica, desde luego, aunque del todo inexacta.

—A usted no podemos hacerle ningún lema, señorita Ainslie. No hay nada que rime con su nombre.

—¿Vamos a encender el árbol? —sugirió la señora Carne, algo apresurada.

(«Ay, qué bien está saliendo la fiesta», se dijo Helen Ainslie. Aunque había que continuar para asegurarse).

En la iluminada sala de estar gravitó instintivamente hacia *lady* Toddington. Su intención había sido intercambiar ideas con *sir* Herbert, pero allí estaba.

El árbol dominaba la habitación y brillaba, con la base cubierta por hasta tres hileras de paquetes. Helen Ainslie, tras hacer un veloz cálculo mental, desveló asombro, y luego, al recordar la sorpresa que tenía guardada, se consoló. Además, ella estaba incluida, espléndidamente. Tras recibir los regalos individuales, tenía los brazos repletos de lo que podían o no haber sido ideas tardías y que las Carne amontonaban bajo la etiqueta general de «porquerías». El abrigo de *sport* de seda de parte de la señora Carne, los guantes de piel y cuero, las calcetas y el birrete de las niñas. Y chocolates, papel de carta, colonia, un arce diminuto de cristal. Porquerías..., qué gracia.

—El perro se va a poner malo —le comentó a *lady* Toddington.

—Bueno, que disfrute él también. Es Navidad.

Lady Toddington le sonrió a Crellie, que estaba sentado comiendo caramelos de chocolate y, de vez en cuando, se doblada de forma inextricable, con lo que colocaba la parte superior de la cabeza sobre el suelo y se apoyaba en el hocico, por arriba. Dispuestos en torno a él había un cuenco para beber con una fotografía, un collar nuevo, un calcetín de redecilla lleno de juguetes y una pequeña «mezcolanza» en la punta, un cojín de sarga hecho por la señora Carne y bordado con C. C. en una esquina y R. I. P. en la otra, un hueso de goma, el paquete de caramelos y un ratón mecánico. Las Carne habían añadido además un calendario religioso.

Quizá, al reconstruir la noche, Helen Ainslie determinaría el momento preciso en el que se produjo la perturbación por la respuesta de *lady* Toddington sobre Crellie. Y es que las Carne, una vez distribuidas sus personales *pièces de résistance*, seguían pasándose unas a otras paquetes con comentarios que parecía que una nunca llegaba a entender.

—De Ionie...

(¿O había dicho «ironía»?).

Luego Deirdre, tras acercarse a la silla de *sir* Herbert y sacar un libro, le dijo:

—De Charlotte, Toddy, cariño.

Y Sheil, tras inclinarse sobre *lady* Toddington y observar que la señora Carne sacaba otro paquete de la parte de atrás del árbol y se lo daba (*con una mirada bastante peculiar*) a su invitada, ilustró:

—Ese es de parte de Emily.

—¡Ay, qué dos encantos! Y yo no he traído nada para ella.

—¡Claro que sí! ¡Mire las cosas que Toddy y usted nos han dado! Además, ya sabe que tampoco le habría gustado. Son muy raras con los regalos, *lady* Mildred.

—Tienen tan poca cosa, las pobres infelices —dijo la señora Carne—. Seguro que eso

las ha puesto bastante *farouche*.

Al decir eso, le sonrió cohibida a Helen Ainslie y rápidamente le dio un pececito de chocolate de los que había colgados en el árbol.

Al otro lado del árbol, la señorita Ainslie oyó a Deirdre y a Katrine ofrecer regalos del señor Saffyn (*no era Baffin, entonces*).

— ... Y Polly envía estos, con sus saludos más afectuosos.

— Entonces, ¿es que se ha ofendido por no estar invitada esta noche! Habría mandado recuerdos, de no ser así.

Risas... Una tal Pauline, y una Ennis...

La señorita Ainslie se puso en pie. Su momento había llegado. Su último paquete estaba equilibrado en la maceta en la que se encontraba el árbol. Se lo apropió, iluminada. Katy se había alegrado tantísimo con su cepillo, y Sheil le había agradecido con tanta sinceridad el *Peter Pan*...

Colocó el paquete en las manos de la niña.

— Esto es un recuerdito de Enrique VIII — anunció.

Y estalló en risas.

Deirdre se adelantó rápidamente.

— Un tipo robusto — aprobó, despreocupada.

— Ay, señorita Ainslie, qué detalle por su parte — dijo la señora Carne.

A Katrine se le escapó una risa histérica y sonora.

— Madre mía — intervino *sir* Herbert—. El clásico detalle con el que salían a la palestra las bellas damas.

— ¡Vaya! — murmuró *lady* Toddington—. Me preguntaba qué sería.

Y la mujer adoptó una expresión algo preocupada.

Sheil dio las gracias, con el rostro inexpresivo. Se había puesto colorada. A Crellie le entró hipo.

Helen Ainslie se dio cuenta de que empezaba a balbucear:

— Ah, sí. Me pidió que lo eligiese especialmente para usted, cuando me lo encontré en High Street. Ábralo de una vez, señorita, no espere más, ni haga esperar a Su Majestad.

De nuevo, las gracias de Sheil y, en la conversación subsiguiente, de pronto su pupila y ella se acercaron a *lady* Toddington. En cierto modo, aquello dio cuenta de una carrera por conseguir llegar hasta esa afable y alegre dama...

Lady Toddington abrazó de inmediato a la niña. Helen Ainslie, preguntándose qué comentario le iba a salir por la boca, abrió los labios.

— Ayer vi a las Brontë — dijo *lady* Toddington.

La señorita Ainslie cerró la boca.

— ¿Dónde? — preguntó Deirdre.

— En los almacenes Woolworths.

Lady Toddington le dio a Sheil un beso en la cabeza.

— Un momento, Mildred. ¿Iban las Brontë a tener los medios (y las ganas) de comprar cosas de Navidad? ¿Alguien se las imagina en una tienda como esa?

Helen Ainslie miró a *sir* Herbert de cerca. Tenía el semblante completamente serio, interesado, argumentativo, con los dedos entrelazados. Se pensó mejor la risa que había

estado dispuesta a soltar. Si se reía, no había manera de saber cómo se lo iba a tomar el grupo. Eso parecía.

—Yo sí me las imagino —afirmó Deirdre—. Estarían buscando cosas aburridas, jofainas con cubiertas de lino para poder levantarlas. Su tía, la que usa zuecos, las quería. Además, depende de si fueron a Woolworths después de la publicación de *Jane Eyre* o antes. Charlotte habría tenido mucho con lo que derrochar de haber sido después.

—¡Qué encantador! —dijo Sheil en un suspiro, con la cabeza apoyada en el cuello de *lady* Toddington.

—Tampoco hace falta mucho dinero para comprar palanganas —objetó la señora Carne.

—De todos modos, solo Deirdre defiende que ese era su desiderátum —respondió *sir* Herbert mordaz.

—¿Su qué, Toddy?

Sheil ladeó la cabeza.

—Sabe usted palabras de lo menos comunes y corrientes.

—Me refiero a los objetos que necesitaban.

—Bueno, a mí me gusta más lo que ha dicho usted antes. Cualquiera puede necesitar cosas.

—Eso no fue así, porque no eran jofainas, y ahora tenemos que irnos, Herbert.

—¡Ah, pues dínos qué eran!

—Querido, eran cuadernos para escribir. Y Charlotte se compró una redecilla. Malva. Bastante espantosa, pobre. Venga, Herbert, vamos.

—¿Les gustó Woolworths?

—Pregúntale a Deirdre.

—No. —Deirdre mordisqueó una mecha humeante que había en las ramas de abajo—. Emily sufrió uno de sus complicados ataques en plena mercería y Charlotte le escribió a la señorita Nussey: «Era una tienda extraña, muy frecuentada, en cuanto a la clientela, por cierta clase que no creo que sea la nuestra. Los alicientes, querida (no, no me voy a poner sentimental), los alicientes, digo, son las luces, una variedad de artículos expuestos, la música, la limpieza y el calor (de dónde lo sacan, no lo sé), pero demuestra ser un evidente señuelo para esas familias que no tienen nada mejor...».

Los ojos de *sir* Herbert brillaban cuando le dio las buenas noches a la señorita Ainslie, y luego *lady* Toddington se acercó y le estrechó la mano, con algún comentario convencional. Pese a que la señorita Ainslie no siguió al grupo hasta la antesala, las voces se oían bien.

—Señora Carne, es usted un genio de las fiestas. ¡Ojalá yo tuviese ese don!... antes de que lleguen los días más largos, y entonces tendrán que venir todas a Molesey a pasar temporadas. Hay una canoa esperándola, pequeña.

—... entonces, traiga el manuscrito y lo veremos juntos... almuerzo el sábado que viene.

—... un simple *au revoir*, pues.

—¡Oh, miren a Crellie! Está dando botes por la carretera y nada más. ¡El almohadón de madre!

—... un encanto...

Gracias, gracias, gracias. Percepción evidente del muérdago en la antesala. Un montón de risas y besos.

En su habitación, Helen Ainslie caminaba de acá para allá con pasos firmes. Desde la mesa junto a la ventana hasta el tocador situado enfrente y media vuelta. Sus regalos estaban cuidadosamente amontonados. Qué amabilidad más extraordinaria. Todo lo que una habría esperado poder comprarse con su propio salario.

¿Dónde estaba el regocijo entonces?

Lady Toddington le había fallado, de repente. Una amistad prometedora y útil que se había esfumado. Helen Ainslie, al llegar al momento de Enrique VIII, detuvo las zancadas y luego las reanudó con más rapidez. Ese ambiente de contratiempos que siguió a la entrega del regalo... Siempre trabajar con, no contra. Pero sí, por así decirlo, los regalos de Enrique VIII no iban a funcionar, entonces, ¿qué?

Charlotte y Emily.

Las mejillas de la señorita Ainslie relucían coloradas por irritaciones varias que cada vez se hacían más profundas.

El siguiente giro la llevó hasta el tocador. El reflejo de su imagen desvelaba un pelo ligeramente desordenado, coronado por un estúpido gorrito de papel azul.

Con singular aspereza, lo tiró al suelo.

1 Amy Roberta Ruck fue una escritora galesa que nació en la India en 1878 y falleció en 1978. Entre otras cosas, escribió numerosas novelas románticas durante el siglo XX, muy conocidas en su época. (*Todas las notas del presente libro son de la traductora*).

2 Se refiere a Henry Hinchliffe Ainley (1879-1945), actor inglés de teatro y de cine, especializado en obras de Shakespeare.

3 *Who's who* («Quién es quién») es el título que recibían unas publicaciones de dominio público que contenían información biográfica sobre personalidades relevantes de la sociedad.

4 En las décadas de 1920 y 1930, en especial, Brighton era un importante destino vacacional, sobre todo en días festivos de tradición anglosajona, como el último lunes de agosto. Sin embargo, ya en los años treinta, los problemas de delincuencia se hicieron acuciantes.

5 George Alexander (1858-1918) fue un actor, productor y director de teatro inglés.

6 Para dar algo de contexto espacial, los tribunales (donde trabaja Toddington) se ubican en la Strand, una calle londinense perpendicular a Fleet Street, que es donde se encuentra el Middle Temple, un complejo que incluye el Colegio de Abogados, otras dependencias y la iglesia en la que está enterrado el poeta inglés Oliver Goldsmith.

7 Este parlamento se inicia con una referencia a Shakespeare («Thrift, thrift, Horatio», *Hamlet*) y acaba con una cita velada de Dickens («chinking, tinkling, demd mint sauce», *La vida y las aventuras de Nicholas Nickleby*).

8 Se hace referencia aquí a una frase tomada de la obra *The Corner Cupboard: A family repository* [*El armario de la esquina: Un almacén familiar*], de Robert Kemp Philp, autor inglés del siglo XIX.

9 *Bright Young People* fue el término utilizado por los tabloides británicos para referirse, entre los años veinte y los treinta del siglo XX, a la aristocracia y las personas de sociedad que frecuentaban fiestas y conformaban la bohemia del momento, sobre todo en Londres.

El párrafo acaba con una cita velada al final del poema *Sea fever* [*Fiebre de mar*] de John Masefield: «*when the long trick is over*».

10 El London County Council era, en aquella época, el responsable de conceder las licencias a los teatros y de regular su uso y su explotación.

11 Se mencionan aquí dos crímenes cometidos en Londres, muy sonados en su momento. En el primero, Frederick y Margaret Seddon fueron acusados en 1912 de asesinar a su inquilina, Eliza Barrow, por cuestiones económicas, aunque solo condenaron al hombre (a morir en la horca). Por su parte, en 1910, el doctor Harvey Hawley Crippen asesinó a su esposa, Cora Turner, tras enamorarse de Ethel le Neve; a él lo condenaron a muerte, y a ella la absolvieron.

12 Se trata de unos versos del himno *Jesus, lover of my soul* [*Cristo, amante de mi alma*].

13 Sir John Martin Harvey fue un actor británico de teatro muy conocido en la década de 1920 que, junto a su pareja, la actriz Nell de Silva, adaptó *Historia de dos ciudades* y la representó por los teatros del país. Ese «mucho, mucho mejor» hace referencia al final de la obra de Dickens («it's a far, far better thing...»).

14 Richard Corney Grain fue un compositor y artista británico de la época victoriana, muy conocido en el mundo anglosajón.

15 La *Occult Review* fue una revista muy famosa en la primera mitad del siglo XX en la que escribían grandes personajes del ocultismo y las letras.

16 La frase entrecomillada está sacada del epitafio que lord Byron le dedicó a su perro y que puede leerse en la tumba del animal: «[...] the first to welcome, foremost to defend».

17 A principios del siglo XX, el distrito de Herne Hill, en el sur de Londres, era una zona más bien de clase media trabajadora, nada que ver con las clases sociales altas de la época.

18 El juego del dragón (*snapdragon*) era antiguamente muy popular en el mundo anglosajón y consistía en echar unas pasas en una copa de brandi, prender fuego al licor y luego tratar de ir cogiendo las pasas y comiéndoselas sin quemarse.

19 Estas «bombitas de Navidad» son los *Christmas crackers*, una costumbre anglosajona que consiste en introducir regalitos menores dentro de tubos de cartón (normalmente, sombreros de disfraz), que se envuelven y decoran para que parezcan caramelos gigantes. Se colocan en la mesa y para abrirlos hay que romperlos; al quebrarse el cartón suena un bang.

Título original: *The Brontës went to Woolw*

Edición en formato digital: octubre de 2019

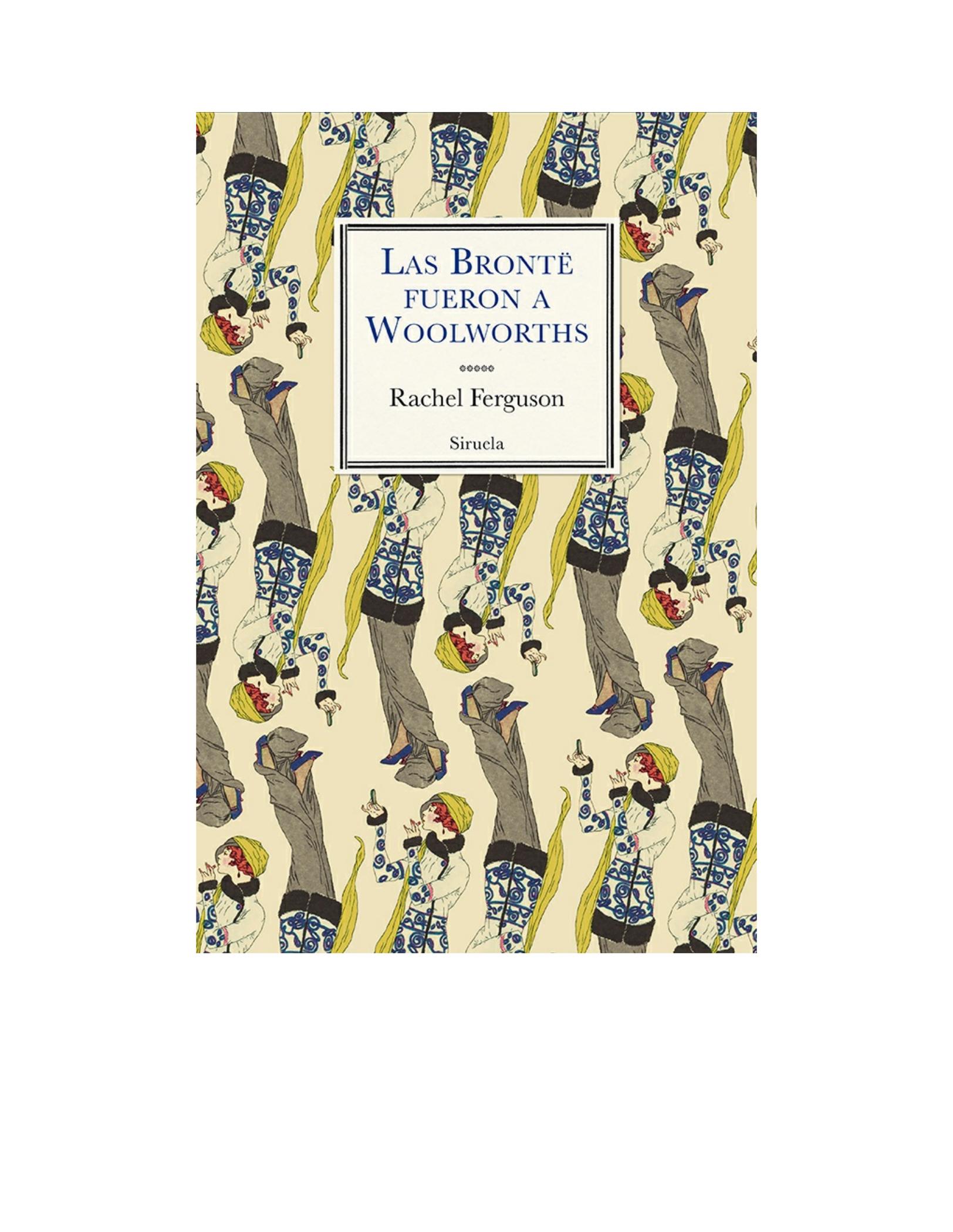
© Rachel Ferguson, 1931
© De la traducción, Esther Cruz Santaella, 2019
© Ediciones Siruela, S. A., 2019
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17996-29-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com



LAS BRONTË
FUERON A
WOOLWORTHS

Rachel Ferguson

Sirucla